This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PORVENIR DE MÉXICO,

6 JUICIO

SOBRE SU ESTADO POLÍTICO

EN 1821 Y 1851.

UNIV. OF CALIFORNIA

POR

Don Luis Gonzaga Cuevas,

MIEMBRO DEL SENADO.

MEXICO.
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,
Calle de los Rebeldes núm. 2.
1851.

F1232
C8
v. 1

UNIV. OF
CALIFORNIA

BERNARD MOSES

U. N. L.

El pueblo que no se conoce ni se estima á sí mismo, está prócsimo á perder su nacionalidad.

ALGUNA vez tuve el pensamiento de esponer ante la cámara de senadores el juicio que habia podido formar sobre la situacion política de la República y el porvenir que le está reservado. Casi no hay discusion, conferencia privada ni escrito periódico en que no se hable de las causas de nuestros males, del remedio que debe aplicárseles y del peligro que amenaza nuestra nacionalidad. Prevalecen una opinion y un sentimiento uniformes sobre estos puntos; pero por desgracia son tan diversos y aun tan opuestos los sistemas que se defienden para dar á la administracion fuerza y permanencia, que la discusion, lejos de ilustrar, viene á ser un caos muy semejante al que presentan nuestra política y nuestros gobiernos, y nada podemos avanzar, sin embargo de los deseos y de los esfuerzos aislados y sin con-

781969

cierto alguno que hacen las cámaras, el poder ejecutivo y los Estados de la federacion. Esta verdad, que es incontestable, me ha inclinado constantemente á manifestar todo lo que pienso sobre el estado político del pais; pero me habia detenido la dificultad de ordenar mis ideas y de escribir este juicio, que por otra parte no podia ser objeto de la tribuna, destinada á una sucesion rápida de negocios y de improvisaciones.

Yo me he llegado á persuadir de que es indispensable ecsaminar el conjunto de causas y circunstancias lastimosas que han menoscabado la nacion, y de que un pensamiento circunscrito á tal ó cual periodo, á tal ó cual reforma que pudiera intentarse, no producirá otro efecto que el de aumentar la confusion y el desórden. La esperiencia parece que acredita bien, que nada haremos de provecho si no nos presentamos á nosotros mismos tales como hemos sido y como somos hoy, y si no fundamos en este conocimiento imparcial el buen nombre y la prosperidad de la República. Mientras subsista el engaño, mientras no apliquemos con severa justicia los principios que proclamamos todos los dias á nuestra conducta práctica, la administracion ni podrá salir del estrecho círculo dentro del cual se mueve con pena y trabajo, ni los representantes corresponderemos tampoco á la confianza que se nos ha dispensado. Debemos, pues, traer á nuestra vista el cuadro que hemos ido formando, y no contentarnos con ecsaminarlo por partes y sucesivamente, sino verlo de un golpe para que él nos inspire la resolucion que debemos tomar, y podamos poner á su lado otro que nos dé una satisfaccion noble y esperanzas mejor fundadas. Hé aquí el motivo de esta publicacion, que por estéril é insuficiente que sea, deja tranquila la conciencia del que la suscribe.

Ni el gobierno ni las cámaras necesitan ilustrarse, pero sí estiman cuantas observaciones pueden conducir, ó á facilitar sus trabajos ó á suscitar cuestiones de vital importancia. A mí me ha parecido oportuno estender este juicio, que se contrae á materias dignas de ecsámen, y á escitar en los ánimos un acuerdo y una cooperacion, sin los cuales el pais se pierde irremediablemente. ¿Qué importa, pues, que no sea capaz de satisfacer ni las opiniones ni los sentimientos de los que lo leyeren, si encuentran en él los puntos mas graves que pueden ocupar á los diversos cuerpos del Estado, y una viva solicitud por el engrandecimiento de la patria? ¿Qué importa que me equivoque, si abro las puertas para que todos entren á sostener este edificio que se desploma, y competir en trabajos que merezcan el amor del pueblo y la aprobacion de los hombres de bien? ¿Qué podrá lastimarme, si ecsaminando el pais bajo el aspecto que en mi opinion tiene realmente, creyeren otros que me estravío y que lo veo con el prisma de errores ó preocupaciones, si estos pueden desvanecerse, sin negarme ni la sinceridad ni la buena fé con que procuro desempeñar una obligacion que es comun á todos los ciudadanos, y muy especial y sagrada en los diputados y senadores? Y si está permitido proponer medidas salvadoras que contengan la mano turbulenta de la ambicion y la discordia, ¿por qué me habia de retraer de presentar mis ideas, cuando no hago otra cosa que decir lo mismo que he pensado toda mi vida?

Todo es hoy notable en los pueblos, porque la inquietud es general, y ninguno está seguro de que se conservará largos años bajo la forma que tiene actualmente. Sin brújula que nos guie, la que queremos encontrar en nuestra razon es tan incierta y

variable, que ni nos da la seguridad conveniente, ni nos deja satisfechos de nosotros mismos. Avanzamos mucho para retroceder mucho, y el flujo y reflujo de nuestras opiniones nos colocan en estremos inadmisibles, y no nos permiten un momento de reposo para buscar en la sobriedad y moderacion el que apetecemos incesantemente. Figurándonos en un tiempo capaces de todo, y despues sin mérito ni valor alguno, apenas tenemos la conciencia de lo que en efecto somos, y confundiendo la verdad con la mentira, el bien con el mal, el valor con la temeridad, nos precipitamos á todos los desastres de una conducta que nada prevee, que nada ecsamina, y que está conjurada siempre contra los adelantamientos naturales del pais.

El siglo XIX será ciertamente uno de los periodos mas memorables de la historia del mundo. Siglo asombroso de cultura y progresos y de una corrupcion intelectual que amenaza los principios mas respetados y las verdades de mas consuelo para la especie humana. Siglo de monstruosas contradicciones, ni puede caracterizarse todavía, ni ofrece otra perspectiva que una funesta incertidumbre sobre el destino de los pueblos y de los gobiernos. Siglo en que rotos los lazos de la religion con el poder público, apelará en vano á los limitados medios de la política para reorganizar las sociedades, ó invocará al fin la moral pura y sublime que hace conocer la insuficiencia de los que pretenden afianzar la grandeza de las naciones sin la justicia ni la virtud.

Apenas somos capaces de percibir el cambio incesante de constituciones, de gobiernos y de doctrinas, y por muy grande que haya sido el que en diversas épocas han sufrido todos los pueblos, parece sin embargo estraordinario un estado de cosas

que no puede definirse todavía, y que escede las locas estravagancias de los siglos anteriores. Fácil es comprender que las naciones, como los individuos, en circunstancias determinadas, adopten todo género de sistemas, se alucinen con los proyectos mas insensatos, se burlen de las reglas á que deben sujetarse, y envilezcan así á la razon estraviada. Pero estaba reservado á nuestros tiempos buscar en la civilizacion los efectos de la barbarie, en la moral los estravíos del crímen, y en las pasiones desarregladas los gérmenes de la caridad y de la beneficencia. Solo en nuestro siglo pudo pensarse que el hombre seria feliz luego que viese destruida su fortuna, que los pueblos progresarian sin la influencia del interes individual, y que serian fuertes tambien en razon de la debilidad de sus autoridades y de sus gobiernos. Y digo que en nuestro siglo, porque semejante quimera está patrocinada por un número considerable de hombres que cada dia se aumenta, y puede estimarse por otra parte como consecuencia inevitable del sistema que prevalece en el mundo.

Este se ha conmovido, y la irrupcion de las ideas anti-sociales pudiera ser tan desastrosa como la de los bárbaros en los siglos de la edad media. La violencia con que se ha cambiado el teatro político de Europa, la crísis en que se hallan todos aquellos Estados, sin poder conformarse ni con sus instituciones ni con sus gobiernos, la guerra que se hacen todas las opiniones, y las dudas que se han suscitado sobre las verdades mas reconocidas, hacen temer un choque tan duradero entre los desconcertados elementos de las sociedades europeas, que bien pudiera acontecer que presenciáramos el retroceso de la civilizacion y el reinado de una anarquía interminable, así en el órden

político como en el moral. No hay que engañarse: ningun cambio ha comenzado bajo auspicios tan funestos como la revolucion de Febrero de 1848: nada ha sorprendido tanto los ánimos, y nada tampoco ha hecho formar tan triste idea de las terribles vicisitudes á que se hallan espuestas las naciones, aun gozando de una asombrosa prosperidad y de una paz prolongada.

Uno de los caractéres especiales de la conmocion actual es, que casi nada podrá arreglarse ni con los ejércitos, ni con la influencia de los gobiernos: todo ha de ser obra de la verdad y del convencimiento, supuesto que no hay otro enemigo que el error revestido de todas sus formas. El triunfo que alcanzare la fuerza física será insubsistente, hará mas sangrientas las reacciones, y dejará con menos recursos á la administracion pública, cualquiera que sea. Los hombres dudan de lo que habian creido, y la verdad política y religiosa, las mácsimas de buen gobierno, y todos los principios son ya objeto de una contradiccion, en la que se perderá toda luz y toda esperanza, ó se afianzarán sólidamente los derechos de la moral pública. La lucha es decisiva; el espíritu orgulloso del siglo y la filosofía cristiana que nos muestra cuáles son los frutos de la libertad sin órden y de la discusion sobre todo, sin otra regla que la del favor á las mácsimas destructoras de las autoridades legítimas.

Pero si la lucha en que está empeñado el mundo se prosiguiera con franqueza y lealtad, y si la espresion de los sentimientos y opiniones fuese pura y sincera, se allanarian las dificultades y pronto veriamos el desenlace que es de desear. Por una fatalidad, los que combaten los errores y preocupaciones de la multitud estraviada, temen confesar que las doctrinas

dominantes hace mas de medio siglo, tales como quieren practicarse, son una invencion que no puede conciliar los diversos intereses de la sociedad, ni asegurar permanentemente la paz de los pueblos; y contemporizando unas veces, y otras atacando con disimulo los estravíos revolucionarios, dan á estos necesariamente la importancia que no tendrian si sin disfraz alguno se llamaran las cosas por sus nombres y se hicieran los esfuerzos que inspira la conciencia de nuestras desgracias. Los hombres mas ilustres de Europa, intimidados con la crísis presente, ni quieren alistarse en las filas de los demagogos, ni condenar tampoco los errores que nos arrastran de abismo en abismo. Parece mas bien que se proponen permanecer neutrales, desaprobando lo que llaman estremos, y salvar la sociedad sin una enseña fija y sin partidarios decididos que la sostengan. ¡Conducta deplorable y vergonzosa ciertamente para el entendimiento y para el corazon!

Desconcertada la sociedad y rotos todos los resortes de órden y de bien público, es necesario entrar en un ecsámen profundo, y no buscar el remedio en teorías de partidos ni en palabras incapaces de dar consuelo ni de infundir esperanzas. El trastorno que presenciamos es tan violento y tan radical, que no puede atribuirse á la política desacertada de un gobierno, por influente que sea, á las maniobras de las facciones, á tal ó cual sistema pernicioso, á esta ó la otra complicacion de circunstancias difíciles. No; el mal que sufrimos reconoce un orígen de tal magnitud y tan general como lo es la disolucion que prócsimamente nos amenaza. Los pueblos que se han agitado durante sesenta años buscando en un cambio que no conoce límites y en la constante oposicion á todo gobierno constituido,

una felicidad quimérica, deben sospechar que han vivido engañados y que los progresos del gobierno y del pueblo se invocan comunmente para disculpar ambiciones miserables, cubiertas con un ropage hermoso y sostenidas por una hipocresía que se muestra ya con la mas asquerosa deformidad. Todo debe conocerse, y los hombres que quieran promover el restablecimiento de la moral pública con simples reformas políticas que dejen subsistente ese conjunto de mácsimas que se hallan en abierta contradiccion con el espíritu del Evangelio, esos hombres, repito, ni hablan de buena fé, ni son dignos del triunfo á que aspiran.

Es una pretension insensata separarse de las ideas comunes, pero sanas y rectas, sobre el estado de la sociedad, y promover su organizacion con combinaciones que pueden honrar á un escritor, pero que son insuficientes para las necesidades de la especie humana. El hombre sencillo y virtuoso, es mejor consejero hoy que el estadista mas consumado, y la influencia cristiana será mas eficaz para reprimir la anarquía, que las instituciones políticas mas bien calculadas. Cuando los males públicos provienen de simples estravios ó de gobiernos débiles, una administracion enérgica con medios poderosos de represion puede corregirlos; pero cuando la corrupcion se ha fijado en la cabeza, cuando se ha desconocido por sistema todo principio sano, cuando el orgullo y la independencia intelectual quieren ser los reguladores y árbitros de nuestros destinos, entonces solo los planes del cristianismo pueden restaurar el imperio del órden y de la justicia. Es designio, y designio benéfico de la Providencia, que la civilizacion entregada á sí misma y en poca armonía con la divinidad, se presente frecuentemente tan ciega y

tan bárbara como nuestras tribus salvages dominadas por las tinieblas del gentilismo.

Nunca se discurre con mas acierto que cuando se palpan la insuficiencia y la imperfeccion de los trabajos del hombre; y no será temerario el que asegure que los grandes escritores y los grandes políticos, dejan en sus obras un vacío que llenaria su conciencia, si no los contuviera ese respeto que se conserva y se conservará mucho tiempo al sistema que bajo diversas denominaciones representa siempre el principio destructor, de que la obediencia á la autoridad constituida debe tener por límites los que con tanta inconstancia ha fijado y está fijando el espíritu del siglo actual.

Pero sin que nos sea permitido conocer el conjunto de causas que hayan podido producir la revolucion que presenciamos, sí debiera contemplarse bajo el triple aspecto que ella presenta, religioso, social y político. Pocas veces han ofrecido los pueblos al ecsámen del filósofo y del observador una reunion mas grandiosa de elementos inconsistentes, mas fecundos en el bien y en el mal, y mas contrarios en sus tendencias y combinaciones. Prodigios de invencion y de adelantamiento en todos los ramos conocidos: cultura del espíritu, y progresos estraordinarios en las artes y en las ciencias naturales; trasformacion asombrosa en las comunicaciones de tierra y mar, y raros y esquisitos descubrimientos para aumentar las comodidades de la vida y para dar nueva forma y nuevo brillo á la sociedad. Pero al lado de estos progresos, todos los desastres tambien de una razon degradada que ha desconocido el carácter y condicion del hombre, y se ha empeñado en variar las reglas establecidas por su Autor para ennoblecer y moderar sus pasiones. Los sis-

temas se multiplican, y la política ha venido á ser mas incomprensible que las sutilezas de la escuela de Aristóteles: el gobierno de todos por todos, la autoridad sin obediencia, y el poder sin medios de sostenerse. De los estravíos políticos debian venir los sociales, y una vez desconcertados los gobiernos y paralizados los resortes de la ley y del órden, la sociedad debia conmoverse, y la masa proletaria buscar en la propiedad, en las clases productivas y en los rangos mas ó menos elevados, todos los goces que ha podido vislumbrar en las ofertas con que se ha estado adulando á lo que se llama pueblo, sin definirlo y sin conocerlo. Y para acabar de estinguir todo buen sentimiento, debia presentarse en apoyo de semejante desórden, la indiferencia en materias religiosas, que ha privado á los pueblos de la influencia consoladora que siempre ha tenido la religion, conservando lo que es digno de veneracion y amor, y haciendo mas augustas las funciones de la autoridad civil; derramando por todas partes las semillas de la virtud, y los bienes inmensos de la caridad evangélica.

No hay hombre que reflecsionando un poco en los cambios sucesivos á que dará lugar la série de acontecimientos que se realizan en todas partes, no se haga esta pregunta: ¿qué será mi patria? ¿Cuál será mi suerte y la de mis hijos? Perdida la luz, nadie sabe lo que le reserva la Providencia, que no siempre oculta á los hombres la perspectiva de un porvenir menos desgraciado. Las circunstancias peculiares de cada pueblo, y su diversa organizacion imponen un deber especial á los ciudadanos que les pertenecen, de cooperar cada uno en su esfera respectiva á disminuir los males que se presentan á la imaginacion en toda su magnitud. México es sin duda uno de los

mas infelices, ya se considere lo que ha debido ser, lo que es, ya el peligro en que se halla de perder su nacionalidad é independencia.

Pero no es posible penetrarse de nuestra situacion sin considerar la parte que en ella tienen los males comunes hoy á todas las sociedades. Como nos hemos empeñado en ser grandes, no conservando lo que teniamos, ni mejorando nuestro carácter ni nuestras costumbres, sino apasionándonos por lo que mas nos ha deslumbrado, es preciso que investiguemos si era oportuno imitar ciegamente á otras naciones civilizadas, y si pudimos llegar alguna vez al término con que nos halagaba una nécia presuncion: si un pueblo puede ser poderoso y feliz desconociendo su constitucion peculiar y abatiéndose hasta el estremo de no ver en su orígen ni en su historia sino los títulos de su ignominia; y por último, si este pueblo debe conservar alguna esperanza de figurar en el mundo siguiendo por el camino que lo ha arrastrado á los mayores desastres é infortunios. Y no se crea que al hablar de este modo escito las ideas de un cambio violento, cualquiera que sea: los detesto todos, y cuando me propongo publicar mis pensamientos sobre el estado de nuestra patria, no quiero que ejerzan otra influencia que la de la razon, ni que inspiren otros sentimientos que los de la concordia y del respeto á las instituciones y autoridades ecsistentes. Y por esto declaro desde ahora, que luego que este escrito pudiera considerarse bajo un aspecto poco favorable á la paz y órden legal establecido, yo seria el primero en desconocerlo y condenarlo.

Hemos vivido treinta años haciendo una constante oposicion á la verdad, no alimentando nuestras esperanzas sino con las ilusiones que siempre nos hace formar el delirio de los partidos,

reduciendo las mejoras y progresos á vanas palabras y á teorías que no satisfacen ninguna de las necesidades públicas: es preciso, pues, que el pais salga de esta situacion que no le proporciona sino el temor en que vive, que no le da crédito, ni asegura ninguno de los bienes que se han buscado al organizarse las sociedades. Graves como son las cuestiones sobre formas de gobierno, sobre legislacion y sobre instituciones, casi no tienen importancia cuando se reflecsiona en que esta nacion, bajo cualquier sistema político, seria la misma que es hoy, si subsistiese el vicio radical del estravío de las ideas sobre los principios fundamentales y protectores de las garantías preciosas para los gobiernos, para los pueblos y clases en que están divididos. Así vemos que la inquietud, la discordia y la desconfianza arruinan ó amenazan á un tiempo gobiernos monárquicos constitucionales y absolutos y repúblicas democráticas. Subsistente esa falta de equilibrio entre la libertad y el órden, vanas serán todas las reformas y todos los cambios que pudieran emprenderse, y no podrá remediarse ni con grandes ingenios, ni con grandes proyectos, ni con grandes ejércitos, sino con una moral sana que zanje los cimientos de la gloria de un pueblo sóbrio y virtuoso. Lo demas es engañar y buscar la felicidad en aquello precisamente que la contradice.

Aunque no se puede prescindir de nuestras instituciones y forma de gobierno, ni de otras materias enlazadas íntimamente con la organizacion radical que reclama el pais, deben considerarse todas como subordinadas á la necesidad de principios de órden reconocidos, en que pueda cimentarse la administracion pública, cualquiera que sea el sistema, y este es el punto de partida de todo plan de reformas saludables. México por for-

tuna no tiene que resolver ahora esas cuestiones que conmueven la Europa, y si debe ecsaminarlas con detenimiento, precaverse y juzgar de ellas con rectitud para conjurar los males de un trastorno social, la índole de la nacion y el buen espíritu que la anima convidan á mejorar su régimen interno para que este asegure la paz y el órden, y le dé el poder y crédito que necesita contra sus enemigos. Yo he creido que á este fin nada conduce tanto como saber lo que hemos sido y podido ser, lo que somos, y el porvenir que está anunciando nuestra conducta. Presentar, pues, este cuadro y buscar en nuestros propios elementos las seguridades y la felicidad que deseamos, hacer perceptible el carácter de nuestra discordia, pero sin tocar á las personas, y fundar sobre todo, que si el pais quiere, puede salvarse, es el trabajo que he emprendido guiado por las mejores intenciones.

Una reforma tal como la desea la opinion pública, un desengaño, un esfuerzo de patriotismo es lo que se necesita para contener el torrente que se desborda, y poner á cubierto nuestra responsabilidad. Con esa reforma será conciliable un gobierno fuerte y enérgico, que no oprima, sino que proteja al pueblo; que no disminuya, sino que afiance los derechos de los ciudadanos; que no ensalce el despotismo, sino que abata la anarquía; cualquiera que sea el atractivo con que se presente, ya proclamando principios, ya proponiendo sistemas, ya escitando las pasiones malignas y corrompiendo en la masa del pueblo los instintos generosos de su sencillez y moralidad.

¿Qué se encontrará sin embargo digno de las circunstancias en que se halla la República, en un escrito que no puede tener otro mérito que el de la buena fé, y á lo mas verdades fáciles de

conocerse porque están confirmadas por una série interminable de desgracias? Las obras de todo género, las discusiones de los parlamentos, las publicaciones periódicas y ese constante ecsámen á que se entregan todos los hombres al contemplar lo que ocurre en el mundo, han familiarizado y encendido tambien los debates políticos, y no permiten que se lea nada con imparcialidad, ni producen otro convencimiento que el de que ecsisten grandes males sin remedio y sin término. La perturbacion generalizada por el orgullo es tal, que la luz solo sirve para confundir las cosas y deslumbrar los espíritus que apenas pueden descubrir ya los límites que separan la verdad del error, lo útil de lo pernicioso, y la civilizacion de la barbarie de los pueblos. ¿Qué valdrán en consecuencia mis reflecsiones, cuando todo se pone en duda, y cuando á fuerza de sentir la insuficiencia de los ensayos y de los sistemas establecidos hasta ahora, hemos perdido los mexicanos toda esperanza de bienestar y nos abandonamos á nuestra situacion con todas sus consecuencias? Pero hay deseos honestos que pueden satisfacerse, opiniones sinceras que deben publicarse, y sobre todo, una obligacion sagrada de precaver cada uno segun el dictámen de su conciencia, la deshonra y la ruina de su patria.

LIBRO PRIMERO.

I.

El conocimiento esacto del estado en que se hallaba la nacion al hacer su independencia, es importantísimo bajo mil aspectos, y sin él no se podria designar el primitivo orígen de los trastornos que la han hecho decaer, ni los medios de levantarla é impedir su completa disolucion. Grande y hasta cierto punto inesplicable el predominio de hombres y de doctrinas y errores funestos, no lo podriamos calificar si no averiguásemos la causa que les ha dado una influencia tan decisiva en todos los cambios que se han realizado y en todos los sistemas que se han admitido, como un recurso para satisfacer mas bien miras personales que necesidades políticas. Lamentándonos sin cesar de esa servidumbre oprobiosa á que nos hemos sujetado, asombrándonos la fortuna que tan pródiga ha sido con ambiciosos sin títulos y sin mé-

rito personal, naturalmente nos preguntamos á qué se debe esta desgracia, y cómo toda una nacion ha podido ser víctima de estravíos que detesta y de hombres que no han sido dignos de su gratitud. En todos los paises, pero muy particularmente en el nuestro, conviene saber la relacion que tiene lo presente con lo pasado, fijando con claridad lo que es efecto de circunstancias accidentales é imprevistas, y lo que podemos considerar como una consecuencia mas ó menos forzosa de una situacion determinada y de antecedentes que en todas partes obran del mismo modo, cuando no se precave el mal con esfuerzos patrióticos y desinteresados. Véamos, pues, lo que era México, y advertiremos desde luego que los sucesos han debido efectuarse de la misma manera que previeron algunos escritores sensatos é imparciales, y que sin la cordura que debimos tener, la nacion se hallaba espuesta á sufrir todas las pruebas á que la ha sometido su misma soberanía é independencia.

México al separarse de la madre patria, se presentaba con grandes elementos para figurar en el mundo y llamar la atencion de los pueblos civilizados. Clima, territorio, situacion geográfica, supremacía entre todos los Estados hispano-americanos, y una comunicacion por ambos mares, que podia ser activa y estenderse rápidamente, anunciaban su independencia como un acontecimiento de grandes consecuencias para el comercio, la industria y la política. Así es que la Inglaterra, la Francia, los Estados-Unidos y la misma España, consideraron las relaciones con esta parte del continente como de un valor superior á las de los otros pueblos americanos juntos, y que desde entonces el gabinete de Washington por una parte, y el de la Gran-Bretaña por otra, comenzaron á entrever en su decaden-

cia ó engrandecimiento tales y tan importantes resultados, que debian influir poderosamente en todas las cuestiones que el trascurso del tiempo habia de presentar á los gobiernos de Europa. Nuestras desgracias debian ser una señal segura de un aumento de riqueza y prosperidad territorial de los Estados-Unidos, tan notable como lo vemos hoy, y como ha venido á consignarlo la guerra de invasion. La paz, la firmeza de nuestros gobiernos, y la conducta circunspecta de nuestros legisladores, podian preparar á México un periodo tan feliz y unos progresos tan rápidos, que presentaran á este como una muralla que contuviese la ambicion, y tambien esa prosperidad progresiva y estraordinaria de nuestros vecinos.

Teniamos todas las ventajas para atraer á nuestro territorio la poblacion estrangera, y para multiplicar con ella todos los giros y producciones, dando al pais el poder y nombradía que le habrian proporcionado los pocos años de que necesitaba para asegurar su felicidad interior, y respeto en lo esterior. Aun suponiendo que los Estados-Unidos conservasen la superioridad que por muchos años, y por tantos títulos debian tener respecto de nosotros, bajo cualesquiera circunstancias, no cabe duda ninguna de que una vez asegurado el órden y la independencia, todo debia seguir un curso tan diverso del que tiene hoy, que no es posible calcular las ventajas que se habrian obtenido, ya se trate de las relaciones, ya de la organizacion, bajo la cual se hubiera constituido la República. La diferencia debia ser grande, porque desde luego se advierte que los Estados-Unidos, sin aspirar á nuestro territorio, y sin la estension que han adquirido sucesivamente, no podrian haber mantenido ese espíritu de empresa ni de usurpacion violenta á espensas de nuestros depar-

tamentos limítrofes, y que tal circunstancia habria templado necesariamente la avaricia de la democracia americana, y las ideas que esta ha despertado con el feliz écsito que ha coronado sus esfuerzos y pretensiones. Si México hubiera sido poderoso y feliz, y si nuestra raza, andando el tiempo, hubiera podido competir con la del Norte, favorecida por una constitucion acomodada á su carácter y costumbres, las relaciones con los paises europeos habrian tenido otra importancia, que seguramente se respetaria mucho hoy por todos sus gobiernos.

Nada estraño puede parecer este concepto, y es preciso adoptarlo luego que se reflecsione en el estraordinario desarrollo que habrian tenido á la sombra de la paz y de una administracion consolidada, todos los gérmenes de prosperidad en que abunda nuestro suelo. Poblado sucesivamente por hombres emprendedores é industriosos, á quienes su trabajo debia prometer una subsistencia cómoda, comunicado ese espíritu que tanto distingue las sociedades modernas á la poblacion del pais, mejorados los caminos y aseguradas las garantías, cada año debia ser un periodo notable y alentar las esperanzas de toda clase de progresos y mejoras materiales. Nada se ha ecsagerado cuando se ha dicho por los viageros que han visitado la República, que ella sola reune los dones todos que la mano bondadosa de la Providencia ha repartido entre los demas pueblos de la tierra. Pues bien; si el comercio con los europeos, con los otros de América, y con los mismos Estados-Unidos hubiese guardado, como era natural, proporcion con la prosperidad interior del pais, en veinte y cinco ó treinta años, las relaciones mercantiles con México habrian influido en las políticas, principalmente entre la Gran-Bretaña y nuestros vecinos.

La necesidad que aquella tiene de estos para las materias primeras, sin las cuales se compromete gravemente la industria inglesa, se habria disminuido de dia en dia, y podriamos abastecer hoy su mercado con una cantidad de algodon y de otros artículos importantes, muy inferior á la que se esporta de los Estados-Unidos, pero muy notable sin embargo por el prodigioso aumento que habria tenido incesantemente. Con una fuerza respetable que defendiese nuestras fronteras, formado el espíritu público, adelantadas las ciencias y las artes, y empleada útilmente la disposicion moral de los habitantes, en cuantas empresas hubiese inspirado nuestro bienestar, nadie debia sorprenderse de que nuestra patria hubiera llegado á ser un pueblo digno del aprecio de la Europa y de la América.

Y que no se crea que tan lisongera perspectiva la forma el patriotismo ó la imaginacion. Entre los cargos que nos hace el mundo, y que nos hará tambien la historia, el mas severo de todos es la facilidad que hemos tenido para ser grandes y felices, sin aquel esfuerzo estraordinario de que necesitan los hombres cuando encuentran una naturaleza pobre y estéril, ó una situacion tal que presenta obstáculos insuperables. Debemos desengañarnos, y ya veremos adelante lo que pudimos ser, porque este convencimiento influirá mucho en la conducta que observemos en lo futuro. Sin la voluntad firme que no tuvimos, cuando comenzó nuestra ecsistencia política, para contrariar las influencias y abusos que nos preparaban tanto infortunio, y para conducirnos como un pueblo que necesitaba de guias mas seguros y de justicia y templanza, era indispensable que cada ensayo fuera una catástrofe, y que cada sistema ó gobierno apareciese entre nosotros como una calamidad pública. Sin la instabilidad

de nuestras administraciones, y sin ese espectáculo en que hemos presentado la confusion y el desconcierto de la anarquía, se habria podido mantener el buen nombre de la nacion, y habria llegado esta á constituirse convenientemente. El enlace de su suerte con los intereses de otros paises, sus títulos para ser respetada, y su misma fuerza y recursos interiores, habrian bastado para contener la irrrupcion que solo ha podido verificarse despues de haberse facilitado con cuantos desaciertos han podido cometerse por las facciones; y cuando nuestro estado no hubiera sido suficiente para impedir el desarrollo de las pretensiones de la democracia americana, estas se habrian limitado á los terrenos que por su distancia de la parte poblada del pais, hubieran podido ser objeto ó de un tratado, ó de una usurpacion, pero sin haberla arrastrado á una guerra, ni á pensar como piensa hoy, en destruir su ecsistencia como nacion independiente.

Los hombres propendemos á disculparnos con sucesos que nos parecen conformes al órden establecido por la Providencia; pero no advertimos que el poder que hemos tenido para evitarlos, y la libertad de que gozamos para elegir siempre entre el bien y el mal, nos hacen responsables de aquello mismo que juzgamos sujeto á consecuencias desastrosas é infalibles. Nadie puede saber toda la influencia que habria tenido en la política de los gabinetes con México la prosperidad de este, ni tampoco qué conducta habrian observado los Estados-Unidos en semejante suposicion; pero no puede dudarse que aquella habria sido muy grande, y que esta tendria hoy otras reglas y otras tendencias mucho menos hostiles para nosotros. Hubo un tiempo en que la inesperiencia pudo disculparnos, hubo

otro en que la desgracia de nuestras armas fué el resultado de errores y complicaciones que no pudieron ya evitarse; pero el presente, que reune desengaños y verdades tan útiles, nos convida á volver sobre nuestros pasos y á fijar bien la línea que asegure á nuestros hijos este territorio, que aunque desmembrado, debemos considerarlo todavia como la porcion mas preciosa del continente americano.

II.

La sociedad mexicana en 1821 se resentia de todos los defectos de la educacion que habia recibido, y hacia notar tambien los rasgos de lo bueno y noble que habian impreso en ella el carácter y las virtudes de los españoles. No se puede culpar á éstos de que hubiesen economizado en la Nueva-España ni sus conocimientos ni sus progresos en cualquiera de los ramos de administracion y de interés público; y nadie duda ya que lo que pudieron dar lo concedieron con generosidad, manifestando siempre la mayor solicitud en favor de mejoras de todas clases, y venciendo con constancia cuantas dificultades se presentaban para realizarlas. Si se ha condenado la política que observaron con sus colonias y el atraso en que éstas se mantuvieron durante su dominacion, nadie desconoce hoy que ese juicio que pareció tan justo y esacto hace algunos años por las pasiones que se encendieron, no tiene fundamento alguno que pueda ha-

cerlo prevalecer sobre la opinion mas racional de que las gobernaron con prudencia y sabiduría para mantenerlas, no solo unidas, sino adictas á la metrópoli; y que por lo demas, las faltas de que se les pudiera hacer cargo eran inherentes al estado de mayor ó menor ilustracion de la misma península.

En efecto, el estrangero imparcial, que como el célebre viagero Humboldt, hubiese ecsaminado el reino, no habria podido dejar de hacer justicia al sentimiento que dominaba en España por una prosperidad que preparaba á México independiente toda la fortuna y el nombre de una nacion poderosa. Las mas bellas ciudades del Nuevo-Mundo, caminos abiertos á todo costo y susceptibles de las mejoras que ha introducido el arte para abreviar las comunicaciones, trabajos públicos tan notables como el Puente del Rey, el corte de las cumbres de Aculcingo, el desagüe de Huehuetoca: colegios, universidades, conventos, hospicios, hospitales y fundaciones sin número de caridad y beneficencia: cuerpos organizados convenientemente para proteger la minería y el comercio, y bancos piadosos para la agricultura: una administracion civil, protectora de todas las garantías, y un sistema de hacienda poco gravoso, que sin embargo proporcionaba cuantos recursos eran necesarios para la defensa del reino: un culto tan suntuoso como el de la misma metrópoli, y misiones derramadas por todos nuestros desiertos, predicando el cristianismo, estendiendo la civilizacion, y librando á los pueblos de la frontera de las incursiones de los bárbaros, presentaban entre otros muchos esfuerzos, un plan de gobierno que podia tener, y tenia realmente, sombras que autorizaban una censura racional y justa contra los españoles, comparados con otros pueblos; pero no permitia dudar que habian hecho cosas gran-

diosas y que tenian un deseo ardiente de la felicidad de la Nueva-España. Esta era la primera de las colonias, y su nombre anunciaba destinos mas elevados que los de la madre patria.

Nuestra educacion que tanto se ha calumniado, y que bajo varios aspectos era defectuosa, tenia sin embargo por bases primordiales, como en nuestros padres, el honor y la religion. Los mexicanos jamas podian prescindir de los sentimientos de amor y respeto á sus deberes religiosos, que se cultivaban en el seno de la vida privada, en los establecimientos públicos y en todos los rangos y condiciones. Todo lo que veian, todo lo que aprendian y todos los libros que andaban en sus manos, les recordaban que un buen español ni podia faltar á su palabra, ni dejar de conducirse con dignidad, ni mucho menos ofender la religion, que se consideraba justamente como el mas grande beneficio con que era favorecido el Nuevo-Mundo. Todo lo que se ha escrito sobre el periodo colonial, y tambien los recuerdos de familia, acreditan bien que esas cualidades de que hablo, formaron el tipo de los mexicanos de raza española. La educacion, pues, descansando en fundamentos tan nobles y sólidos, se prestaba á todas las mejoras que un gobierno sensato y prudente hubiera promovido para llevarla al alto grado de perfeccion, que por otra parte no era posible en los tiempos de los vireyes. Una colonia, aunque se suponga administrada bajo un sistema ilustrado, nunca es capaz del desarrollo y engrandecimiento de un Estado independiente.

Los mexicanos no podian figurar al lado de pueblos que por mil circunstancias, y por su comunicacion frecuente con estrangeros han adquirido la generalidad de los conocimientos mas indispensables y las cualidades de mas brillo en la sociedad.

Sencillos y francos iban á presentarse con todas las ventajas que les confiesan cuantos escritores y viageros han ecsaminado atentamente el pais. La educacion esmerada, aunque contraida al número de familias que podian proporcionársela, ejercia desde entonces una grande influencia y preparaba los establecimientos que tienen hoy aún los lugares menos poblados é importantes. Nunca hubo pueblo mas deseoso de los goces de una sociedad culta y del fausto y ostentacion de las cortes europeas.

Las ciencias y la literatura eran entre nosotros, lo que nuestros colegios y Universidades. La carrera eclesiástica y la del foro se presentaban como los únicos medios que podian proporcionar una subsistencia cómoda á los hombres consagrados á las letras. En ambas habia muchos notables que fueron dignos de los elogios que se tributan aún á sus conocimientos y sabiduría. La instruccion era sólida, y el gobierno y la organizacion interior de los colegios, tenian toda la seriedad que caracterizó siempre á los establecimientos públicos de los españoles. Las bellas letras se cultivaban poco, porque eran muy escasas las cátedras de este ramo, que parecia mas bien de lujo, y que se hallaba en un estado de grande atraso en la península. Sin embargo, la nacion veía en algunos escritos que se publicaban, la facilidad con que se adelantaba en los estudios amenos de la literatura, y que ésta con el tiempo llegaria á escitar la pasion y entusiasmo de la juventud. Otro tanto puede decirse de las bellas artes. La ciencia del gobierno, la economía política y el derecho público se ignoraban completamente, y por desgracia las nociones que comenzaban á adquirirse, eran las que ministraban los libros y folletos franceses traducidos al español y escritos con la frivolidad propia de la época y del

cambio violento que sufrian las opiniones y los gobiernos. Se comprenderá fácilmente, que cuando hablo de esta clase de educacion, me contraigo á aquella parte de la sociedad, que por su posicion y por su influencia moral estaba destinada á dirigir el pais en los diversos puestos de la administracion pública.

El carácter que manifestaba la nacion, era sin duda noble y generoso. Sea por el clima, sea por el ejemplo de los españoles y porque estimaban mucho sus hermosas tradiciones, ó lo que es mas cierto todavía, por la influencia que siempre ha ejercido la religion en las regiones de América, los mexicanos nunca mantenian en sus pechos odios profundos, ni dejaban de tomar una parte muy activa en las desgracias que afligen al hombre, cualquiera que fuese su condicion y orígen. La primera guerra de independencia, aunque inflamó las pasiones y dió lugar á escenas horrorosas y sangrientas, no pudo estinguir esta bella inclinacion de que esa misma guerra dió tan relevantes testimonios. Los mexicanos nunca fueron reputados cobardes, y ni los españoles, ni los estrangeros, ni los vireyes mas preocupados contra ellos les negaron todo el denuedo y toda la constancia que conservaba España en los dias de su insurreccion. Los informes de los diversos gobiernos á la corte, y los de los gefes que mas se habian distinguido desde 1810 sobre el estado político del reino, y los medios de restablecer la paz, convenian sin variacion alguna, en el valor de las tropas del pais, y en la imposibilidad de subyugarlo luego que dejasen de sostener la causa de la metrópoli. Hospitalarios, fáciles para ceder de su derecho y para dar importancia á cuestiones que no tenian gravedad ninguna, amigos del brillo y de la ostentacion, estaban espuestos á hacer un grande abuso de esta docilidad de

carácter, y á no estimar lo que hubiera dado al pueblo toda la fuerza y poder de que necesitaba al hacerse independiente.

Se ha dicho que los mexicanos estaban dominados por funestas preocupaciones que impedian todo progreso, y que el poder de los hábitos religiosos era el principal obstáculo para su engrandecimiento. Muy apegados en efecto á su religion y á sus ministros, y unidos por este lazo que no han podido romper ni los trastornos políticos, ni las pasiones desencadenadas, ni los malos libros, ni los ejemplos perniciosos que se les han estado presentando hace treinta años, nadie que sepa apreciar la fuerza moral de los pueblos, puede considerar como defecto el sentimiento religioso que ha podido salvarse entre tantas ruinas, suavizar los horrores de la guerra civil, y ser el mas fuerte apoyo de la unidad nacional.

Por nuestra misma condicion, las buenas cualidades tocan siempre algun estremo que las desnaturaliza y da lugar á abusos de incalculables consecuencias. Los mexicanos eran pródigos en el manejo de sus intereses, y la conducta que habian tenido con ellos los españoles, habia sido la mas propia para perpetuar esta peligrosa propension que debieron precaver si hubieran conocido mejor los suyos propios. El empeño de no confiar á sus hijos, á quienes por otra parte procuraban educar convenientemente, la direccion de sus negocios, el temor de que se menoscabase su fortuna si no se entregaba á hombres que, salidos como ellos, de una situacion angustiada y pobre, observasen la misma economía que se las habia proporcionado, y la idea de que todos los mexicanos eran arrastrados por carácter á la disipacion, que destruiria en pocos meses el fruto del trabajo de muchos años, generalizaron este defecto y lo arraigaron

de una manera tal, que despues fué dificil corregirlo. Persuadidos de que mientras viviesen sus padres de nada ó de muy poco podian gozar ó disponer, verificada su muerte se apresuraban á compensar con gastos ecshorbitantes las privaciones y la falta de confianza con que se les habia ofendido durante su vida.

Las consecuencias de esta pasion de despilfarro y de la ignorancia en que por sistema se les hacia vivir en el manejo de los negocios, eran desastrosas. El lujo, el juego, la ociosidad y el absoluto abandono de su patrimonio, vinieron á ser gérmenes fecundos de males para la sociedad. Alguna vez he reflecsionado en que este fué el mas funesto de los errores que cometieron los españoles que vinieron al Nuevo-Mundo, y que son responsables de un vicio ó defecto de carácter que tanta influencia debia ejercer con el trascurso del tiempo. Y cuando me he puesto á comparar los Estados de la América Española con los Estados-Unidos, he creido que encontraba el orígen de la sobriedad y de la buena administracion pública, que los últimos llegaron á establecer muy pronto, en ese espíritu de órden y de economía doméstica que ya tenian al hacerse independientes.

Sus costumbres como súbditos se habian modificado progresivamente desde el año de 1810. De una obediencia ciega y general, y de un respeto profundo y sincero á toda clase de autoridades, pasaron á la discusion de los títulos de su libertad, desconocieron unos y sostuvieron otros al gobierno constituido; se generalizó, en fin, la opinion en favor de la independencia, y antes de consumarse ésta, ya prevalecian en la clase llamada á gobernar al pais todas las doctrinas modernas sobre los límites entre el superior y el súbdito, entre los pueblos y los gobiernos.

Con ideas confusas sobre todo esto, se apasionaron por la política, disputando mucho y sosteniéndose este debate por hombres adictos á las antiguas doctrinas, y por los que las combatian; pero arrastrados todos por el torrente del siglo que ciertamente no era favorable á los derechos de la autoridad. Ansiosos de representar todos los papeles de los gobiernos y de los congresos de Europa y de los Estados-Unidos que no conocian, era uniforme el deseo y el sentimiento por mejoras de todas clases y por una série de cambios interminables que les prometian un porvenir lisongero. Esa agitacion era propia de la época y de todos los Estados de la América del Sur.

El carácter mexicano encontraba en el mismo espíritu turbulento del siglo y en las mismas cuestiones que se debatian, un grave obstáculo que embarazaba acometer la empresa á que estaba llamada la nacion y que ecsigia sacrificios y desprendimiento. La educacion por otra parte de los colegios, habia contribuido mucho á mantener en los hombres consagrados á la carrera literaria un sentimiento de emulacion, útil y provechoso dentro de ciertos límites, y pernicioso y funesto luego que fuese el regulador de la conducta y política de los congresos y gobiernos. Nada hay mas contrario al órden é intereses sociales que desconocer el mérito personal y graduar la importancia de los hombres públicos por los consejos engañosos del amor propio. Acostumbrados á no ejercitar sus facultades mentales, sino en los debates de los colegios y en los estrados, les pareció que llamados á otro teatro mas vasto, el pais veria con gusto que las cuestiones de que dependia su felicidad, se sometiesen á esa rivalidad miserable que tanto se satisface con el elogio de un periódico ó con el aplauso de una galería. El tiempo ha de-

mostrado bien que se equivocaron, y que no les era lícito ni en la tribuna ni en el gobierno, someter los asuntos mas graves á las antipatías que tanto los han dividido. Cualquiera que fuese su inesperiencia, muy diversos habrian sido los frutos de sus trabajos si una razon imparcial y noble los hubiese ordenado, y si el verdadero deseo de afianzar el órden hubiese alcanzado al fin la recompensa gloriosa que no pueden proporcionar nunca las miras bastardas de los partidos. Sin necesidad de esplicar muy detenidamente el conjunto de circunstancias que han contribuido á escitar esta rivalidad entre nosotros, y de una manera mas desfavorable que en otros paises, basta saber que ecsiste desde nuestra primera revolucion: que los mexicanos veían con mas disgusto la elevacion de un compatriota suyo que la de un español; y que cualquiera que sea la generalidad de este defecto, atendida la condicion miserable de la especie humana, no cabe duda de que en la República ha llegado á tal punto, que la cubre de vergüenza y que ha degradado el espíritu público. Reflecsiónese bien y téngase presente la parte que ha conseguido tomar en las cuestiones mas vitales para el pais, y no se dudará un momento que ha sido una fuente inagotable de errores y desgracias.

Mas ó menos justas las quejas que se levantaban contra el gobierno de la metrópoli, era muy triste, sin embargo, la que se repetia tan frecuentemente, de que á los mexicanos no se les conferian los empleos de primer rango. Y si bien es cierta la parcialidad contra la cual se enardecia la opinion, no puede desconocerse tampoco que fué en estremo perniciosa la esperanza que desde entonces concibieron los hombres de menos mérito de que la independencia iba á mejorar su situacion y á

servir á sus manejos é intrigas para obtener los puestos públicos. Parece increible el predominio que ejercen con el tiempo algunas ideas que, al comenzar una crísis política ó social, se dejan traslucir para inflamar los ánimos y darles el impulso de que necesitan. Los mexicanos, aunque propendian á ese defecto que tan justamente se les ha censurado, estaban muy distantes de envilecerse con todos los escesos que se han cometido para obtener los cargos, en los cuales mas bien se buscaban el honor y distincion que el interés pecuniario; y es necesario convenir en que la mala direccion que dieron al espíritu público muchos de los escritores que figuraron en la primera guerra de insurreccion, crió esta hidra que se ha reproducido sin cesar en todos nuestros cambios y revoluciones.

Antes de 1810 fué respetada y sostenida vigorosamente la autoridad civil, que por el largo periodo de la dominacion española, muy pocas veces necesitó del ausilio de la fuerza armada. La guerra aunque no relajó completamente el resorte del gobierno, sí dió notable influencia á la clase militar, como que en ella se cifraba de una parte la conservacion del reino, y de la otra el triunfo de la independencia. El poder omnímodo que se confirió á los comandantes generales de las Provincias y aun á gefes subalternos; los escesos á que se entregaban impunemente, y la dilapidacion de los caudales públicos, comenzaron á escitar vivas simpatías por la milicia, y á fundar en ella la esperanza de una fortuna rápida que no se podia tener en otras condiciones. Natural era que en México sucediese lo que en todas partes, que durante la guerra, la profesion militar es la mas brillante y la de una perspectiva mas halagüeña. Pero entre nosotros la influencia de esa clase iba á ser funestísima y

hacer imposible toda administracion que no contase con ella como su principal apoyo. El triunfo de nuestras armas la debia aumentar estraordinariamente, y los generales, gefes y oficiales de aquella época, y lo que es mas notable, los que les sucediesen iban tambien á presentar con el título de nuestra libertad el poder que los autorizaba para no obedecer ni gobiernos, ni leyes, ni instituciones.

Ademas del influjo de la milicia, ecsistian otros antecedentes no menos desfavorables y contrarios á todo órden de cosas, bajo cualquiera conducta que pudiera adoptarse. El gobierno vireinal habia perdido todo su crédito, no solamente por las ideas que favorecian la revolucion, sino por la falsa política que habia seguido, y la indulgencia con crímenes que quedaban impunes. La prudencia y templanza con que generalmente gobernaban los vireyes habian desaparecido, y el pueblo no veia otra cosa en su administracion, que una defensa apasionada de los derechos de la metrópoli que se sostenia con cuantos medios se creian posibles, aunque fuesen muy reprobados. La dictadura militar y sangrienta que se estableció en todas las provincias, la injusticia y parcialidad con que se procedió durante la revolucion en todos los negocios en que estaban interesados los españoles, y la falta de tino para preparar un desenlace que se veia con claridad, habian menoscabado el gobierno de una manera tal, que la política humana y conciliadora del virey Apodaca no pudo ya restablecer el crédito de la autoridad suprema atacada y envilecida desde el año de 1808 en el virey Iturrigaray. El gobierno, pues, no representaba sino una ecsistencia pasagera, y mientras pudiera organizarse un nuevo plan de revolucion, que reuniese los soldados mexicanos y las diversas

opiniones en que estaba dividida la clase ilustrada é influente del pais.

Inútil es hablar de las diferentes razas, porque ni este escrito tiene por objeto hacerlo conocer bajo todos sus aspectos, ni menos entrar en consideraciones filosóficas sobre las ventajas que habria tenido la identidad de orígen y costumbres. Basta saber que ni la indígena, ni la mista, ni la ínfima de la poblacion, llamada española, ejercian entonces ninguna influencia; que todas estaban subordinadas como lo han estado despues, al impulso y direccion que la clase superior hubiera querido darles, que siempre estuvieron dispuestas á favorecer los esfuerzos de una buena administracion, y que si hoy lamentamos sus vicios, su indolencia y sus propensiones, esta falta mas bien que suya, lo es de los que han tenido el poder de mejorar su condicion y costumbres.

Debe notarse que la conducta observada por el gobierno de la metrópoli con sus colonias, desde principios del siglo presente, se resintió del desconcierto de la corte de Cárlos IV y de las doctrinas dominantes en Francia. Poco se necesitaba para persuadirse de que la dependencia de los Estados Americanos no podia conciliarse ni con el principio de la soberanía popular, tal como lo comprendian los legisladores de las córtes de 1810, ni con la desigualdad de la corta representacion concedida á las colonias, ni mucho menos con un gobierno en que no tenia parte ninguna el pueblo, ni era responsable ante él de ninguno de sus actos. La historia conservará hechos que parecerán increibles, pero que nosotros los hemos presenciado, y tendrá dificultad de esplicar cómo un gobierno que fué considerado por tantos años como uno de los mas diestros en mantener

sometidas á su obediencia las provincias lejanas del Nuevo-Mundo, pudo cometer el error de querer gobernarlas como colonias, habiendo reconocido en ellas, como en todas las partes integrantes de la monarquía, la soberanía del pueblo.

He dicho que el gobierno vireinal no estaba tan desvirtuado por la opinion que deseaba la independencia, como por su mismo desconcierto y el de la metrópoli, porque el poder público, que no se corrompe, conserva mas sus títulos para ser respetado, aun á presencia del enemigo mas formidable, que cuando está favorecido por la fortuna, si desmiente aquellas virtudes que le dieron fuerza y estabilidad. Y si esto es cierto, lo es tambien que la independencia debia realizarse muy pronto, no solamente por la decision del pais para conquistarla, sino por la conducta irregular y torcida de la corte de España y de los cambios que adoptaba en sus instituciones fundamentales. Por desgracia nuestra, y porque los malos ejemplos se trasmiten aun de gobiernos á gobiernos separados por el tiempo, y que parece que no tienen semejanza alguna, el atentado de la faccion española que depuso al virey Iturrigaray, debia tener la misma relacion con la caida de nuestras administraciones que la ejecucion de Cárlos I de Inglaterra con el fin trágico de Luis XVI.

Sin poder la autoridad, porque no se presentaba tal como habia sido, y sin fuerza el sistema de administracion que sufria tan violentas innovaciones, era claro que si el pais parecia abandonar la causa de la independencia, solo esperaba la oportunidad que le proporcionase el triunfo de que no dudaban ni los mexicanos ni los españoles ilustrados. La insurreccion, aunque desgraciada, habia engendrado en los ánimos el convencimien-

to de que no era ya posible el régimen colonial, que se hallaba en abierta contradiccion con las ideas dominantes del siglo, con la inquietud que se notaba en toda la América del Sur, y con los resentimientos que habia encendido una lucha que no podia terminarse definitivamente sino con la separacion de México de su antigua metrópoli. Este estado de cosas tomaba un carácter mas decisivo por los sectarios de las ideas liberales que propagaban estas con calor y entusiasmo, y por la repugnancia con que recibian todas las clases, pero muy particularmente el clero, las novedades adoptadas en la península. Entre los españoles, y entre los mismos oficiales de los cuerpos que venian de esta, habia muchos que sin embozo alguno proclamaban las doctrinas mas avanzadas, condenando el sistema que permitia los abusos del poder vireinal y de la inquisicion. Algunos mexicanos de una condicion social respetable, que ó por haber estado en España ó por haber viajado por otros Estados de Europa defendian los principios constitucionales, contribuian mucho á debilitar al gobierno que cada instante perdia mas en la opinion, sin embargo del respeto y consideraciones personales que inspiraba á todos la conducta del virey conde del Venadito.

Las diputaciones de las Provincias sobre todo, habian preparado ya el espíritu público, porque manifestaban el grande aprecio y concepto con que eran recibidas, la influencia que ejercian en los negocios, el apoyo que encontraban en las córtes sus quejas y pretensiones, y la facilidad de que estas triunfasen, ó de que el pais por sí mismo se hiciera justicia. Los representantes en efecto, que se eligieron por México en los diversos periodos de la constitucion de Cádiz, debieron lisongear-

se de verse en la península rodeados de los respetos y simpatías que escitaba la Nueva-España. Hombres casi todos de energía, de instruccion y escelentes cualidades, habian honrado al pais y hecho conocer la necesidad de satisfacerlo, y de variar el sistema que disminuia sus derechos y goces como ciudadanos. Ese sentimiento de propia dignidad, se habia generalizado por todo el reino: los mexicanos disputaban sobre todo, menos sobre sus recursos para cualquier cambio; y puede asegurarse que los españoles tambien se envanecian de encontrar en ellos los rasgos mas característicos de su misma raza.

En la tregua, pues, en que se habia convenido, y que debia ser mas ó menos corta, atendidas las circunstancias, aparecian en México dos partidos con el nombre de liberales y serviles, los mismos que se destrozaban en España, y cuyas ideas conservadoras y progresivas se hacian la guerra, aunque de una manera poco perceptible, por hallarse la nacion empeñada en otra muy superior desde el año de 1810. Sin ningunos medios para llevar adelante sus pretensiones el liberal, porque faltaban en el pais todos los elementos del sistema representativo, pudo conquistar multitud de personas luego que se restableció la constitucion, y se escitó el espíritu público con la libertad de imprenta y la estincion del Santo Oficio. Como todo lo que favorecia los derechos populares se consideraba precursor de la independencia, y como no se podia dudar tampoco que no era posible el gobierno del reino con la constitucion, el partido veia en sus filas hasta personas que detestaban sus principios y opiniones. Las lógias que habian comenzado á establecerse, y en las que figuraban especialmente españoles recien llegados, hacian grandes esfuerzos para generalizar el sentimiento en favor

de todo género de innovaciones, por peligrosas que fuesen á la tranquilidad que comenzaba á disfrutar el reino. El partido liberal, por un conjunto de circunstancias favorables á su sistema, representaba necesariamente el de la independencia; y el servil que temia mas las doctrinas desorganizadoras de las Córtes que los peligros de una nueva insurreccion, no solo se conformaba, sino que se preparaba para presentarse llegado el caso, como su defensor mas decidido en odio de los cambios que se hacian en la península, y de los cuales temia que viniese la irreligion y la ruina de todo lo que se tenia por respetable y sagrado entre los mexicanos. Los españoles que contribuian al desarrollo de los principios liberales, no se penetraban del enlace de estos con la independencia, al paso que los que no querian ningun cambio, estaban convencidos de que solo el régimen antiguo podia conservar los Estados del Nuevo-Mundo á la corona de España. La disposicion, pues, de los espíritus era funestísima á la causa del gobierno, y nada podia contrariar el desarrollo que iba á tener al presentarse la ocasion que por todos se deseaba.

Pero es necesario conocer á fondo la opinion que bajo varios aspectos favorecia el sentimiento nacional, porque desde entonces ha representado dos principios, no solo distintos, sino opuestos, y ha producido esa accion y reaccion que han hecho tan instables nuestros gobiernos é instituciones. Las doctrinas liberales se aceptaban generalmente como protectoras de la libertad política del pais, y se recibian con desconfianza al mismo tiempo como contrarias á nuestras costumbres, y sobre todo á las ideas religiosas que dominaban sin oposicion en la Nueva-España. Adoptarlas sin sus consecuencias naturales é inmediatas,

era un sistema que no podia defenderse, y no ponerles la limitacion que se reclamaba por todos era dejar en pié obstáculos invencibles. ¿Cómo se habian de proclamar por un lado el plan salvador de las Córtes, la libertad de imprenta, el derecho de eleccion popular, la responsabilidad, y se habian de condenar por otra todos los actos y disposiciones que emanaban de ellas sobre materias religiosas, sin confesar de una manera práctica que el nuevo sistema favorecia la impiedad y se contradecia en los momentos mismos de ejecutarse? El partido liberal, pues, sostenia por cálculo hasta lo que repugnaba á su propio convencimiento como contrario á las circunstancias peculiares de la Nueva-España, y el servil por no desacreditar un cambio que iba á acelerar la independencia, se veía obligado á respetarlo y á colocarse en una posicion falsa, porque no podia pelear por sus opiniones, sin esponerse á ser juzgado desfavorablemente.

Por un decreto de las Córtes del año anterior, se habia suprimido la Compañía de Jesus restablecida por Fernando VII en 1816, y por otro las religiones hospitalarias, consignándose sus bienes al fondo de temporalidades. La una por el crédito que siempre habia tenido en todos los Estados de la América Española, por los servicios que prestaba á la juventud y á la Iglesia, y por los hombres ejemplares que habian entrado en ella luego que fué restablecida, y las otras por estar consagradas á un instituto puro de beneficencia y caridad, conservado sin relajacion alguna, escitaban las simpatías del pueblo, y en su estincion no podia ver este otra cosa que un ataque violento á la religion. El decreto de que se trata, se consideró en consecuencia como uno de los cargos mas graves que podian hacerse al gobierno y á las Córtes: los liberales, reducidos entonces á un

corto número, no podian estraviar el sentimiento general, y los serviles se sometian á providencias que aunque con repugnancia ejecutaba el virey, y defendian del sistema ecsistente todo lo que apoyaba la independencia, sobre todo, la libertad de imprenta y las elecciones populares. En España habia sucedido otro tanto, y al mismo tiempo que se derramaba á torrentes la sangre de sus hijos por conservar ilesas la monarquía y las creencias de sus antepasados en la encarnizada lucha que sostuvieron contra los franceses, tomaban de éstos los principios y el sistema peligroso de innovaciones, intentando como nosotros quitar á las cosas sus tendencias naturales y acomodarlas, salvando todas las reglas de órden y analogía, á las pasiones de los partidos.

He dicho que en todo esto habia una contradiccion práctica, no porque crea que era inseparable del sistema liberal tal ó cual género de disposiciones que pudieran ofender ó las costumbres del pueblo ó sus sentimientos piadosos. Pudieron muy bien las Córtes bajo los principios adoptados, dispensar la misma proteccion que los reyes católicos á aquellos cuerpos ó establecimientos que se conservaron por largos años, y la nacion pudo tambien aceptar las nuevas doctrinas en aquello que no se opusiese á la opinion uniforme del pais, principalmente en el importante punto de religion. Pero como los pueblos tienen que elegir en determinados casos sin abstracciones, y sin poder dividir ni los bienes ni los males que se les presentan, de ahí es que cuando concretado un sistema y en oposicion á otro mas ó menos bueno, entraña inconsecuencias y males que quisieran evitarse, es preciso, ó pasar por éstos, ó ponerse de parte de otro estremo que tampoco se puede adoptar. Resumiendo lo

espuesto y en pocas palabras, creo que puede decirse con esactitud, que la nacion al comenzar el año de 1821 era liberal porque queria ser independiente, y que sin embargo, repugnaba el sistema porque queria ser religiosa: que los liberales nada representaban en la cuestion del pais sin sus contrarios, ni éstos podian apelar al antiguo régimen sin hacer retroceder la causa de la nacion hasta un punto en que no fuera posible separarse de la madre patria. Poco antes he manifestado cómo debe calificarse el empeño de las Córtes de someter las colonias á la obediencia, rigiendo la constitucion de 1812.

De esta estraña complicacion, resultaba la peculiar de las clases del Estado y el peligro inminente en que se hallaba la sociedad. Casi todo el clero estaba decidido por la independencia; pero el superior, compuesto de españoles, ni podia abrazar un estremo que no era favorable á su patria, ni sostener á su gobierno que representaba nuevos principios y un nuevo régimen contrarios á los fueros y prerogativas de la Iglesia: el comercio tambien veía atacados sus intereses con el sistema que iba á destruir el monopolio y que aventuraba por otra parte su influencia en el reino: el ejército, formado de mexicanos y españoles, ni podia conservar una posicion determinada, ni contribuir tampoco á una defensa comun y uniforme, porque nada unia tampoco los intereses de las dos clases de que se componia; y el gobierno vireinal, por último, y todas las autoridades superiores decididas á sostenerse por un sentimiento de conveniencia y tambien de fidelidad, se hallaban convencidas de que con el cambio que se habia proclamado no hacian otra cosa que propagar contra sus mismas intenciones la opinion en favor de la independencia. Nada, pues, favorecia á la metrópoli, y lo que

mas contribuia á conservar la obediencia, era la política del virey Apodaca, que manifestándose siempre humano y generoso, habia ganado la voluntad hasta de los mismos insurgentes, haciéndose amar de todos los habitantes del reino, é interponiéndose como un iris de paz entre aquellos y sus sangrientos predecesores. Pero este apoyo, como todo el que depende simplemente de las personas, era débil: los sucesos debian seguir su curso ordinario, y estaba señalado ya el término de una situacion que no convenia á ninguno, y que por lo mismo no podia mantenerse.

El interes general que escitaba el pais, el vigor con que se presentaba, el convencimiento uniforme de su propia importancia sostenido por todas las clases, y la esperanza de que la raza española en México correspondiese á todos los dones con que era favorecida, daban al espíritu público ese carácter de resolucion y de gravedad tambien que se advierte en las naciones, cuando van á realizarse grandes acontecimientos. Los estrangeros que nos observaban podian juzgar de diverso modo sobre el estado interior del reino; pero ni ellos ni nosotros dudábamos que México seria lo que quisiese ser, y que una vez unido nada podria conservar en él la dominacion española.

III.

Grandes y poderosos los elementos que favorecian la independencia, no eran mayores que los obstáculos que se presentaban para combinarlos de manera que inspirasen una confianza general, y alejasen el temor de que se repitieran las escenas de la guerra de insurreccion. Los ánimos se hallaban tan divididos sobre la política de la corte de Madrid, como sobre los medios que debian emplearse en uniformar un movimiento nacional y digno de la empresa reservada á la Nueva-España. El celo ambicioso, que por desgracia ha sido entre los mexicanos una pasion dominante, hacia inútiles todos los esfuerzos, y no permitia siquiera la superioridad momentánea del que se encargase de dirigir la revolucion, que sin embargo de las circunstancias, podia frustrarse y ser tan funesta al caudillo como fué la primera á los de 1810. Con los antiguos insurgentes, dispersos unos, ofendidos otros, y habiendo protestado los mas notables que no volverian á tomar las armas contra el gobierno que acababa de mostrarse clemente y generoso, era cierto que no podia contarse; y de los gefes y tropas mexicanas que habian combatido la insurreccion, y que por este motivo estaban impedidos de presentarse como inconsecuentes con sus ideas y opiniones, tampoco se podia esperar la cooperacion general que se consideraba como indispensable. Y por otra parte, la agitacion en que se hallaba la península, el cambio que se hacia sentir en

todos los dominios de la monarquía, restablecida la constitucion, la eleccion que acababa de verificarse de diputados á Córtes, la esperanza de que en estas obtuviera un triunfo la causa americana, concediéndosele por lo menos derechos y garantías que dejasen satisfechos ó conformes los ánimos, y otras sérias consideraciones que debian tenerse presentes para no precipitar un suceso que parecia natural, pero no tan prócsimo como se deseaba, hacian muy dificil la situacion, y comprometian en estremo al que quisiera arrostrarla. Hubo sin embargo un genio "superior á toda admiracion y elogio," que en 24 de Febrero de 1821 proclamó la independencia en Iguala bajo el plan memorable que tiene este nombre.

Iturbide nació en Valladolid, capital de la Provincia de Michoacan, en Septiembre de 1783: ni su educacion ni su vida ofrecen cosa notable hasta 1810. Al comenzar la guerra, se decidió ardientemente por la carrera de las armas que habia abrazado pocos años antes, y no cabe la menor duda de que desde entonces fué dominado por un sentimiento de gloria y de superioridad tambien, aun respecto de aquellos gefes españoles con quienes no podia competir, ni por su corta edad, ni por su grado, que era el de teniente, ni mucho menos por las circunstancias en que se hallaba el pais, y la natural preferencia que dispensaba el gobierno á los que habian nacido en España.

Su reputacion militar se estendió rápidamente por todo el reino, é Iturbide se presentaba por los años de 1814 y 1815 entre la multitud de hombres ya mexicanos, ya españoles que hacian un papel distinguido en aquella guerra, como un oficial capaz del destino mas elevado y de ofuscar á todos sus compa-

ñeros, luego que los sucesos en que tenia tanta parte lo colocasen en el lugar que ambicionaba. Las acciones de Salvatierra, Valladolid, Puruáran, y la pacificacion del Bajío; el arrojo, aunque sin écsito, con que asaltó el cerro de Cóporo, y otros hechos muy distinguidos, persuadieron al gobierno de la necesidad que tenia de él, y de la conveniencia de favorecerlo con todas las consideraciones que habia merecido. Un valor sereno y constante, un juicio sano y profundo, y sobre todo el conocimiento perfecto de la política del gobierno español y de la que observaban los insurgentes, le dieron todas las ventajas que tienen los hombres cuando pueden elevarse sobre los demas, y decidir con su talento una guerra prolongada.

La superioridad de Iturbide era incontestable; y sus contemporáneos nos refieren que aun como subalterno, era tratado por los primeros gefes españoles con aquella deferencia y miramiento á que no podia aspirar ningun mexicano por alta que fuese su categoría. Haciéndose respetar siempre y estimulado por su fortuna, casi veia terminarse la guerra de insurreccion, cuando los mejores años de la vida, su genio y actividad, y la favorable coyuntura que le presentaban los cambios de la península, lo llamaban á sobresalir en una nueva campaña. Coronel del regimiento de Celaya, favorecido en la sociedad por su trato franco y dulce, y hasta por una presencia imponente y hermosa, estimado como el militar mas capaz é intrépido, no podia conformarse ni con la fama que habia adquirido, ni con el cargo odioso que se le hacia de no haber empleado su espada en beneficio de su pais, y de no haber sido tampoco generoso y humano cuando peleaba contra sus mismos compatriotas. La idea de que estos lo consideraban como un mal mexicano, y de

que no podria olvidarse nunca su conducta, las reflecsiones que hacia sobre ella, su fidelidad y gratitud comprometidas por otra parte, la necesidad de conciliarlo todo con nuevos sentimientos y nuevos principios, y el convencimiento íntimo de que era el hombre de las circunstancias, encendieron en su pecho el deseo de llevar la voz de la Nueva-España, prestarle el mayor de los servicios, y trasmitir su propio nombre hasta la mas remota posteridad. Consta que hallándose en Cádiz el virey Calleja, aseguraba como un hecho infalible y prócsimo, la independencia, despues de haber recibido en aquel puerto la noticia del grito de Iguala. Al salir de México, decia aquel general, no habia otro gefe capaz de esta empresa sino el coronel Iturbide. Este permanecia en la capital ocupado de su plan, y cultivando las mejores relaciones con las personas influentes, así entre los españoles como entre los mexicanos, cuando el virey Apodaca le confirió en Noviembre de 1820 el mando del Sur de México, donde no se habia podido someter á la obediencia del gobierno á Guerrero que conservaba allí los últimos restos de la insurreccion.

Los pueblos pocas veces conocen todo el valor de un pensamiento cuando no ha sido coronado con un écsito feliz, ó no ha podido precaver ulteriores desgracias y revoluciones. Si á la nacion se respetase hoy, y si con los bienes de la paz pudiéramos ecsigir del mundo el honor que se debe al caudillo de Iguala, ni se nos calificaria de presuntuosos, ni se dejaria de colocar entre las acciones heróicas aquella con que anunció la gloria y libertad de su patria. Pero como la hemos querido oscurecer con nuestra discordia, como nada hemos hecho por nosotros mismos para ser felices, y como él se estravió tambien y no con-

servó las ideas y virtudes que tuvo al comenzar, proseguir y terminar su obra con tan señalada prudencia y sabiduría, nos parecen ya un sueño los sucesos, y nos retraemos de presentarlo como á uno de aquellos hombres que no manda la Providencia á las naciones sino de tarde en tarde. El año sin embargo de 1821 jamas podrá borrarse de nuestra memoria, y sea cual fuere el destino del pais y la injusticia de las pasiones, será siempre el timbre mas honroso de los mexicanos.

Nada recibia el reino con agrado que no diese garantías á la Iglesia y á sus fueros é inmunidades: veía con horror cualquier trastorno que pudiese encender la division que habia hecho ya correr tanta sangre, y conservaba el sentimiento de nacionalidad y el deseo de que ésta triunfase; pero no con la devastacion de otra guerra fratricida, sino con las armas de la razon y de la concordia. Religion, pues, union é independencia era el grito que espresaba la voluntad general, y el que reunia las opiniones políticas de todas las clases: el único que podia vencer todos los obstáculos, y el que por un conjunto de circunstancias raras representaba á un tiempo la causa de la Antigua y de la Nueva-España. Y para que nada faltase á este pensamiento, se realzaba con el vínculo mas noble de la naturaleza. Era español el padre de Iturbide. Así debió hacerse oir por el mundo la voz del caudillo que invocaba el principio y sentimiento religioso, la libertad de su patria y las garantías de la civilizacion.

El plan de Iguala consignaba como uno de sus artículos fundamentales el establecimiento de un gobierno monárquico constitucional representado por Fernando VII ó por un príncipe de la casa reinante, y llamaba tambien al virey á la junta que debia for-

marse y gobernar provisionalmente. Hoy parece estraño que se hubiese pensado en generalizar la opinion con un ofrecimiento que ni era aceptable, ni podia tener tampoco un carácter de sinceridad; pero los que recordamos bien el estado de la nacion y las complicaciones gravísimas que era preciso dominar para que no se frustrase la revolucion, podemos estimar debidamente la profunda sagacidad con que se hizo concebir la esperanza de un órden mejor de cosas, no solo para los mexicanos, sino para los españoles. Si Iturbide en Iguala quiso de buena fé el establecimiento de una monarquía con un príncipe estrangero, no es posible saberlo; pero es muy probable que así fuese, porque su plan era tan político, y ocupaba de tal modo su cabeza y su corazon, que por entonces debió parecerle muy poca cosa la corona del Imperio. En cuanto á la deferencia para que el virey Apodaca tomase parte como presidente del nuevo gobierno en la revolucion, es claro que fué un acto de aparente desprendimiento, y que no pudo contar nunca con que aceptase la oferta, inconciliable con el carácter y la lealtad bien probada de aquel magistrado. Habia, pues, en el plan dos cosas muy diferentes, las garantías que consignaba y el sistema de gobierno que deberia establecerse hecha la independencia. Respecto de las primeras nadie dudó, ni del entusiasmo con que se defendian, ni de la conveniencia de conservarlas á toda costa para que no se rompieran violentamente los lazos de México con su metrópoli; y por lo que toca al segundo, muchos españoles por la natural propension que todos tenemos de creer realizable lo que nos conviene, se persuadieron de la posibilidad de ejecutar la idea y de mantener por algunos años la influencia y consideraciones que les habria dado un gobierno representado por uno

de sus príncipes, y en el cual hubiesen figurado compatriotas suyos. Los mexicanos por el contrario, no fijaron mucho la atencion en un punto que no tenia importancia alguna, mientras no se asegurase el triunfo de la revolucion.

El grito de Iguala conmovió todo el reino, y aun el gobierno, autoridades y gefes españoles que se decidieron á contrariarlo, observaron desde luego el inminente peligro en que se hallaban y la dificultad de contener la opinion pública. Iturbide era el gefe mas acreditado, de mas valor y de mejores relaciones. Su plan, aunque esclusivamente suyo, se habia formado ó de acuerdo, ó por lo menos con conocimiento de personages muy influentes, así españoles como mexicanos, y el giro que daba á la revolucion era tan conciliador, que desarmaba todas las resistencias y uniformaba todos los intereses. El virey, opuesto á la constitucion y á las Córtes, no tenia confianza alguna ni en los medios de que podia disponer, ni en el sistema vigente que le embarazaba las medidas salvadoras á que en casos semejantes apela el poder absoluto. Su moderacion no era propia tampoco para desplegar la energía de sus dos antecesores, y las circunstancias eran muy diversas para que se pudiese contar con los mismos resultados. Defendido el reino por las tropas mexicanas, y no ecsistiendo de las españolas sino un número mucho menor, á la voz de Iturbide podian reunirse todas las primeras y dejar al virey en una situacion desesperada. Así es que muy breve se penetraron todos los adictos al gobierno del carácter de la revolucion de Iguala, y de que acaso seria tambien prudente sacar el mejor partido de las garantías que se habian proclamado, ya que no se pudiera contar con una defensa capaz de mantener el poder establecido en México.

La crísis, sin embargo, en que se hallaba el reino, presentaba dos faces distintas, y un hombre menos superior que Iturbide las habria confundido: la una era del todo favorable, y la otra peligrosa y capaz de estraviar al espíritu mas ilustrado. Cuanto ecsistia entonces ausiliaba mas ó menos directamente el plan de Iguala, y hacia esperar el triunfo de la revolucion; pero el mismo conjunto de elementos en que éste podia fundarse, el mismo vigor del pais y el deseo y sentimiento general por prestarle un servicio glorioso, embarazaban la direccion y difundian el temor de que la independencia no se conquistaria sin apelar al desórden y al favor de las malas pasiones. Jamas se presentó una dificultad mayor que la de sujetar á la voluntad de un hombre solo las rivalidades y ambiciones de todos, los intereses opuestos de los partidos políticos, las diversas opiniones y las banderas de la antigua y la nueva insurreccion. La independencia era ciertamente el pensamiento comun; pero para realizarlo y para darle el carácter que le convenia, se oponian tales embarazos que no podrian vencerse, si la ejecucion no era tan feliz y tan bien concertada como el plan mismo.

El gobierno, á pesar de tantas y tan desfavorables circunstancias como las que he indicado, contaba con todas las autoridades superiores, así civiles como militares, de las diferentes provincias del reino. Por este lado no solo no tenia que temer, sino que su confianza debia ser tanto mas lisongera, cuanto eran notables la influencia y el respeto y temor que inspiraban los generales y gefes, que ó mas se habian distinguido en la anterior insurreccion, ó merecian especiales consideraciones por su energía y fidelidad. Dávila y Hevia en la Provincia de Veracruz, Llano en Puebla, Luaces en el Bajío, Cruz en Nueva-Ga-

licia, García Conde en las Provincias de Occidente, y Arredondo en las de Oriente, podian asegurar al virey de una defensa obstinada y de que sabrian aprovecharse los recursos que tiene un gobierno establecido y fuerte para sostenerse. Los cuerpos españoles que no bajaban de diez, se hallaban repartidos en los puntos mas á propósito; su disciplina era rigorosa, y sus gefes y oficiales distinguidos por su valor é instruccion. Ya se sabe cuánto influye en la subordinacion militar el ejemplo de la tropa mas bien organizada, y cuántos medios de accion presentan en un lance dificil regimientos tan escogidos como los de Castilla, Ordenes militares, Lobera ó Infante D. Cárlos, Zamora, Zaragoza y Navarra. Si éstos y los demas iban á aislarse en el reino, dependia del giro que se daba á la revolucion, y no de la circunstancia de ser españoles.

Los defensores del gobierno y los mismos insurgentes recordaban con temor la guerra que habia comenzado en 1810, y condenaban á un tiempo los escesos que se habian cometido. Los de los insurgentes, por deplorables que fuesen, tenian la disculpa de la falta de un caudillo ó de un gobierno cualquiera que hubiese sido obedecido generalmente y dado algun órden á la insurreccion, proporcionando los recursos indispensables para proseguirla: los de las tropas reales, con un centro comun y subordinadas sin contradiccion á la autoridad del virey, eran mas criminales porque eran mas voluntarios, y porque merecian la aprobacion esplícita ó un constante disimulo, que no podian conciliarse con ningun principio ni de justicia ni de una sana política. El mundo, por una razon muy óbvia, siempre ecsige mas moralidad del gobierno que se defiende que del que se subleva contra él, porque todo alzamiento importa por su misma

naturaleza, confusion y desórden. Es, pues, cierto que mas habia perdido la administracion vireinal por su conducta durante la insurreccion que los insurgentes, y que por esta causa la del conde del Venadito vino á calmar las pasiones y á producir un acuerdo tan general sobre la conveniencia de no alterar la paz, mientras subsistiese el temor del desórden, que los principales gefes insurgentes conformes con su misma desgracia, por haberse sometido á la clemencia de aquel virey y no al terror y amenazas de sus antecesores, eran los que estaban mas distantes de pensar en un nuevo trastorno. Pero esa clemencia no escluia una conducta decidida y enérgica si el órden llegaba á alterarse; y ni los planes de libertad ni las ideas filantrópicas disminuian el peligro del que levantara el estandarte de la revolucion. Mina, español y de un nombre y servicios ilustres, habia sucumbido poco tiempo antes, mostrando con su muerte y con esfuerzos singulares de valor é inteligencia, que fueron estériles, cuales eran todavía las dificultades de un cambio y el poder del gobierno vireinal.

Las ideas que naturalmente escitaba en los ánimos mal prevenidos el proceder de Iturbide, podian presentarse de un modo tan siniestro que le quitasen las simpatías de la nacion. Habiendo hecho una guerra á muerte á los insurgentes, la empresa á que se habia arrojado, podia considerarse mas bien como un esfuerzo de propio engrandecimiento, que favorecia con los sacrificios de otros hombres y de otras opiniones que prepararon un triunfo que no les fué dado alcanzar. Es notable, en efecto, el disgusto que causa la fortuna de un caudillo que se halla protegido por las circunstancias, y que aprovecha con habilidad los trabajos de otras víctimas inmoladas en defensa de

la patria. Digna de un respeto general la garantía de la union, podia atribuirse, no á un sentimiento magnánimo, sino á antiguas relaciones con los españoles que distinguieron á Iturbide y cooperaron á elevarlo al primer rango de consideracion y confianza del gobierno. Y fuerte el lazo que debia unir tambien la primera y segunda campaña de independencia, los sistemas opuestos que se habian adoptado así en lo político como en lo militar, y las odiosidades que era fácil engendrasen, podian hacer que por lo menos se desvirtuara el principio de unidad y cooperacion general, sin el cual no podia haber órden en el estado que guardaban las cosas. Todas las revoluciones nos enseñan frecuentemente que las mas bien combinadas se frustran, porque no se sabe sostener en su ejecucion el sentimiento que dominó al comenzarlas; y que muchas veces la misma opinion pública y el impulso que se le da, lo complican todo, quedando el plan sin efecto por haber ocupado un lugar subalterno el que lo habia concebido. Iturbide conoció perfectamente las ventajas y los peligros de su posicion, se aseguró de la sinceridad de sus intenciones, escitó el esfuerzo comun, y sin embargo lo sujetó fijándole un límite, para que no dirigiese la empresa sino el hombre que debia consumarla.

Iturbide comenzó por donde debia comenzar, y presentó desde luego un contraste desfavorable, no solo á la ambicion que habia dominado entre los insurgentes, y que habia malogrado muchas de sus acciones importantes, sino á la que ecsistia en el ejército y á la que iba á despertar la nueva revolucion al conferirse los empleos y grados militares, mas peligrosa todavía, porque siendo el écsito menos dudoso, era natural suponer que se multiplicase el número de los aspirantes. La milicia,

como se ha dicho ya, era la carrera que presentaba mas atractivos; y cuando iba á prestar un servicio eminente al pais que merecia señalada recompensa, su crédito era mucho mayor, y podia mas fácilmente estraviar el verdadero patriotismo. Iturbide quiso cortar de raiz este mal y rodear á su persona de todas las consideraciones, tomando en Iguala un título modesto, y dando una leccion á los gefes y oficiales que se alistasen en sus filas para que abandonaran todo sentimiento indigno de interes y provecho personal. Sin fausto, pues, ni ostentacion, no pretendió ser reconocido con otro nombre que el de primer gefe del ejército de las Tres garantías. Las naciones aprecian tanto estas acciones de desprendimiento, cuando tienen por objeto manifestar que, tratándose de su gloria y de su independencia deben olvidarse hasta los sacrificios mas heróicos, y no escitar el espíritu público con ninguna mira torcida, que se prestan desde luego al impulso que les da el hombre que así sabe respetarlas. Y en efecto, el entusiasmo que produjo la política profunda de Iturbide, al evitar de este modo las pretensiones de los militares que tomasen parte en la revolucion, fué inesplicable.

El primer gefe tenia ya de su parte á los que mas se habian distinguido ó por su constancia ó por sus virtudes en la campaña anterior. Guerrero conservaba en el Sur de México el último asilo de los insurgentes, y era el mas á propósito para cooperar en aquella parte del pais á generalizar el plan de que se le instruyó, y á remover cualquier embarazo que pudiera presentar la poca cultura de sus habitantes. La correspondencia entre Iturbide y Guerrero, y las conferencias que tuvieron despues fueron tan discretas y de una conveniencia tan perfec-

ta, que se pudo notar desde luego el tino del primero para ganar á los hombres que menos simpatías debian tener por su persona y la decision y docilidad del segundo para acoger un proyecto que podia unir todos los corazones. Bravo, libre ya, vivia tranquilo en su casa, y era sin duda uno de los gefes que por acciones muy nobles, y particularmente por haber puesto en libertad á un número considerable de españoles el mismo dia en que supo que su padre habia sido ejecutado en la capital, merecia el respeto de todas las opiniones y de todos los partidos. Iturbide conoció la importancia de atraérselo y de darle en la campaña todo el influjo de que por tantos títulos era muy digno. Victoria, que permanecia oculto en la Provincia de Veracruz, y sin recursos de ninguna clase para continuar la guerra, habia desempeñado antes uno de los primeros papeles y era estimado generalmente por los largos sufrimientos á que se habia sujetado defendiendo la independencia. Desgraciados estos tres hombres, tenian sin embargo todo el carácter que se necesitaba para no adoptar ningun plan que no les pareciese conveniente, y para no someterse á otro gefe que no fuese tan capaz como el de las Tres garantías. A todos los conquistó este, y puestos á sus órdenes se presentaron unidos los insurgentes de ambas épocas, y cesó el peligro de la division que se temia tanto y parecia inevitable.

Aprovechando su influencia personal y el profundo conocimiento que tenia de los hombres, escribió al arzobispo Fonte, al obispo de Guadalajara Ruiz de Cabañas, al regente de la audiencia Bataller, á los generales Cruz y Negrete y á las demas autoridades del reino, comunicándoles su plan, y escitando en cada uno de ellos el sentimiento que mas debia dominar para

decidirlos por la independencia. A los prelados de la Iglesia era preciso inculcarles que el sistema político del gabinete de Madrid y de las Córtes, era cuando menos una escandalosa innovacion con la que no podian conformarse los que respetaban las doctrinas cristianas y las prerogativas y el fuero eclesiástico; que todo era contrario á nuestras costumbres, y que el plan de Iguala debia apoyarse por las primeras autoridades de la Iglesia, supuesto que antes que todo era necesario salvar el principio católico y no aceptar la responsabilidad que habia echado sobre sí el gobierno de la península. A Negrete con quien tuvo una correspondencia antes del grito de Iguala, lo habia inclinado y persuadido para que abrazase su plan, y lo consideraba como un hombre despreocupado, adicto al régimen liberal, y disgustado por otra parte de la conducta del gabinete español, que no queria conceder á las colonias de América lo que ofrecia tan ilimitadamente el mismo sistema que se habia adoptado. En aquella época en efecto, los españoles que se consideraban como mas ilustrados, no tenian embarazo en aceptar la soberanía del pueblo en toda su latitud, y ecsigir para todas las partes integrantes de la monarquía, lo que la opinion general reclamaba con tanta constancia y esfuerzo para la península. A Cruz y á Bataller era conveniente hablarles el lenguage de la necesidad, presentarles como un hecho inevitable la revolucion, sus consecuencias desastrosas si los españoles influentes la resistian, y un término pacífico y feliz si prevalecia un acuerdo general y el deseo de evitar el derramamiento de sangre.

La carta al conde del Venadito con que Iturbide acompañó su plan, llena de respeto y miramiento, debia producir en el

ánimo del virey una grande impresion, porque estaba penetrado de que la constitucion habia comprometido á un tiempo la religion, la fidelidad de las colonias y el porvenir de España. Iturbide con una oportunidad que cada dia se admira mas, habia propuesto, como se ha dicho antes, para la junta que debia gobernar interinamente, al mismo conde del Venadito para presidirla, al regente de la Audiencia para vice-presidente, y á otros tres españoles de los mas acreditados por sus relaciones y por el carácter que debian tener ante el público. Bataller podia considerarse como la segunda autoridad del reino, y el mayor enemigo de la independencia. Monteagudo hacia mucho tiempo que era el intérprete del alto clero, y que ejercia un predominio sin contradiccion en todos los asuntos de la Iglesia. El conde de la Cortina representaba al comercio y propietarios españoles, y no podia dudarse de su ciega fidelidad á Fernando VII; y Fagoaga, D. José María, perseguido como amigo de la insurreccion durante la primera guerra, y partidario celoso del régimen liberal, reunia en su persona la espresion de todas las novedades de la época, y ademas el crédito que le daba su posicion social, sus viages, su vasta instruccion y distinguidos talentos. Los mexicanos propuestos para la junta eran notables por alguna consideracion especial que los hacia dignos de la estimacion pública. Guridi y Alcocer era un sabio y un literato, y habia sido diputado á las Córtes de España. Lobo por los negocios comerciales que tenia á su cargo y por sus particulares relaciones con Veracruz, de donde era diputado provincial, podia y debia ser muy útil en la junta gubernativa. El oidor Yañez hacia un papel importante en el partido liberal, y Espinosa de los Monteros y Suarez Pereda, uno por sus

conocimientos y el otro por su probidad personal, sobresalian en el foro mexicano. Azcárate á algunas de las cualidades indicadas, reunia la de haber sido perseguido como defensor de los planes de Iturrigaray contra el partido español que depuso á este virey en 1808. Tagle, primer suplente, distinguidísimo por su talento y por una varonil y seductora elocuencia, llevaba la voz en el ayuntamiento, que bajo el régimen adoptado era el cuerpo mas importante y de mayor popularidad.

Iturbide al escribir á todas las personas á quienes se dirigió para que tomasen parte en su plan, y al proponer al virey la junta de gobierno que debia instalarse, no se podia equivocar ni sobre la repulsa que iba á tener su propuesta, ni sobre la influencia moral de su política hasta en los mismos que por un deber oficial y de fidelidad se propusiesen contrariarla. Apenas podia olvidarse la insurreccion, las circunstancias en que se hallaba la península eran deplorables, los principios de la época autorizaban todos los planes favorables á la libertad, y sobre todo era imposible que un gobierno que no estaba de acuerdo con el de Madrid en nada de lo que tenia relacion con las colonias españolas, pudiese tener el poder de salvar á la Nueva-España. Iturbide se penetró bien de esto, y para hacer mas embarazosa la posicion del virey y de las autoridades, les ofreció lo que no podian rehusar sin ser inconsecuentes con su conciencia, apoyando á un tiempo la necesidad de la revolucion en la opinion general y en los males que sobrevendrian si no se ponia un dique á las funestas doctrinas que habia adoptado la península. Es y será sensible que á esta correspondencia hubiese precedido la que tuvo con el virey, comunicándole que Guerrero y los gefes que le obedecian se habian puesto á las órdenes

del gobierno, quedando pacificado el Sur, porque por grande que hubiera sido su habilidad para mantenerlo tranquilo y precaverlo de cualquiera desconfianza, un engaño, principalmente tratándose de un hombre tan digno como Apodaca, no era disculpable.

La sensacion que causó el suceso de Iguala en el gobierno, en los españoles y en los mexicanos que ó no querian la independencia, ó creian que no era llegado el tiempo de proclamarla, fué profunda y provocó todas aquellas medidas que en semejantes casos se creen necesarias. La noticia de la salida de Iturbide de Iguala, se consideró en los primeros momentos como una señal segura de su desgracia, y suponiéndose que huia de las tropas reales hácia el Mescala, se anunció en una proclama del virey para satisfaccion de los habitantes del reino. El deseo general que favorecia la independencia hizo creer tambien á los mismos que por ella se declararon, que la empresa iba á retardarse, y que seria muy fácil que las cosas tomasen el curso ordinario y funesto de la campaña anterior. Pero pocos dias pasaron sin que se conociera que un hombre como Iturbide no podia esquivar un encuentro, ni dejar comprometido su honor militar, sin una combinacion que tuviese un resultado enteramente contrario al que se imaginaba. El desengaño fué tan pronto como agradable, y al conocerse cuál era el plan militar de Iturbide y la reaccion moral que se estendía rápidamente por el reino, se hizo la debida justicia al que se penetró bien de que un acto de valor, aunque seá heróico, no salva la responsabilidad del que compromete el écsito de una revolucion por haberse espuesto á perder la primera batalla.

El virey, que por su gobierno, su carácter y virtudes perso-

nales era acredor á circunstancias menos difíciles, empleó todos los recursos de que podia disponer, se puso de acuerdo con los gefes españoles de mas reputacion residentes en la capital y en las Provincias, tomó algunas medidas políticas y se resignó á todos los reveses de su mala fortuna. La debilidad de sus providencias no provenia de su moderacion, sino del cambio de sistema de gobierno y del espíritu de las nuevas instituciones proclamadas en la península y adoptadas en México. Ni la imprenta podia contenerse, ni atacarse las garantías, ni disponerse de la vida de los hombres como en los años anteriores. Verdad es que bajo el gobierno de los dos vireyes que precedieron á Apodaca, rigió el sistema constitucional; pero por entonces era tan poco conocido y tan poco observado, que no podia oponer trabas á una administracion despótica que se creia favorecida y apoyada contra las Córtes por la voluntad de Fernando VII. El restablecimiento de la constitucion en 1820 tenia ya otro carácter; y obligado el soberano que la habia destruido á obedecerla, no era posible que un virey en México se propasase, cualquiera que fuese la estension de sus facultades, á conculcar completamente el sistema, y á cargar con la responsabilidad de encender mas los ánimos con una conducta arbitraria. Todo conspiraba, pues, á ausiliar el espíritu público y dejar al gobierno en una posicion aislada y difícil en estremo de sostenerse.

Los españoles, que consideraban la independencia como un resultado natural de los desaciertos del gobierno de la península y de la variacion general de ideas, no podian sin embargo permitir que su patria perdiese la mas rica y acreditada de sus posesiones, y la que mas contribuia á la nombradía de la nacion española. Se quejaban de la conducta poco previsora del

gabinete de Madrid, de los principios proclamados por las Córtes, y tambien de la magnanimidad y templanza del virey. Penetrados de la necesidad de hacer el último esfuerzo para conjurar la revolucion, se prestaron en lo pronto á cualquier sacrificio, y ofrecieron al gobierno sus personas y caudales. Pero estos mismos esfuerzos hacian notar su debilidad, y el concepto que ellos y el gobierno tenian de la crísis en que se encontraba el reino, porque ni se atrevian á aconsejar las medidas sangrientas que se tomaron para sofocar la primera insurreccion, ni dejaban de conocer que no convenia declararse abiertamente contra un plan tan conciliador y humano como el de Iturbide. Y como observaban que muchos compatriotas suyos influentes é ilustrados, consideraban necesaria la independencia bajo las bases que se habian adoptado, para evitar que se realizara de una manera desastrosa, que algunos gefes suyos se habian unido con Iturbide, y que las clases principales apoyaban la revolucion, les faltó la conciencia de sus propias fuerzas, sin la cual no puede haber ni energia ni medidas salvadoras. Así quedó reducido el gobierno á cumplir con su deber y á no apartarse de aquella prudente política que la situacion del reino aconsejaba, para no provocar escesos que podian ser de consecuencias muy duraderas, y que el primer gefe precavia con una conducta que salvaba los intereses de todos.

Iturbide habia dirigido una esposicion al rey y otra á las Córtes, en las que fundaba la justicia del plan de Iguala, la necesidad de poner término á la incertidumbre en que se hallaba el pais, y la conducta poco acertada del virey y de las demas autoridades superiores que no habian querido ni aun contestar sus cartas. El tono de moderacion que se nota en estos documen-

tos, la sinceridad con que descubre el primer gefe su corazon en favor de los españoles, su respeto al rey y las Córtes, y el empeño de presentar como realizable y digna de apoyarse por todos la oferta de la corona imperial, los colocan al lado de aquellas piezas que mas sobresalen por la prevision con que estan estendidas, y por el perfecto conocimiento que suponen de los hombres y de las circunstancias.

Sus ideas y su lenguage se comprendian perfectamente por mexicanos y españoles: unos y otros los consideraban como el esfuerzo mas feliz y mas hábil para vencer todas las resistencias, y no dar el menor pretesto para que se estraviase la revolucion. Iturbide hablaba como convenia á todos, y equilibrando cuanto era posible en los partidos los bienes que podian esperar, sometia á la discusion pública su política profunda, sobre la cual si podian dividirse en lo pronto las opiniones, no habria mas que una pasados pocos dias, porque los mexicanos contemplaban en la asombrosa rapidez de la revolucion la mano que le daba impulso, y los españoles no podian dudar ni del cumplimiento de las ofertas que se habian hecho, ni de las especiales consideraciones con que eran tratados en los momentos mismos en que se encendian mas los ánimos por la causa que se habia proclamado.

Conmovidas las provincias y facilitados los medios de robustecer la revolucion, Iturbide concibió la idea de que tomasen parte en ella los principales gefes españoles y mexicanos que permanecian adictos al gobierno, ó por un principio de obediencia y subordinacion, ó por un sincero convencimiento. El pais, en su concepto, no podia ganar todo lo que deseaba, si no se precavian los inconvenientes de un gran número de descontentos, entre los cuales iban á encontrarse personas muy útiles, capaces

de servir á la nacion, y que evidentemente se retraerian si quedasen desairadas. La garantía de la union no podia ser tampoco eficaz, mientras no fuese un hecho en aquella campaña, y era necesario evitar á toda costa profundas y antiguas odiosidades. ¿Qué importa, decia Iturbide, que un gefe español ó mexicano que no se ha decidido por mi plan y se ha mantenido fiel al gobierno, venga mañana á alistarse en mi ejército, si es un hombre digno y capaz de servir á su patria? La campaña que he emprendido, no es precisamente para escitar la ambicion militar y graduar el mérito, segun el dia en que se hayan puesto los que han querido seguirme, bajo mis órdenes. Por recomendable que sea esta circunstancia, hay otra consideracion superior á la cual deben subordinarse todas las demas, y es la de presentar á la nacion tan unida y tan fuerte, como conviene en los momentos solemnes en que la observa el mundo conquistando su independencia. Yo respeto, añadia Iturbide, las opiniones de los hombres de honor, y no puedo hacer distincion entre españoles y mexicanos, cuando llamo á unos y otros y les ofrezco una misma patria: el que no quiera conformarse con estas ideas y se ofenda de que las proclame, no ha debido adherirse al plan de Iguala ni ha podido conocer su objeto y su espíritu. Lo que en circunstancias comunes seria estraño é injusto, hoy es una necesidad del pais, una demostracion de su carácter generoso y noble, y el vínculo mas firme de los verdaderos intereses de uno y otro hemisferio.

Semejante política no solo era acertada sino sublime, y dando un aspecto grandioso á la revolucion, las ambiciones miserables iban á confundirse y á desaparecer todos los obstáculos. No podia haber hombre, por obstinado que fuese en sostener al

gobierno, que no se penetrase de que ni su honor ni sus mas estrechas obligaciones y juramentos le impedian favorecer unas ideas que aseguraban todas las ventajas posibles, y colocaban en tan buena posicion á los españoles residentes en el reino. Estos son los efectos naturales de una concepcion profunda, y quizá por tal motivo se ha dicho que el poder mas formidable y el mas respetado se echa por tierra con uno de estos esfuerzos de la inteligencia humana. Los sucesos se han realizado, y la campaña de Iturbide tuvo un écsito, que si bien se aprecia ó se admira, no ha hecho conocer todavía el mérito del que lo preparó con tan admirable prevision y prudencia. A nadie sino á Iturbide pudo ocurrir llevar su política hasta un grado que parecia que la contrariaba, y solo á él fué dado desarrollarla sin los inconvenientes que habrian hecho desistir á cualquier otro de un sistema de conducta, que daba armas para presentarlo como injusto y opuesto á las inclinaciones del pais. No contar para nada, ni con la resistencia que se oponia á su plan, ni recompensar los primeros servicios con ofensa del mérito é importancia personal de otros hombres que aun sostenian al gobierno, es accion tan atrevida, pero al mismo tiempo tan gloriosa para el gefe de las Tres garantías, que ella sola bastaria para darle una fama inmortal.

Consecuente con sus ideas el primer gefe se rodeó de personas que representaban todas las opiniones y los intereses de los diferentes partidos que ecsistian en el pais: antiguos insurgentes, españoles, liberales y serviles. A todos consultaba para manifestar sus ideas conciliadoras; pero él solo dirigia las operaciones militares y la política de la revolucion que era el principal fundamento de un desenlace pacífico. Su correspondencia

ó directa ó por medio de sus comisionados en las provincias, con los principales personages del órden civil, militar y eclesiástico, era tan circunspecta, que á ella se debió ciertamente la uniformidad de sentimientos y la cordura con que se procedió aun en los lances mas dificiles. Nada precipitado, nada odioso ni obtenido por la violencia queria el primer gefe: la resistencia de los españoles y del gobierno le parecia escusable y fundada en la naturaleza de las cosas; y aunque el écsito no fuera dudoso, creia abreviarlo precisamente por los mismos medios que en concepto de otros lo retardaban. No se podian en crísis semejante dictar reglas para contener el entusiasmo general, ni este era tampoco su intento; pero sí juzgaba prudente darle una direccion suave y encenderlo mas con la moderacion de los hombres llamadas á sostener las Tres garantías.

El virey, la audiencia y las autoridades previeron desde el principio de la revolucion, que no contarian con mas tropas que las espedicionarias españolas, y perdidas sucesivamente Provincias enteras que se sustraian de la obediencia al gobierno, se persuadieron de que no era posible conseguir nada con encuentros parciales, y procuraron reunir los mejores cuerpos para librar en pocas acciones importantes y decisivas la causa que sostenian. La opinion se difundia como el rayo, y paralizaba cuantas providencias pudieran salvar al reino: la imprenta, sobre todo en Puebla donde se escribia con arrojo, proclamaba la justicia del levantamiento; y la próspera fortuna con que habia comenzado y continuaba la revolucion, ponian de su parte hasta á los hombres mas egoistas ó menos decididos.

Los españoles, que se obstinaban en contrariar los sucesos y que no reflecsionaban en el estado de la opinion, creian posible

todavía que el mal tuviese remedio, y aconsejaba cada uno segun su propio convencimiento, el plan que debia adoptarse. El virey con mejor criterio apreciaba el estado de las cosas, y ni faltó á su obligacion, ni tuvo tampoco la imprudencia de dar por su parte á la revolucion un carácter sangriento: juzgaba con rectitud, y jamas se le ocultó que Iturbide habia llenado todas las condiciones que se deseaban en el gefe de la revolucion, que habia mejorado todas las esperanzas, que habia escedido su política, y que poniendo de su parte ó haciendo neutrales cuando menos á sus enemigos mismos, no le era permitido conservar el reino con la felicidad que lo habia hecho en los años anteriores.

Nada impone mas que un pueblo dominado por un sentimiento generoso. Ni los españoles, ni los mismos mexicanos podian creer que generalizada la revolucion mantuviese un carácter tan indulgente y conciliador como lo deseaba el primer gefe; y parecia en efecto imposible que en todos los lugares del reino prevaleciese ese acuerdo y ese convencimiento en favor de una armonía que no tenia límites, y que reclamaba sacrificios de amor propio y acciones nobles y dignas. Pero por fortuna y honor del pais, correspondia este al llamamiento de su libertador. No solo no se perseguia á los españoles, ni se despreciaban sus personas, ni se atacaban sus intereses: se les veia como hermanos, como ciudadanos de la nacion donde iban á permanecer, como acreedores á las consideraciones mas distinguidas, y como objeto de especial recomendacion del que queria la independencia sin un solo borron que pudiera mancharla. Jamas se volvió á oir el grito de muerte contra ellos, ni se torció la política que llamaba á todos á participar de un triunfo que pertenecia á la sociedad entera.

IV.

La historia de esta campaña presentará al que la escriba la mejor oportunidad de consagrar su pluma al elogio de hechos honrosos, sin detenerse en aquellos, que por esactos que sean, afligen el ánimo y revelan los estravíos y escesos de las revoluciones. A mí no me toca ocuparme, porque no corresponde tampoco al carácter de este escrito, contraido á reflecsiones sobre sucesos conocidos, ni del plan que adoptó el primer gefe, ni de sus medidas militares durante la guerra: sin embargo, referiré brevemente lo mas notable, para que pueda formarse idea de la trasformacion violenta que tenia el teatro en que, pocos dias antes, parecia tan asegurada la dominacion española. Los que hayan presenciado los sucesos los recordarán con satisfaccion, y los demas se moverán á instruirse en ellos, analizarlos y meditarlos bien, ya que merecen la atencion de los que se interesan en la suerte de México.

El plan de independencia que se habia proclamado por solo Iturbide el 24 de Febrero, no se aceptaba ni juraba solemnemente en Iguala sino hasta el 1.° y 2 de Marzo. Debe notarse de paso la sagacidad de no convocar la junta de guerra para el juramento, sino despues de haberse comprometido Iturbide y circulado su plan, sobre el cual nunca permitió discusiones de

ninguna clase. El 11 marchaba para Teloloapan, punto que habia servido como de centro á toda la correspondencia, y á los oficiales y gefes que estaban en los secretos de la revolucion. La division, con el nombre ya de Ejército de las Tres garantías, estaba formada de los regimientos de Tres Villas, Celaya, batallon del Sur, alguna fuerza de los regimientos de Murcia y de la Corona, y dos escuadrones de la Reina. Muy imcompletos aquellos cuerpos, la division apenas tenia mil hombres. Los gefes mas notables, reunidos en Iguala, eran los tenientes coroneles D. José Antonio Echávarri, D. Francisco Berdejo, D. Rafael Ramiro, comandante de Tres Villas; mayor de órdenes, D. Francisco Manuel Hidalgo, del mismo cuerpo; comandante de los escuadrones de la Reina, D. Agustin Bustillos; y D. Francisco Fernandez Aviles, del batallon del Sur.

El primer gefe, lejos de intimidarse por la desercion de las compañías de Murcia, y algunos piquetes que formaban la seccion del mando del capitan de aquel cuerpo D. Martin Almela, cuyos oficiales, ó porque no creyeron probable el buen écsito, ó por la circunstancia de ser españoles, se decidieron á hacerla volver á la obediencia del gobierno, se mostró tan firme con la fuerza que permaneció fiel, reducida á setecientos hombres, como si hubiera estado seguro de la adhesion de todas las tropas mexicanas repartidas en los diferentes puntos del reino. El derrotero de la division, que salia de Teloloapan para la Provincia de Michoacan, era por Tlachapa, Cualotitlan, Cutzamala, las Animas, Tuzantla y Zitácuaro. El primer gefe estaba de acuerdo con los comandantes mas influentes de los distritos inmediatos que estaban á sus órdenes, y habia preparado todo para que se fuesen adhiriendo con las tropas de su mando. Nada habia

podido traslucirse por el gobierno, y convenia por otra parte que los sucesos tuviesen la regularidad posible para evitar el desórden que se temia, atendidas las circunstancias. Quizá alguna vez podrá recogerse y publicarse la correspondencia de Iturbide con todas aquellas personas á quienes comunicó préviamente su plan.

La guarnicion que se adhirió el mismo 2 de Marzo, en que se juraba, fué la de Sultepec, cuyo comandante era D. Miguel Torres, teniente coronel del Fijo de Santo Domingo, destacado en aquel punto. Pertenecia á este cuerpo el capitan D. Felipe Codallos, que prestó distinguidos servicios en los primeros dias de la revolucion. La de Zitácuaro, al mando del teniente coronel del regimiento de los Colorados D. Vicente Filisola, proclamaba despues las Tres garantías. Casi al mismo tiempo, mediados de Marzo, salia de Jalapa la Columna de granaderos al mando del teniente D. Celso Iruela, se adheria al Ejército, y reconocia por gefe al teniente coronel D. José Joaquin Herrera, retirado en Perote, que con esta fuerza y alguna otra del Fijo de Puebla, dragones de España y patriotas de la Sierra y Perote, marchaba para ocupar á Orizava y Córdoba. Bravo con la gente que habia podido reunir, se situaba en Izúcar; y el teniente coronel D. Manuel Flon, con un trozo considerable del regimiento provincial de caballería de Puebla, recorria, decidido por la revolucion, los distritos de Huamantla y Tlaxcala.

Antes de recibir el primer gefe la noticia de los sucesos de Puebla y Jalapa, tenia de su parte al coronel D. Anastasio Bustamante, que habia proclamado el plan el 19 en el Valle de Santiago, y ocupado el 21, 23 y 24 de Marzo á Celaya, Salamanca y Guanajuato, habiéndosele unido el sargento mayor

D. Joaquin Parres, y el capitan D. Luis Cortazar. El teniente coronel D. Miguel Barragan, de acuerdo con él, daba un grande impulso á la revolucion en Pátzcuaro y otros lugares importantes de Michoacan. Los comandantes españoles que ecsistian en estos puntos, no habian podido oponer resistencia alguna, porque se aprèsuraban á unirse con Bustamante los diferentes cuerpos, así de caballería como de infantería de los destacamentos mas importantes. Si alguna cosa pudiera compararse con la impresion que causó en el gobierno el grito de Iguala, seria la que recibió por el de aquel gefe, conocido en el ejército y en el reino por su valor é integridad, y de una grande influencia en las Provincias de San Luis y Guanajuato, y en los principales cuerpos de caballería que en ellas se habian formado. Abrazando Bustamante el partido de la revolucion, era cierto que podia contarse no solo con la adhesion sino con el entusiasmo de los soldados aguerridos de San Cárlos, Fieles del Potosí, Sierra Gorda, Moncada, y su cuerpo que era el de Dragones de San Luis. Las medidas que tomó para organizar todas las fuerzas de que podia disponer, el aspecto militar que presentó inmediatamente la Provincia de Guanajuato, y sus recursos para la guerra, el acuerdo en que estaba con el primer gefe, y el respeto con que lo veía el ejército, lo designaron como el apoyo mas firme de las Tres garantías.

El virey luego que supo lo ocurrido en Iguala, formó una division á la que dió el nombre de Ejército del Sur, y confirió el mando en gefe al mariscal de campo, sub-inspector general de las tropas del reino, D. Pascual Liñan. Nombró como segundo á su yerno el brigadier D. Francisco Javier de Gabriel. La vanguardia se confió al coronel D. José Joaquin Marquez Do-

nallo, coronel del regimiento del Infante D. Cárlos; y el centro y la retaguardia al de igual clase de Ordenes Militares D. Francisco Javier Llamas. Estos dos cuerpos, el de Fernando VII y el regimiento de Dragones de México, mandado por su coronel y mayor general de infantería y caballería, marqués de Vivanco, componian la principal fuerza que el virey se proponia aumentar si las circunstancias lo hacian necesario. El ejército se situó en la hacienda de San Antonio, inmediata á San Agustin de las Cuevas, y se espidieron las órdenes mas estrechas para que vinieran los cuerpos españoles de mas confianza, principalmente el de Castilla, que se hallaba en Orizava. El virey habia tomado estas providencias porque creyó que Iturbide podria forzar sus marchas hasta Cuernavaca, y emprender un ataque violento á la capital que carecia de la guarnicion que reclamaba la gravedad de los sucesos que la habian agitado.

El gobierno en los primeros dias de Marzo recibió las contestaciones de los obispos, cabildos, audiencia, ayuntamientos, autoridades y funcionarios de todas clases, en que se le aseguraba el desagrado ó indignacion con que habian sabido el alzamiento del ingrato y rebelde Iturbide. En todos estos documentos se notaba una conviccion profunda acerca de los males que iba á sufrir el reino, precisamente cuando el carácter bondadoso y humano del conde del Venadito habia logrado restablecer la paz y la confianza que se habia perdido en todos los ciudadanos. Todas estas corporaciones á quienes habia escrito Iturbide y remitido su plan, como se ha dicho en otra parte, sin atreverse algunas ni aun á abrir los pliegos, dieron cuenta inmediatamente al virey, reproduciéndole con energía y decision sus sentimientos de fidelidad.

Los ánimos, en efecto, se sorprendieron de la empresa de Iguala, y al principio no la juzgaron muy realizable, ni capaz de oponerse al poder del gobierno, que contaba con la obediencia y recursos de todas las Provincias, y que ademas estaba estimado generalmente. El virey, en consecuencia, debió lisongearse del apoyo que se le ofrecia, y su satisfaccion fué mas cumplida por la noticia que tuvo de la desercion de una parte considerable de las fuerzas que habian proclamado el plan de Iguala, al mando del capitan Almela. Ya habia recibido la de la resistencia del teniente coronel D. Tomas Cagigal para marchar á Iguala con doscientos realistas de Tasco que tenia á sus órdenes, como se lo habia prevenido Iturbide; y otras de Cuernavaca, Yautepec, y varios puntos de aquellos distritos en que se ecsageraba la desercion, y se pintaba la situacion de Iturbide como desesperada, pues se suponia que le abandonaban todos, y que estaban resentidos de que los hubiese comprometido á dar un paso que no podia tener sino muy lamentables resultados.

El 26 de Marzo se supo haberse recobrado á Acapulco, la primera plaza donde se juró la independencia. Iturbide habia hecho salir de allí al gobernador de la misma D. Nicolas Basilio de la Gándara, desde el 20 de Febrero, con toda la fuerza que tenia á sus órdenes, reemplazándole con el capitan de la Corona D. Vicente Endérica, que con algunas compañías de este cuerpo y las convenientes instrucciones, habia salido de Iguala para proclamar en aquella plaza las Tres garantías. Habiendo sabido la junta de guerra que reunió Endérica los sucesos del 24, acordó jurar el plan; pero como en la tarde del mismo dia 27 en que se hacia esto, fondearon en aquel puerto las fragatas de guerra españolas Prueba y Venganza, y como

Endérica no estaba muy decidido al esfuerzo y energía que se necesitaban, el comandante de aquellos buques, capitan de navío D. José Villegas, obrando en combinacion con el de la sesta division del Sur, teniente coronel D. Francisco Rionda, que se hallaba en Ayutla, y con su hermano D. Ramon, contador de las cajas de Acapulco, pudo recobrar en breves dias este puerto, y avisó Rionda inmediatamente al virey. Gándara regresó de acuerdo ya con el primer gefe, pero nada pudo promover variadas las circunstancias; y Endérica con su fuerza quedó sometido al gobierno, y continuó prestando como antes, el servicio de la guarnicion. Este suceso se solemnizó como precursor del pronto restablecimiento de la tranquilidad pública.

El movimiento del primer gefe hácia la provincia de Michoacan, habia obligado al virey á disponer que las tropas de Liñan volviesen á la capital, no habiendo avanzado hasta Cuernavaca sino la vanguardia al mando de Marquez Donallo. Este gefe recorrió los puntos inmediatos á aquella villa, sin otro resultado que el de recibir de algunas haciendas y pueblos poco importantes la seguridad de que ausiliarian y permanecerian fieles á la causa del gobierno. Se le previno despues de haber recorrido los distritos de Tasco y Zacualpam que marchase á socorrer á Acapulco, que el gobierno suponia amenazado por las fuerzas de Guerrero, y otros gefes que impedian la comunicacion entre la capital y los lugares ocupados por las tropas reales.

El coronel D. Manuel de la Concha, que se consideraba como una de las columnas del órden ecsistente, reunia en los llanos de Apam y en las demarcaciones de Tulancingo y Huauchinango, cuantas fuerzas eran posibles, y el virey confiaba en que en

todo aquel territorio, el nombre solo del gefe que lo mandaba, bastaria para reprimir la influencia revolucionaria. Concha, en efecto, se habia entregado á escesos horrorosos y á una refinada crueldad, muy particularmente en Apam, que no podia permitir el virey á quien desagradaba en estremo aquella conducta. Pero las circunstancias hacian necesario su mando, que no volvió á ejercer como antes, así por la razon insinuada, como porque los tiempos habian variado de una manera notable, y no se podia contar ni con probabilidades siquiera de ver restablecido el predominio de los gefes españoles. El virey, ademas de estos recursos de que en lo pronto podia disponer, hacia venir á la capital los pocos cuerpos y las partidas que no abrazaban el plan del ejército independiente, y no podian sostener los puntos en que estaban destacados.

La política del gobierno se habia reducido á aquella pequeñez propia de la situacion en que se encontraba. En la Gaceta, que era el papel oficial, se repetia que Iturbide huia aterrorizado y que se habia puesto bajo la proteccion de Guerrero y de otros cabecillas insurgentes que no merecian consideracion alguna; que sus adictos estaban arrepentidos, y que con los pocos que le habian quedado, se retiraba al cerro de Barrabás para asegurar la conducta de setecientos mil pesos destinada á Manila que se habia situado en aquel punto. El primer gefe habia encargado en efecto á Ramiro al proclamar su plan, que se apoderase de aquellos caudales que debian ser embarcados en las fragatas Prueba y Venganza. La carta que escribió á los españoles que los remitian, las seguridades con que procuró disculpar este paso, y la sinceridad y buena fé con que ordenó el pago luego que se concluyó la campaña, quitaron á esta ocupa-

cion violenta la deformidad que en otras circunstancias habria tenido; y el órden perfecto que guardaron las tropas y el respeto á las personas é intereses de los españoles, hicieron conocer la intencion con que se dispuso de un dinero que podia precaver males de inmensa trascendencia, y conservar la disciplina militar en los primeros dias en que tanto se necesitaba facilitar los recursos necesarios al ejército.

Las noticias desfavorables, cuando no eran muy sabidas, no se publicaban, y se acogian muchas que no tenian un carácter oficial, que procedian de mal orígen, y que solo se fraguaban para alentar el ánimo del virey. En las proclamas de éste se notaba tambien el empeño de asegurar el triunfo prócsimo del gobierno, pero siempre se descubria la moderacion de sus sentimientos y la nobleza de su carácter. Jamas apeló á aquellas amenazas que tanto degradan la justicia y los títulos de toda causa, cualquiera que sea; y mas bien ofrecia á Iturbide y á su ejército un perdon generoso, esperando que esta conducta los hiciese desistir de su empresa. Aun respecto de algunos impresos que se publicaban y en los que con mas ó menos disfraz se defendia el grito de Iguala, sus providencias solo se reducian á que se procediese contra los autores conforme á las leyes. La capital, pues, aunque en los dos primeros meses pudo estar vacilante sobre el écsito de la revolucion, se hallaba profundamente conmovida, porque de las noticias que recibia el gobierno, unas eran oscuras, y otras, aunque favorables, en nada variaban la gravedad de las circunstancias, que todos calificaban con esactitud por la importancia del gefe que se habia puesto al frente del movimiento, por el favor que tenia su plan, por el estado de la opinion pública, y por la debilidad con que procedia el gobierno.

El primer gefe no podia dudar á fines de Marzo, ni de la conmocion que habia producido su plan, ni del término que tendria la campaña en que estaba empeñado. Jamas, sin embargo, hubo mas dificultades para dirigir y calmar los espíritus é introducir el órden en los cuerpos ó divisiones que se iban adhiriendo, y que por la sola circunstancia de faltar á la subordinacion á que estaban acostumbrados, ó de encontrarse sin gefes, se hallaban espuestos á todos los escesos de las tropas indisciplinadas. El aspecto que presentaba el pais, por lisongero que fuese, inspiraba sérios temores: la desconfianza en unos, el interes en otros, resentimientos en muchos que no se habian apagado, y en todos la persuasion íntima de que no era posible contraer á un solo centro las voluntades que estaban divididas por once años de guerra civil, anunciaban que la revolucion no se concluiria sin descrédito y sin desgracias. El primer gefe previó todo lo que podia suceder, y lejos de alucinarse con la fortuna, consagró su talento á precaver la confusion y anarquía, consecuencia del entusiasmo mismo, y del desarreglo completo del ejército mexicano.

Dar á éste gefes capaces y de moralidad, proporcionarle recursos, ó mandándoselos directamente ó previniendo que se tomasen de las rentas públicas en los lugares donde se habia jurado la independencia, situar los cuerpos en los puntos que convenia, impedir toda alteracion en el sistema establecido civil y de hacienda, y en el ejercicio de las facultades de las autoridades ecsistentes, y evitar todo rompimiento que no se estimase absolutamente necesario, fueron los trabajos del primer gefe durante los dias de Marzo que habian trascurrido desde su salida de Iguala hasta su entrada en Zitácuaro. Parece increible el tino con que sujetó las ambiciones al sentimiento desintere-

sado que era la divisa de su campaña, y mas todavía la constancia para procurar el acuerdo y convencimiento de los gefes españoles, que le parecia mas necesario á medida de que se debilitaba su poder, y eran mayores los recursos de las fuerzas independientes. Cada noticia favorable le parecia un peligro, y hacia entender á todos que de nada serviria el triunfo que iba á obtenerse, si el orgullo y las pasiones indignas concedian á la fuerza física la preferencia que se habia reservado á la política ilustrada de la revolucion.

Sus disposiciones para organizar el ejército eran las mas acertadas, porque al mismo tiempo que daban esperanzas de un porvenir lisongero á los gefes y soldados, mantenian la mas rigurosa disciplina, el mejor órden y un respeto que nunca se desmintió á las poblaciones y autoridades. Se les habia ofrecido que serian considerados los que pasasen revista el mes de Marzo, como beneméritos de la patria, y que así se anotaria en sus filiaciones: que tendrian la debida recompensa en dinero ó en tierras, y que se haria cuanto fuese posible en su beneficio. Pero todas estas ofertas se presentaban de un modo tan conveniente y con tal oportunidad y prudencia, que lejos de escitar sentimientos poco nobles, solo servian para considerar al primer gefe como padre del soldado que le ecsigia servicios y desprendimiento, con la seguridad de que al fin iria á recordarlos lleno de honor y libre de la miseria, en el seno de su familia. Aunque no estaba en sus ideas favorecer la ambicion de empleos y grados militares, como los que generalmente tenian los gefes mexicanos eran subalternos, creyó necesario conferir algunos ascensos, pero nunca superiores al de coronel, en obsequio de la subordinacion debida y de la gerarquía militar. Y regulando

con esactitud el tiempo que podria durar la campaña, y queriendo precaver que el mérito personal quedase desatendido, dispuso que los empleos que se confiriesen no perjudicaran la antigüedad de los que tomasen parte en la revolucion dentro del término de seis meses. Para neutralizar el mal efecto que semejante medida pudiese causar, pensó despues dividir el periodo de la campaña, y premiar así los primeros servicios, en las épocas conocidas con el nombre de independencia.

El primer gefe habia salido de Zitácuaro para el Bajío, y se hallaba en Salvatierra el 17 de Abril. Testigo en tiempos menos gloriosos de todo lo que era capaz la Provincia de Guanajuato, y conociendo bien el mérito de los gefes que habian adoptado su plan, le pareció fácil la sumision de las fuerzas españolas que conservaban las capitales de San Luis, Querétaro y Valladolid. Poseido de este convencimiento, y con un juicio seguro sobre el estado político del reino, escribió con la misma fecha 17, á los generales Cruz y Negrete, convidándolos á una conferencia que era indispensable para satisfacer sus deseos, y proporcionar á aquellos los arreglos menos desfavorables. El primer gefe subordinaba siempre á los sucesos mas importantes aquellos que halagan el amor propio y que á primera vista tienen mas brillo y popularidad.

Con el objeto que se ha dicho, salió de Salvatierra con Bustamante para la raya entre las Provincias de Michoacan y Nueva-Galicia. En Leon dirigió un manifiesto para desvanecer las imputaciones que se le hacian en México, y la desconfianza que se sembraba respecto de la seguridad de los españoles; en el mismo sentido habia hablado Guerrero pocos dias antes, protestando el perfecto acuerdo en que estaba con el primer gefe. En aque-

lla villa acordó tambien la antigüedad de los cuerpos de infantería y caballería, y por la órden en que se comunicó se supo que podia disponer de diez de cada una de ambas armas ademas de la artillería. Bustamante, que por sus cualidades y por la sincera estimacion que siempre profesó á Iturbide, era considerado por este con la preferencia que merecia, habia recibido el mando de las tropas de la Provincia de Guanajuato y Michoacan, y así fué reconocido nuevamente por las mismas. Todos estos cuerpos, por la órden espedida desde Iguala, eran declarados de línea y recibian nombres análogos al cambio de las circunstancias, que no permitia ninguno que recordase la dominacion española.

El lugar designado para la conferencia, era San Pedro Piedragorda, y el primer gefe esperaba el aviso de Cruz para pasar inmediatamente á aquel pueblo; pero habiéndose retardado algunos dias su contestacion, le reclamó enérgicamente esta conducta, asegurándole que se hallaba dispuesto á concurrir con él, no solo en la hacienda de Atequiza, inmediata á Guadalajara, que habia propuesto al principio Cruz como el punto mas conveniente, sino en la misma capital de la Nueva-Galicia. Cruz tuvo necesidad de ceder, y Negrete propuso la hacienda de San Antonio, entre Yurécuaro y la Barca, donde se reunieron el 8 de Mayo, habiendo concurrido tambien, aunque sin tomar parte en la conferencia, Negrete que acompañó á Cruz, y Bustamante y Bustillos al primer gefe. Cruz conocia toda la importancia de la persona con quien trataba, y aunque creia que á nada podia comprometerse antes de que el virey cediera á las circunstancias, protestó de la manera mas esplícita correspondiendo á las ofertas del primer gefe, que sus tropas no hostilizarian á las del ejército de las Tres garantías. Negrete, que se

habia puesto de acuerdo con el primer gefe en Yurécuaro, se propuso emplear despues cuantos medios fuesen posibles para inclinar á Cruz á que adoptase sus ideas, porque deseaba vivamente que la cooperacion de los gefes españoles fuese uniforme.

La conferencia se redujo al fin á que Cruz, escitado por una carta del primer gefe, hiciese ver al virey, y que en el mismo sentido le hablasen el obispo de Guadalajara y el conde de Valparaiso, la necesidad de oirle para que se pudiese penetrar de la estension de sus miras y de sus intenciones.—En la carta manifestaba el primer gefe el temor de que tomasen las cosas un carácter muy desfavorable y peligroso para los españoles, y ofrecia tambien que variaria ó modificaria su plan, despues de ecsaminado y discutido detenidamente en todo aquello que mereciese una racional reforma. Cruz, que en el manifiesto que dirigió á los habitantes de la Nueva-Galicia con motivo de los sucesos de Iguala, no quiso estampar ninguna frase que ofendiese al primer gefe, le recordaba esta vez su antigua amistad y aprecio, y es probable que reservadamente hubiese informado al virey sobre la necesidad de entrar en algun convenio, supuesto que todo el interior habia abrazado el plan de Iguala, y que la Nueva-Galicia haria lo mismo dentro de breves dias. Nada podia tener efecto sin embargo, porque el conde del Venadito no oia ninguna proposicion, ni entraba en transaciones que juzgaba enteramente contrarias al alto puesto que ocupaba, y á su lealtad personal como súbdito de Fernando VII. Cruz regresó á Guadalajara, y el primer gefe á Yurécuaro, de donde salió para sitiar á Valladolid, habiendo dado las órdenes correspondientes para que se situasen en los puntos inmediatos á aquella ciudad, y en los dias que designaba los cuerpos que eligió para aquel sitio.

V.

Conmovida la Provincia de Puebla, y ocupadas por Herrera sin resistencia notable las Villas de Orizava y Córdoba, el virey dispuso que el coronel del regimiento de Castilla D. Francisco Hevia, á quien se habia mandado venir, retrocediese para atacar á Bravo situado en Izúcar, y que lo ausiliase el coronel Llamas de Ordenes Militares. Estos dos gefes merecian una especial confianza del gobierno: el primero por la energía de su carácter, sus conocimientos del territorio donde debia obrar, y el acierto con que habia llevado adelante sus combinaciones en la anterior insurreccion; y Llamas, porque era hombre muy decidido por la causa que defendia, y porque su cuerpo aunque menos práctico en la guerra que el de Castilla, pues solo habia estado de guarnicion en la capital, gozaba de gran crédito por su disciplina y por la moralidad de sus oficiales.

Herrera, luego que supo el plan del virey, salió de Córdoba con su division para socorrer oportunamente á Bravo; pero habiendo tenido noticia de que las fuerzas independientes habian abandonado á Izúcar, se situó en Tepeaca casi en los momentos mismos en que lo atacaba Hevia, quien habia avanzado á aquella poblacion variando de plan, y procurando sacar la ventaja de derrotar sucesivamente las dos divisiones del ejército de las

Tres garantías. La fuerza de Hevia se componia del regimiento de Castilla, de algunas compañías de Ordenes Militares, y del de Fernando VII provincial de Puebla, un escuadron del Príncipe, y un piquete de dragones de Fieles del Potosí. Llamas no habia podido incorporársele con el resto de su division. La de Herrera contaba con la Columna de granaderos, Fijos de México y Veracruz, cuatrocientos caballos y doscientos de Bravo. La infantería de éste era muy poco considerable. Pero como todos estos cuerpos, así los del gobierno como los del ejército independiente, estaban ó divididos en diferentes puntos ó desordenados á consecuencia de la separacion de sus gefes y oficiales, que abrazaban el partido de la revolucion ó la causa del gobierno, la seccion que mandaba Hevia tendria poco mas de mil infantes, y ciento cincuenta caballos; y las de Bravo y Herrera unidas, quinientos. La caballería de éstos estaba formada de varias partidas de voluntarios, y de otras de cuerpos provinciales y urbanos que se unian al ejército, poniéndose á las órdenes de los gefes de las divisiones mas inmediatas.

Herrera solo estimó conveniente defender el convento de San Francisco y la parroquia, que por su situacion podian ausiliarse mútuamente, porque siendo Tepeaca una ciudad abierta y teniendo poca infantería, no era posible pensar en un plan que se estendiese á toda su circunferencia. El ataque que intentó Hevia el 23 y 24 de Abril, no tuvo los resultados que se prometia. Sin poder desalojar las fuerzas independientes de los puntos que ocupaban, y molestado por la caballería que perseguia á todas sus guerrillas, se vió obligado á retirarse á sus posiciones que tambien conservó, porque las columnas de la division de Herrera que se decidieron despues de aquel esfuerzo hecho por

el enemigo á tomar la ofensiva, no pudieron vencer las dificultades que presentaba el terreno donde se habia colocado ventajosamente. Aunque nada decisivo hubo en la accion de Tepeaca, el gobierno de México la consideró de la manera mas favorable para sus tropas. La pérdida de una y otra parte fué muy poco importante, y aquellas divisiones quedaron emplazadas para otro combate mas formal en la villa de Córdoba. Bajo la administracion vireinal, ésta y la de Orizava eran de una grande importancia, porque sostenian la renta del tabaco tan productiva para el erario, y era preciso recobrarlas y facilitar á éste los recursos de que carecia. El plan, pues, del virey tenia por objeto destruir las divisiones de Herrera y Bravo, y ocupar de seguida las villas que ademas de su riqueza territorial, ejercian mucha influencia en toda la provincia, que no podia conservarse si continuaban sustraidas de la obediencia al gobierno.

Bravo y Herrera se retiraron hácia San Andrés Chalchicomula, con el fin de arreglar sus operaciones segun lo ecsigiesen los movimientos del enemigo, cortar á éste, si avanzaba, los medios de comunicacion con Puebla, y llamar la atencion del gobierno á puntos mas inmediatos á la capital que pudiesen tomarse por las fuerzas del ejército independiente. Herrera se situó en San Andrés, y Bravo retrocedió á Zacatlán de donde salió despues para Tulancingo, cuya demarcacion, como se ha dicho, estaba al mando del coronel español Concha.

Tuvo noticia Herrera, que se condujo siempre con todo el valor y prudencia de un gefe esperimentado, de la reunion del coronel D. Saturnino Samaniego que mandaba una pequeña seccion con Hevia, y de que persistia éste en ocupar las villas; y

no dudando de la pérdida que iba á sufrir la causa de la independencia, si dueño de ellas y de toda la provincia de Veracruz podia mantener la autoridad del virey por algun tiempo, se movió inmediatamente y resolvió sostenerse en Córdoba que presentaba mejores recursos de defensa que Orizava, donde entró Hevia el 12 de Mayo. Allí levantó la fortificacion que permitia la estrechéz de las circunstancias, y la limitó al centro de la poblacion y á los puntos con los cuales podia comunicarse mas fácilmente, y que permitian á las fuerzas que se destinasen á ellos, replegarse en caso necesario. Hevia continuó su marcha dejando á Samaniego en Orizava, y resolvió tomar á cualquiera costa á Córdoba, y destruir aquella parte del ejército independiente que no habia podido atacar antes con el écsito que deseaba.

El parte que dió al virey el teniente coronel de Castilla Don Blas del Castillo y Luna su segundo, que seguramente no puede tener parcialidad por las tropas enemigas, acredita bien la bizarría con que éstas resistieron el asalto que emprendió Hevia el 16 que se rompió el fuego, sin haber conseguido ventaja alguna considerable. Habiendo ocupado algunos edificios, que ó por su distancia ó porque no eran muy importantes fueron abandonados, su plan no pudo ser otro que el de tomar los parapetos que impedian el paso hasta el centro de la villa. Repetidos sus esfuerzos, y rechazado siempre el mismo dia 16, no pudiendo hacer tampoco la artillería el estrago que habia proyectado, y conservadas todas las posiciones de las tropas mexicanas, Hevia quiso dirigir por sí mismo una de las baterías que mandó avanzar hasta uno de los puntos mas peligrosos, y allí fué muerto de una bala de fusil, que segun la opinion general, le fué dirigida por un buen tirador que lo conocia personalmen-

te. Aunque semejante suceso no pudo saberse sino pasadas algunas horas en los diferentes puntos que ocupaban las tropas mexicanas, sí bastó para desconcertar todo el plan de las enemigas, que sin embargo de que acometieron los dias 17, 18, 19 y 20, quedaron desalentadas y no pensaron ya sino en retirarse de la manera menos desastrosa. Las manzanas de Córdoba por donde se empeñó el ataque sufrieron mucho, ó por el fuego ó por la artillería: la division de Herrera casi no tuvo pérdida; la de los españoles fué importante por los heridos, y de una gran trascendencia la del coronel de Castilla, en quien libraba especialmente el gobierno la suerte de la Provincia de Veracruz y el restablecimiento de su autoridad en todo el reino.

El capitan del Fijo de Veracruz D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que habia proclamado el plan de Iguala desde los últimos dias de Marzo, se habia presentado en Córdoba oportunamente para ausiliarla, y concluido el ataque se encargó, y tambien Flon y otros gefes, de hostilizar la division de Luna en su retirada hasta Orizava. Natural era que se pensase en tomar á Jalapa, ya que aquella, sin necesidad de un sitio formal habia de ser ocupada por las fuerzas independientes, porque no era posible que se conservasen allí Luna y Samaniego, cuyas divisiones debian contramarchar á Puebla amenazada por una conflagracion general, y multitud de partidas mandadas por antiguos gefes de la insurreccion y del ejército que abrazaban la causa de la independencia. Estas impedian ademas los ausilios al castillo de Perote, y las comunicaciones importantísimas entre México y Veracruz. Frustrado el plan del virey en Tepeaca y despues en Córdoba, no le quedaba otro que adoptar que el ejecutado por Venegas y Calleja, como único capaz de salvar al gobierno en un

caso estremo: la conservacion del principal de sus puertos y de los recursos, para defender la línea, en Puebla y Jalapa.

Santa-Anna era el gefe mas á propósito para atacar á la última porque conocia bien las fuerzas con que contaba. Situado convenientemente y puesto de acuerdo con el capitan de realistas D. Joaquin Leño, pudo tomar los parapetos esteriores sin encontrar resistencia formal; y no creyendo el coronel D. Juan Orbegozo, que mandaba la guarnicion, reducida á un corto número de hombres, por haber tomado el partido de la independencia, como se ha dicho antes, la Columna de granaderos y los dragones de España, que podia defenderla, pidió una capitulacion que le fué concedida conforme á las instrucciones que tenian todos los gefes del ejército, en los términos mas honrosos. Esto se verificaba en los últimos dias de Mayo. En las primeras capitulaciones se convenia la libertad á los oficiales y tropa para alistarse en el ejército independiente, ó para continuar sirviendo al gobierno y pasar á la capital ó algun otro punto donde estuviese reconocida todavia la autoridad del virey. No hay necesidad de advertir que escepto aquellos casos imprevistos que no permitian consultar nada, los gefes mexicanos se sujetaban en todo á las órdenes que sin cesar dictaba el del ejército, y dirigia bajo un plan de comunicaciones perfectamente combinado, hasta á las divisiones mas pequeñas y mas lejanas tambien que habian proclamado su plan.

Como el sistema del gobierno vireinal habia sido destacar en diversos puntos compañías ó piquetes de un mismo cuerpo de infantería ó caballería, ecsistiendo muy pocos que conservasen unida toda su fuerza, las divisiones que como las de Santa-Anna, Bravo y otros muchos gefes se componian de las parti-

das sueltas que proclamaban la independencia, de los realistas llamados patriotas que se alistaban, y de los voluntarios que arrastrados por el entusiasmo general abrazaban la carrera de las armas, ni tenian fuerza fija, ni la organizacion que procuraba el primer gefe y era propia de las tropas de línea. Leño recibia el mando militar de Jalapa, y Santa-Anna que aumentaba considerablemente su division, salia para Perote con el fin de impedir que Luna ó Samaniego lo socorriesen. No habiéndolo conseguido, y reforzada por el último su guarnicion y provisto suficientemente de víveres y municiones, se ocupó de sublevar la Provincia de Veracruz y de tomar esta plaza que por mil circunstancias era la que tenia mejores recursos para defenderse.

Si el primer gefe no omitia esfuerzos de ningun género para evitar que la guerra tomase un carácter sangriento, cuando se trataba de una ciudad como Valladolid que tenia especiales títulos para ser respetada, debia observar una conducta que dejase satisfechos los deseos de sus habitantes. En circunstancias mas difíciles los habia librado de los males de una ocupacion violenta, y si habia prestado este servicio combatiendo contra los hombres mas ilustres de la anterior insurreccion, Morelos y Matamoros, no se podia conformar ni aun con las hostilidades inevitables de un sitio, cuando volvia al lugar de su nacimiento como libertador de su patria. El primer gefe llegaba á Huaniqueo con una gruesa division de caballería mandada por Bustamante el 12 de Mayo, y Barragan y Parres estaban situados convenientemente al Sur y al Este de Valladolid, con la Corona, Celaya, Tres Villas y Cazadores de Santo Domingo, que se habian puesto bajo sus órdenes.

Aquella plaza tenia una buena guarnicion y dos gefes muy distinguidos, el coronel D. Luis Quintanar y el teniente coronel D. Manuel Rodriguez de Cela. Una parte considerable era de tropas españolas, y toda ella podia estimarse en mas de mil doscientos hombres. El primer gefe desde Huaniqueo habia escrito á Quintanar para que entrase en un arreglo y se evitase el ataque, que atendidas todas las probabilidades debia terminarse con la ocupacion de la ciudad por el ejército independiente; y dirigió oficio tambien al ayuntamiento para que nombrase comisionados que pasasen á su campo á ajustar las condiciones que fuesen mas convenientes á la poblacion. Quintanar creyó comprometido su honor militar, y aunque no se resistió á tratar con el primer gefe, despues de varias contestaciones, pretendió que se le concediese lo que habia convenido con el general Cruz respecto de las tropas de Nueva-Galicia, una suspension de hostilidades. El ayuntamiento nombró dos comisionados, y éstos, aunque manifestaron no tener facultades, se penetraron de las ideas del primer gefe, de su empeño por un convenio honroso para la guarnicion, y de la dificultad de resistir á las fuerzas que se hallaban sobre la ciudad.

El primer gefe no podia aceptar la simple suspension de hostilidades como deseaba Quintanar, porque haciéndose estensiva aquella á otras provincias, por sola esta circunstancia se facilitaba al gobierno de México prolongar la guerra sin ventaja ni de una ni de otra parte. La política de la revolucion tenia tambien sus límites, y no podia ni paralizar esta, ni hacer concesiones que fuesen perjudiciales.

Quintanar, á quien se habian hecho insinuaciones mucho tiempo antes por el primer gefe y por Bustamante para que

proclamase el plan, mientras la ciudad estuvo sitiada, procedió en todo de acuerdo con los gefes y oficialidad de la guarnicion, procuró conservar la disciplina, y nadie tuvo el menor motivo de queja por su conducta. Pero estrechado el sitio, aumentándose diariamente la desercion, establecido el cuartel general del ejército independiente en el mismo convento de San Diego, y sin esperanza ninguna de ausilios, porque no podia recibirlos ni de la capital ni de Querétaro, creyó que estaba obligado á favorecer sus propias ideas y la causa de la independencia, conciliando este deber con la confianza que habian depositado en él sus subalternos; y habiéndoles manifestado que quedaban en libertad de hacer lo que quisiesen, se pasó al campo independiente sin llevarse consigo ninguna parte de las tropas, y les ofreció que él se interpondria para que el primer gefe aceptase una honrosa capitulacion. Parece en efecto que Quintanar, cualesquiera que hubiesen sido las pláticas que se habian tenido antes con él, un esceso de pundonor militar no le permitió alistarse en el ejército libertador, hasta que dejó bien puesta su responsabilidad, y las circustancias llegaron á ser tan estrechas, que aconsejaban la entrega de la plaza bajo condiciones ventajosas al buen nombre de su guarnicion. La conducta de Quintanar, sin embargo, solo pudo ser digna de elogio tratándose de la independencia. Cela y los comisionados del primer gefe firmaron el 20 la capitulacion, contraida sustancialmente á los honores de la guerra y la libertad en que quedaban las tropas españolas para adherirse al ejército ó pasar á México. Una parte de la guarnicion marchó para la capital, y la otra se adhirió al ejército; y el primer gefe entró á Valladolid, donde fué recibido y obsequiado con el entusiasmo que escitaba no solo la

causa que defendia, sino la muy particular circunstancia que se ha mencionado antes.

El primer gefe luego que ocupó Valladolid concentró todas las fuerzas que creyó necesarias en la Provincia de Querétaro, donde segun las noticias que habia recibido, se pensaba en una resistencia tenaz, ausiliada por los cuerpos que se esperaban de San Juan del Rio y San Luis Potosí. Aquel pueblo tenia una guarnicion de mas de seiscientos hombres que debia aumentarse con uno de los regimientos españoles de la capital, y obrar en combinacion con el brigadier D. Domingo Estanislao Luaces, comandante general de Querétaro; y los batallones de Zamora y primero de Zaragoza al mando del teniente coronel D. Pedro Perez de San Julian que se hallaban en San Luis, debian marchar á aquella ciudad conforme á las órdenes que habian recibido del virey. No era posible al gobierno conservar á San Luis, porque en todo aquel territorio se habia jurado la independencia por los capitanes D. Zenon Fernandez, D. Manuel Tobar y D. Gaspar Lopez; y las tropas del rey nada podian lograr con mantenerse á una distancia considerable de toda clase de recursos, cortadas las comunicaciones y en una situacion tal que era preciso que sucumbiesen. San Julian, que sin embargo de tener un grado inferior al del coronel de Zamora D. Rafael Bracho, mantuvo al principio el mando de la division por circunstancias que no es del caso referir, se propuso vencer á toda costa cualquier obstáculo y unirse á Luaces para presentar en Querétaro una fuerza respetable, que pudiese comprometer un ataque al grueso del ejército independiente mandado por Iturbide y Bustamante como su segundo. Con el mismo fin disponia el coronel D. José María Novoa, comandante de las

fuerzas reunidas en San Juan del Rio su salida para Querétaro, en los momentos mismos que se ejecutaban las providencias dictadas por el primer gefe para que capitulase, y se rindiese despues á discrecion San Julian, sin dar lugar á un estéril derramamiento de sangre.

La division del teniente coronel D. Joaquin Parres, compuesta de un buen cuerpo de infantería y seiscientos caballos, fué destinada para impedir la reunion de Novoa con el brigadier Luaces. Situada en las inmediaciones de San Juan entre este pueblo y Querétaro, y ausiliada por Bustamante que recibió el mando, y por la division que tenia ya Quintanar, se estrechó el sitio en los primeros dias de Junio, y con fuerzas tan superiores, que no dejó á Novoa otro partido que el de una capitulacion que se le concedió como á todos los gefes españoles que se encontraban en iguales circunstancias. Una parte muy considerable de las tropas capituladas se unió al ejército.

El primer gefe que habia salido de Valladolid resuelto á dirigir por sí mismo todos estos movimientos, cuando pasaba cerca de Querétaro con una pequeña escolta para situarse en San Juan del Rio, fué acometido por una seccion considerable que salió de la plaza, mandada por el teniente coronel español Don Froilan Bocinos, quizá con el objeto de apoderarse de su persona. El lugar en que se encontraron estas fuerzas tiene el nombre de Arroyo-Hondo. La resistencia que hizo la escolta del primer gefe, y el denuedo con que embistió al enemigo fueron tan notables, que sin embargo de ser tan inferior en número, obligó á aquel á volverse á sus atrincheramientos, habiendo perdido algunos hombres, un gefe de mérito teniente coronel D. José María Soria, y dejado prisionero á otro de los principales y

á un oficial. Los que mas sobresalieron en este encuentro el 7 de Junio, fueron el teniente coronel D. Epitacio Sanchez y el capitan D. Mariano Paredes y Arrillaga; y sin embargo de lo que dijo el comandante general de Querétaro en sus partes al virey, y de la costumbre arraigada en España y México de desfigurar los sucesos, la opinion fué tan general y tan favorable á la escolta del primer gefe, que justificó bien el lema de honor que se concedió á los oficiales y soldados, reducido á estas palabras: «Treinta contra cuatrocientos."

La fortuna de las armas nacionales parecia superior al buen derecho que defendian. Pero por propicia que fuese, no podia menos de admirarse la esactitud con que estaba previsto todo por el primer gefe, y la estraordinaria actividad con que se ocupaba de tantas y tan difíciles combinaciones. Presumiendo que el plan del virey para ausiliar á San Juan del Rio y Querétaro pudiera ser enviar una fuerte division, que moviéndose por Toluca llegase á Arroyozarco y despues á San Juan, previno á Filisola, que mandaba el distrito militar de Zitácuaro, se aprocsimase á aquella ciudad para impedir la reunion: el coronel del regimiento de Fernando VII D. Angel Diaz del Castillo, con una fuerza de seiscientos hombres que se aumentó despues, habia salido en efecto de la capital con el fin indicado. Esa disposicion se dictó de acuerdo con las otras de que se ha hablado antes para rendir á San Julian y ocupar á Querétaro. Filisola, con poca infantería y una brigada de caballería respetable, avanzó hasta Toluca y retrocedió despues á la hacienda inmediata de la Huerta para aprovechar la arma que mas podia favorecerle, y de la cual no tenia el enemigo sino una seccion muy pequeña. Castillo salió á atacarlo en aquel punto, y la accion

que empeñaron estas fuerzas el 19 de Junio, fué seguramente una de las mas costosas en toda esta campaña para el ejército español y el independiente.

Los partes de los gefes de ambas divisiones, no solo son diversos, sino contradictorios; pero una sana crítica manifiesta desde luego que la mexicana obtuvo una victoria que no debió ser dudosa para ningun hombre imparcial. En posesion del campo que pudo conservar, tomada la artillería de la division española, y obligada esta á retirarse precipitadamente, y aun abandonar la ciudad de Toluca replegándose hasta Lerma y despues hasta la capital, no se puede disputar que sufrió una derrota completa, cualquiera que haya sido la bizarría y la esperanza del triunfo con que peleó durante muchas horas. Es por lo mismo digno de notarse que el primer gefe en la proclama que dirigió al ejército en Tacubaya el 19 de Septiembre, hubiese omitido el recuerdo de esta accion superior á otras de las que elogia en aquel documento.

Filisola perdió al capitan D. José Miguel Gonzalez y su hermano D. José María, y Castillo al sargento mayor de su cuerpo D. Ramon Puig, habiendo tenido ambos tres heridos de la clase de oficiales. La pérdida de soldados se ha disminuido y ecsagerado respectivamente por una y otra parte; pero no cabe duda de que fué muy considerable, atendido el número de hombres que componian las dos divisiones, que no escedia de mil ochocientos. Teniendo Castillo muchos heridos que carecian de todo ausilio, dispuso Filisola que no se le persiguiera ni se emprendiese ningun movimiento que pudiera embarazar su pronta llegada á Toluca. Sin estos sentimientos que se elogiaron mucho entonces, y no contando Castillo con la caballería necesa-

ria para cubrir su retirada, ó habria sufrido una nueva derrota ó pedido una capitulacion.

La division que salia de San Luis Potosí tuvo una suerte mas desgraciada que las otras que obedecian al gobierno, y que obligadas á capitular, pudieron obtener convenios honrosos y los menos desfavorables que las circunstancias permitian. Pero esta vez el primer gefe, sea porque creyó conveniente una conducta severa, que hiciese conocer al virey que no solo su política y sus combinaciones militares, sino el valor personal tambien de sus gefes y soldados debia quitarle toda esperanza de una resistencia prolongada, ó por algun sentimiento de amor propio, dictó sus órdenes para que aquellas fuerzas fuesen estrechadas hasta el estremo de rendirse á discrecion. El coronel Echávarri, español, mandaba una division en el Colorado, hacienda situada entre San Juan del Rio y Querétaro, que fué reforzada de manera que pudiese presentar un cuerpo de tropas de mil quinientos hombres, y recibió la órden del primer gefe para que se moviese inmediatamente, y se fijase en el punto mas á propósito para impedir la reunion que intentaba la division de San Luis, atacándola en caso necesario. Echávarri emprendió su marcha por la cañada de Querétaro, y determinó situarse en San Luis de la Paz como el lugar mas conveniente para que fuese el centro de sus operaciones, habiendo prevenido á otras secciones al mando de los tenientes coroneles Lopez, Codallos D. Juan, Arlegui y Tobar, que recorriesen los caminos por donde podia proyectar el enemigo su paso hasta Querétaro. Bustamante se movió despues con un batallon y una seccion de cuatrocientos caballos para ausiliar á Echávarri, y se reunió con él en el mismo pueblo. Aunque Echávarri le cedió el man-

P.M.

do, Bustamante no quiso recibirlo; pero aquel gefe no tomó ya disposicion alguna sin que este la hubiese aprobado.

Avanzada la fuerza enemiga á Santa María del Rio, y despues hasta la Sauceda, distante una jornada de San Luis de la Paz, donde tuvo noticias esactas de las que se preparaban á atacarla, parece segun los despachos oficiales, que sus gefes Bracho y San-Julian aceptaban el combate en el caso de no poder evitarlo y pasar libremente á Querétaro. Sin embargo, sitiados por todas partes por Cortazar, que mandaba la caballería, y Codallos y Verdejo la infantería, y sin esperanza de ningun ausilio, reconocieron despues que era una temeridad inescusable intentar un ataque teniendo encima mas de tres mil hombres, y pidieron entrar en convenios luego que se avistaron las primeras avanzadas de las fuerzas independientes: se suspendieron en consecuencia las hostilidades, mientras se recibian órdenes del primer gefe á quien se dió cuenta de todo lo ocurrido, y de haberse situado en el mismo pueblo de San Luis de la Paz, bajo la garantía del armisticio que celebraron, las dos fuerzas beligerantes. La española, por motivos de prudencia, pasó despues á la hacienda inmediata de San Isidro. El primer gefe dispuso, no obstante haber solicitado Bracho una conducta mas generosa, que se obligase á la española á rendir las armas y que se le hiciese entender que no se accederia á ninguna de sus pretensiones. Así se ejecutó el 22 y 23 de Junio, habiéndose recogido de la division de San Luis un armamento considerable.

Se ha referido de diversos modos la impresion que causó en aquellas tropas la entrega de sus armas y la desgracia que importaba, tanto mas sensible cuanto que no tenia ejemplar en es-

ta guerra. Mas ó menos esactos los hechos, sí puede asegurarse que la ecsasperacion con que algunos soldados rompieron sus fusiles antes que entregarlos, fué digna de su valor y de una suerte menos adversa.

Despues de estos sucesos, reducida Querétaro á una guarnicion que se habia concentrado en el colegio de la Cruz, y no llegaba á mil hombres, y decidido el brigadier Luaces, que seguia ya una correspondencia amigable con el primer gefe sobre la imposibilidad de la defensa, á no comprometer con una resistencia inútil el mismo honor de sus soldados, y á hacer un arreglo con él, se celebró una capitulacion y se evacuó por las tropas españolas aquella ciudad á fines de Junio. La capitulacion concedió los honores de la guerra, pero tenia la restriccion como las que se celebraron despues, de que las tropas españolas no volverian sus armas contra la independencia.

Pocos dias antes se habia proclamado en Guadalajara por el brigadier Negrete, conforme á los convenios que habia celebrado con el primer gefe, el plan de las Tres garantías. Consecuente este con las insinuaciones que por conducto de Cruz y del obispo de aquella diócesis habia hecho al virey, no quiso adelantar los sucesos, ni dar lugar á que aquel general creyera que habian variado sus intenciones. Conservaba tambien la esperanza de que se convenciese de la necesidad de adoptar sus ideas, y de que los sucesos mismos le manifestasen que no se habia engañado. Cruz por otra parte, era hombre que habia logrado borrar de alguna manera las impresiones de su conducta en la guerra anterior, por la solicitud constante con que promovió en la Nueva-Galicia cuantos proyectos útiles y mejoras eran realizables; y Guadalajara la justificaba bien con las que habia reci-

bido. El primer gefe temia que por esta circunstancia pudiese oponer una resistencia tenaz, y empeñarlo á variar sus planes, cuyo objeto principal era vencerlo todo con la opinion antes que con las armas. Pero no habiéndose prestado el virey á nada, no estando tampoco conforme Cruz con abrazar el partido que se le proponia, fué necesario apresurar el término que era urgente, porque generalizada la revolucion y perdidas para el gobierno las principales Provincias del interior, ni la opinion podia contenerse, ni era justo tampoco que aquellas tropas y aquellos pueblos se viesen privados del beneficio que repartia á todos con tan bondadosa mano la Providencia. Ya el capitan del regimiento de caballería de Nueva-Galicia D. Juan Andrade habia salido con alguna fuerza de este cuerpo para unirse con el primer gefe en Michoacan. Las tropas que mandaba Negrete, situadas en el pueblo de San Pedro, inmediato á Guadalajara, se pusieron de acuerdo con las que ecsistian en esta ciudad, y aunque al principio no pudieron poner de su parte la que permanecia adicta á Cruz, se decidieron á dar el grito el 13 de Junio que fué apoyado luego que lo supo la guarnicion. Negrete en San Pedro y el coronel D. José Antonio Andrade y capitan D. Eduardo Gonzalez Laris en Guadalajara, arreglaron el movimiento de modo que no causase ninguna desgracia: se conservó el órden, y la resistencia que hizo el general Cruz fué tan débil, que no le quedó otro estremo que adoptar que el de salir inmediatamente para buscar algun apoyo en Zacatecas y Durango, y sostener con él la causa del gobierno. Pudo lograr que le siguiese el coronel D. Hermenegildo Revuelta, que se hallaba situado entre Lagos y Guadalajara con algunas fuerzas, y despues en Zacatecas el coronel D. José Ruiz con una parte de aque-

lla guarnicion. Negrete se movió inmediatamente para perseguirlo, y segun escribia al primer gefe desde Aguascalientes, los soldados y oficiales de la division de Cruz se desertaban en muy considerable número antes de llegar al Fresnillo.

Negrete, por la importancia de la Nueva-Galicia, por la conveniencia de algun régimen lo mas pronto posible, ó quizá porque temió una conducta arbitraria en el primer gefe, pensó en el establecimiento de un gobierno provisional ejercido por los representantes de las Provincias que pudieran reunirse. El primer gefe, firme como siempre en mantener la autoridad que le daba la nacion en masa, y feliz en cuanto habia ejecutado, se opuso á este pensamiento que habria podido por lo menos perturbar la unidad de accion tan necesaria en aquellas circunstancias.

Libre ya Zacatecas proclamó la independencia el dia cuatro de Julio, y Negrete continuó su marcha hácia Durango. El primer gefe quedaba así en disposicion de dirigirse á la Provincia de Puebla para rendir su capital y alentar con su presencia el entusiasmo que allí ecsistia, y que debia encenderse de una manera notable luego que fuese conocido personalmente. Y para que nada faltase á su prevision, el coronel Echávarri quedaba encargado del mando militar de la Provincia de San Luis, y de favorecer la opinion bien pronunciada ya de las Provincias de Oriente, que solo esperaban la menor coyuntura para seguir el ejemplo de las demas del reino.

Mientras se ejecutaban los planes del primer gefe en el interior, como se ha referido, la division de Bravo habia hecho movimientos de la mayor importancia para desconcertar los del gobierno de México. Aunque aquel gefe despues de la accion de Tepeaca se habia dirigido hácia San Andres Chalchicomula,

retrocedió, como se ha advertido ya, para aprocsimarse á Tulancingo, donde se hallaban las fuerzas del coronel Concha. Este se retiró inmediatamente á la capital, y Bravo pudo recorrer toda aquella demarcacion, que manifestó inmediatamente los sentimientos de que se hallaba animada al verse libre de un enemigo tan peligroso. Las tropas independientes ocuparon sucesivamente los puntos principales, situándose despues una parte de ellas en Pachuca; y como la division de Bravo pasaba ya de dos mil hombres, y el virey creia que en combinacion con Bustamante, dueño del camino de Querétaro á la capital, podia intentarse un ataque á esta, repitió sus órdenes para que la de Marquez Donallo, destinada á ausiliar á Acapulco, donde habia entrado, regresase con violencia para cooperar á la defensa que preparaba. No era esacto el juicio del virey, porque el primer gefe no queria que se tomase México, sino cuando perdida toda esperanza de salvarla, se pudiese ocupar sin comprometer nada á sus habitantes. El brigadier D. Ciriaco del Llano estaba resuelto á defenderse en Puebla, y aquella ciudad merecia tantas consideraciones, que era necesario librarla de su guarnicion y premiar de este modo la parte tan activa que habia tomado para hacer partidarios del plan de Iguala. Por estas circunstancias acordó el primer gefe que Bravo y Herrera con sus tropas se aprocsimasen á Puebla para establecer un sitio formal; y así lo verificaron á mediados de Junio, habiendo quedado aseguradas las villas de Córdoba y Orizava y los distritos de Tulancingo y Pachuca.

Santa-Anna se hallaba en la Provincia de Veracruz, y se ocupaba de rendir aquella plaza que se decidió á atacar despues de algunos encuentros que tuvo sin resultado decisivo con algu-

nas partidas de la guarnicion española, que salian á reconocer los puntos inmediatos. El 7 de Julio con alguna caballería y la fuerza mas escogida de su division, se arrojó á las tres de la mañana sobre los baluartes de la entrada, penetró hasta la plaza y comenzó á hacer fuego á las casas de gobierno, habiendo causado al principio mucho sobresalto en la guarnicion y vecindario, que no podian persuadirse de que se hubiera intentado aquella sorpresa, y situado un obús y tres cañones en el centro de la ciudad. Pero por bizarra que fuese esta accion temeraria, emprendida contra las órdenes terminantes del primer gefe, no podia tener otro resultado que el de acreditar el valor y la intrepidez de Santa-Anna y sus tropas. Situada la caballería donde no podia obrar, y no teniendo apoyo ninguno los puntos que habia ocupado la infantería, poco esfuerzo fué necesario para desalojarla de sus posiciones, retrocediendo la caballería en desórden y envolviendo á la infantería que se hallaba en el tránsito. La guarnicion habia ocupado como era natural, luego que percibió el asalto, los puntos dominantes; y el ausilio que recibió del castillo pudo disminuir el peligro en que siempre pone á una plaza, principalmente en la noche, un ataque intentado con arrojo tan estraordinario. Aunque la pérdida de las fuerzas de Santa-Anna se computó por Dávila en doscientos hombres, y su artillería y parque, ciertamente fué mucho menor, así como esta desgracia una de las pocas escepciones de la campaña de independencia, que sin embargo, estuvo compensada con la fama de valientes que ganaron los soldados atacando al enemigo hasta en sus atrincheramientos mas inespugnables.

VI.

La situacion del gobierno de México se complicaba cada dia mas, así por los progresos violentos de la revolucion, como porque las tropas con que podia contar, y los españoles y autoridades que creian posible se salvase el reino, estaban convencidos de que la primera causa del estado que tenian los negocios era la incapacidad y moderacion del virey. Limitado este hasta entonces al ejercicio de sus facultades, ni habia podido infundir el terror que sus antepasados, ni encontraba tampoco en los españoles la cooperacion que prestaron en la guerra anterior. Sin ejército suficiente que oponer al del primer gefe, y sin recursos ningunos para mantener el que tenia, ordenó que en la capital se formasen dos cuerpos de ambas armas con el título de "Defensores de la integridad de las Españas," escitó al vecindario, y ofreció que en el caso de levantarse dos batallones de infantería ó tres escuadrones de caballería, él seria su coronel. La junta de guerra que habia nombrado antes, se ocupaba muy particularmente del plan que debia presentar para la defensa de la capital.

No se podia ahogar la imprenta, que sin embargo de estar contenida ante el poder del gobierno, hacia circular diferentes publicaciones en que se sostenia la justicia y tambien la nece-

sidad de la insurreccion; y ni las denuncias, ni los procesos conforme á las leyes establecidas, podian desvanecer la impresion que causaban en los ánimos, ni impedir el descrédito de las armas del gobierno. El virey se vió obligado, prévia consulta que hizo á la diputacion provincial, audiencia, ayuntamiento, arzobispo y demas autoridades, á suspenderla el 5 de Junio apelando al artículo 170 de la constitucion española sobre tranquilidad pública.

Las medidas militares que habia tomado para organizar y y mover las divisiones que se hallaban en las Provincias del interior y en las de Veracruz y Puebla, se acordaron con Liñan Llano, Hevia, Llamas y otros gefes españoles de crédito; y las instrucciones que daba á Cruz, Dávila, Obeso y Arredondo que aun no sucumbian, eran las que permitia la absoluta falta de medios de comunicacion con las Provincias. El gobierno casi no podia contar con caballería, y esta que siempre es indispensable en la guerra, lo era mucho mas en un territorio tan dilatado como el de Nueva-España: la accion del virey no era posible que se hiciese sentir ya en los lugares que se habian sublevado. Los gefes españoles sin centro á donde ocurrir, empleaban los medios que proporcionaban las fuerzas de que podian disponer, y estos eran tan escasos que solo servian para cubrir su responsabilidad. En cuanto á las medidas políticas, como todos los intereses se habian halagado por el primer gefe, no quedaba otra al virey que la de persuadir que la independencia era un mal y que los mexicanos debian resistirla; pero este convencimiento no era posible cuando se observaba el órden que reinaba en la revolucion, el esfuerzo con que eran protegidas las garantías, y la clase de hombres que las habian proclamado.

Los españoles fijaban la atencion en la debilidad del virey, y pocos reflecsionaban en que no podia ser fuerte.

Ese magistrado respetable á quien el primer gefe quiso manifestar tanto miramiento por su conducta humana y virtudes personales, apuraba la amargura de las circunstancias y no encontraba ya motivo alguno de satisfaccion, ni aun en aquellas pequeñas ventajas que obtenian las fuerzas del ejército español. La accion de Tetecala dada el 3 de Junio por el capitan de realistas D. Cristóbal Huver contra la que por aquel rumbo mandaba un gefe valiente de los antiguos patriotas, Pedro Ascencio, tuvo un resultado favorable para el gobierno, no tanto por la pérdida que sufrieron los independientes, como por haber muerto dicho gefe que peleó con bizarría. Huver, que habia podido reunir alguna gente de las haciendas de azúcar, administradas y servidas por españoles, en los valles de Cuautla y Cuernavaca, era un hombre temerario, que ni conocia el carácter de la lucha en que estaba empeñada la nacion, ni las ideas liberales que dominaban entonces, ni la general repugnancia que causaria la medida que tomó de cortar la cabeza de Ascencio para esponerla al público y escarmentar á los gefes y tropas nacionales. Chocaba tanto mas esta conducta cuanto habia sido elogiada la de Bustamante, que dispuso inmediatamente, al ocupar Guanajuato, se quitasen de la alhóndiga de Granaditas las de los primeros caudillos de la insurreccion y se trasladasen al panteon de S. Sebastian, donde se hicieron los funerales correspondientes. El conde del Venadito lamentó el acto bárbaro de Huver; y por fortuna ya no pudo destruir el sentimiento generoso de que estaba poseido todo el ejército, ni dar lugar á las represalias á que provocaba.

En vano apelan los hombres á medidas ilegales y estrepitosas para reprimir una revolucion, cuando los resortes que le dan vida é impulso, dependen de una voluntad firme que no puede intimidarse con ningun género de obstáculos. Convenidos los gefes y oficiales españoles mas atrevidos, aunque no los de mayor graduacion ni los mas estimables, en deponer al virey á quien hacian responsable de la rendicion de Bracho y San Julian y de la pérdida de San Juan del Rio, Guadalajara y Querétaro, y repetir la misma escena de Iturrigaray, ejecutaron este plan de una manera semejante en la noche del 5 de Julio, aunque sin el acuerdo ni aprobacion de las autoridades y funcionarios españoles que consideraron este atentado no solo como el mas escandaloso, sino como el mas capaz de encender los ánimos y de causar desórdenes en la capital, en circunstancias que no permitian ni retardar siquiera como en otro tiempo la independencia. Fueron los principales directores de esta conjuracion el sargento mayor del Infante D. Cárlos, D. Francisco Buceli, y D. Juan Ramon Llorente teniente de Ordenes Militares. El mariscal de campo y sub-inspector de artillería D. Francisco Novella fué nombrado, y se dijo entonces que no se resistió á desempeñar el vireinato por la resolucion que tenian los conjurados de encargarlo al mismo Buceli, como el mas capaz de las medidas violentas que ellos creian propias de las circunstancias. Así concluia su gobierno el virey Apodaca, que cumpliendo con su deber y moderando con su ejemplo las pasiones de sus compatriotas, correspondió dignamente al sentimiento generoso del pais, para no dar á esta guerra sino el carácter que convenia á los mismos de que el estaba animado.

Nada hay en efecto menos justo que la censura que han he-

cho de su conducta los hombres, que no creen conciliable la moderacion con la energía, en circunstancias difíciles y estraordinarias. La conservacion del reino bajo el mando de Venegas y Calleja, y la impotencia del gobierno en 1821, presentan un contraste desfavorable al conde del Venadito, y fundan aparentemente el cargo de que no supo imitar ni la política, ni la severidad de sus predecesores. Pero cualquiera que ecsamine esos diversos periodos de la administracion vireinal con una razon profunda, llegará á convencerse del grande servicio que prestó á su patria en el tiempo mismo que se emancipaba la Nueva-España. Este privilegio solo se concede á los hombres que como él, no abandonan nunca ni la nobleza de sentimientos, ni las reglas del buen sentido, en el puesto en que se pueden ecsacerbar mucho los males de una guerra, sin probabilidad ninguna de someter á la obediencia á los que lo han atacado.

Al ecsaminar sus providencias y lo poco que hizo, parece que fué muy inferior á las circunstancias en que se hallaba el reino y al impulso que debió dar á los recursos de que podia disponer. Reflecsionando, sin embargo, en los planes que pudieron adoptarse, se conocerá que nada omitió, y que con cualquiera otra conducta que hubiese seguido, los resultados habrian sido los mismos ó mas desfavorables. El no podia impedir las consecuencias necesarias de la constitucion, de la libertad de imprenta, de las elecciones y de la escitacion violenta de todos los ánimos, y por este lado con cualquier otro virey, el estado del reino habria sido igualmente peligroso. Bajo el aspecto militar, la cuestion no podia resolverse en favor del gobierno, sino de uno de estos dos modos: ó la pronta destruccion de Iturbide, ó la conservacion y creacion sucesiva de fuerzas bastantes que

hubieran podido preparar el triunfo de la causa española. Ninguna de estas hipótesis era realizable bajo un plan como el de Iguala y un hombre como el primer gefe.

Si el virey hubiese movido inmediatamente el ejército de Liñan hasta aquel pueblo, la capital habria quedado en grave peligro, y aquel general nada habria logrado sin medios de comprometer una accion decisiva con el primer gefe. Este, que en ningun caso podia emprenderla con la corta fuerza que tenia en Iguala, habria dispuesto, como lo hizo, su marcha para Zitácuaro sin dificultad ninguna, porque sabia que Filisola y Codallos por aquel rumbo favorecerian su plan, y frustrarian las providencias que tomara el gobierno. Y habiéndose decidido por la revolucion Bustamante, que estaba de acuerdo mucho tiempo antes, y Barragan, ¿qué podia haber hecho el virey para que las fuerzas que tenian Quintanar y Cela en Valladolid emprendiesen un movimiento combinado con Liñan, para obligar al primer gefe á un encuentro ó á retirarse al terreno mas inaccesible del Sur y buscar allí su salvacion personal? Hablar de otras combinaciones en que pudo haber pensado el gobierno despues de la conmocion general del reino, seria discurrir inútilmente, porque en verdad no ocurre ninguna que lo hubiera librado de la crísis en que se encontraba. Apelar á la suposicion de que con otro virey no habria podido prepararse el grito de Iguala, es entregarse á conjeturas que no pueden descansar sino en simples posibilidades. Y por lo que toca al empleo que debió hacerse de las fuerzas y gefes españoles, ni el corto número de aquellas, ni la habilidad de estos podian sobreponerse á los cuerpos mexicanos y á los hombres que los mandaban. El gobierno no esperaba, á lo menos prócsimamente, refuerzo de tropas

de la Península, y es grato pensar sin ofender la esactitud de un juicio histórico, que cuarenta mil hombres mas, españoles ó estrangeros, no habrian hecho dudosa en aquel periodo la independencia.

Calleja en 1821, sin embargo de su notoria capacidad, habria comenzado quizá por confundir los tiempos, y por creer tambien que no era mas difícil su situacion que en 1810 y 1811. La fortuna de su campaña naturalmente lo habria estraviado, porque los hombres nos guiamos siempre por los favores que aquella dispensa, y su misma responsabilidad le habria presentado á Iturbide como un enemigo poderoso sí, pero mucho menos formidable de lo que le pareció en Cádiz cuando llegó á aquel puerto la noticia del grito de Iguala. Publicada la ley marcial y suspendidas todas las garantías, que era el plan en que fundaba la conservacion del reino, segun sus informes á la Córte, comunicando órdenes sangrientas á los gefes de las tropas reales, escarmentando el entusiasmo nacional con algunas ejecuciones notables, habria podido intimidar á muchos, prolongar á lo mas la guerra por algunos meses, y darle un carácter horroroso sin provecho ninguno de la Península. Calleja habia sido cruel en la campaña, y en el gobierno habia favorecido ó disimulado con escándalo los escesos mas repugnantes de muchos de los generales y gefes de las tropas reales. Era un general escelente, un administrador hábil, pero un magistrado sin integridad y un mal político. Y conmovido el reino por un plan que protegia á todos los ciudadanos, ¿con qué fuerza moral podia contar faltándole lo que mas aman los pueblos, la justicia y la beneficencia? Iturbide habria sido aclamado por las tropas mexicanas, su grito de union habria hecho mas odiosa la conducta del virey,

la parte influente del pais se habria retraido de ausiliar á este, y el sacudimiento que se sentia en toda la América del Sur, no habria dejado tranquila la Nueva-España, donde ecsistian mayores elementos que en las demas colonias de la monarquía para su independencia. Los esfuerzos de Calleja, vanos para la conservacion del reino, habrian sido muy eficaces para destruir la garantía en favor de los españoles, quienes habrian tenido que sufrir mucho ó del furor popular, ó de un desórden inevitable, que precavian á un tiempo el plan salvador de Iturbide y la moderacion del mas piadoso y humano de sus vireyes. Y al fin se habria convencido de que el estado político del reino no le dejaba otro recurso, que el de reunir un cuerpo respetable de tropas españolas y retirarse con ellas á Veracruz á esperar las órdenes de Madrid.

Supóngase por el contrario, que otro gefe y con otro plan se hubiese puesto al frente de la revolucion, y se verá con claridad todo el poder del gobierno y el apoyo que habria encontrado en las tropas mexicanas unidas con las españolas y acostumbradas á pelear bajo las mismas banderas en favor de la paz de que disfrutaba el reino. Entonces la política del conde del Venadito y su moderacion se habrian presentado como los elementos mas poderosos de resistencia, y cambiándose los papeles, porque el mundo juzga y juzgará á los hombres solo por los resultados, todos habrian convenido en que á una conducta tan generosa se debia la conservacion del reino. Pero el plan de Iguala y el que adoptó el primer gefe para ejecutarlo, se meditaron tan bien y conciliaron los intereses sociales y políticos de todas las clases, de un modo tal, que muchas veces se persuade uno de que con ellos podia haber hecho la independencia Iturrigaray en 1808 é Hidalgo en 1810.

La historia española, pues, debe ser justa con Apodaca, y la mexicana referir fielmente sus virtudes y la parte que tuvo en esa union que se proclamó tan felizmente. La accion sola con que comenzó á ejercer el mando en el camino de Veracruz á México cuando venia á tomar posesion del vireinato, poniendo inmediatamente en libertad á los insurgentes que lo atacaron y quedaron prisioneros, y haciendo que su misma esposa é hijas curasen y asistiesen á los heridos, seria bastante para engrandecer su política y perpetuar su memoria.

La noticia de la prision de Apodaca, en que no tomó parte Novella, fué recibida con indignacion y acabó de realzar el grito de independencia, porque todo el reino por una inclinacion noble se puso de parte de la desgracia. El virey intruso, ó porque se alucinó con la posibilidad de conjurar la revolucion, ó porque elevado al mando supremo quiso hacer los esfuerzos que reclamaba una situacion tan angustiada, usó de un lenguage y de una conducta muy diferente de la de su predecesor. Con amenazas unas veces, con premios de dinero que ofrecia otras á los que abandonasen las filas nacionales, y con anuncios de la llegada supuesta á Veracruz de cuerpos de la Península, intentó reanimar la esperanza que iban perdiendo ya los que permanecian adictos al gobierno. Los bandos de seguridad que multiplicaba incesantemente, los grados y ascensos militares que concedia con prodigalidad como Apodaca, la afectacion con que procuraba disminuir la gravedad de las circunstancias por sucesos que no favorecian nada la causa española, y por la entrada en la capital de pequeñas fuerzas, y la creacion de una nueva junta de guerra de que era primer vocal el general Cruz, son los actos mas notables de su gobierno.

Impedidas las comunicaciones y sublevados los valles de Texcoco y Chalco, Cuautla y Cuernavaca, la concentracion de las fuerzas del gobierno que pudiesen vencer estos obstáculos en el lugar en que residia el virey, era tan necesaria como segura la pérdida de aquellos que no podian socorrerse. El plan del primer gefe se ejecutaba por las mismas tropas españolas como lo habia previsto; y no podia menos de lisongearse de ver que desaparecia en toda la circunferencia el poder del gobierno, de una manera que no permitia á las fuerzas que se concentraban ninguna resistencia, que tampoco podia tener objeto porque todo estaba perdido. Llamas con su cuerpo habia regresado á la capital sin haber tomado parte, porque así se le previno posteriormente, en las acciones de Tepeaca y Córdoba: Luna lo habia hecho tambien con el regimiento de Castilla; Marquez Donallo con el del Infante D. Cárlos, y Castillo por último, con el de Fernando VII. La tropa española capitulada, ni tenia recursos para moverse, ni podia faltar á las condiciones de su capitulacion, ni estaba dispuesta tampoco á otra desgracia que consideraba como infalible; y las pocas fuerzas que habian podido servir nuevamente al gobierno, por honrosa que fuese su conducta, no animaban á nadie para una guerra que pronto iba á terminarse. El nuevo virey ó tenia ó disimulaba tener otro concepto del estado de los negocios, y creia posible cambiar el espíritu público reuniendo en derredor suyo, y haciendo maniobrar en la plaza de México cuerpos capaces de competir en disciplina y valor con los mejores de Europa.

VII.

El ejército se habia dividido en pequeñas secciones desde Teloloapan, y este arreglo muy provisional é imperfecto, habia sufrido las modificaciones que ecsigia la adhesion de los gefes que adoptaban el plan, y el aumento de las fuerzas independientes. Muy difícil se creia establecer la disciplina y poner en la armonía necesaria los diferentes cuerpos que se hallaban diseminados en las Provincias, para que pudiesen obrar de una manera uniforme, y librarse de los desórdenes á que provocaba el cambio que tenian las cosas y la facilidad de cometerlos impunemente. Pero en los cuatro meses que habian trascurrido, el primer gefe habia logrado dar la forma conveniente al ejército, y repartirlo en los puntos mas ventajosos, para quitar al gobierno todos los medios de resistencia. Negrete en Zacatecas y Durango, Andrade D. José Antonio en Nueva-Galicia, Echávarri en San Luis, Bustamante y Quintanar en Guanajuato, Querétaro y Michoacan; Guerrero en el sur de México, Herrera y Santa-Anna en las Provincias de Veracruz y Puebla, y Bravo en Tulancingo y Pachuca, eran hombres tan caracterizados para cumplir y hacer cumplir las órdenes del primer gefe, que todo el territorio en que este mandaba podia considerarse como sujeto á un gobierno organizado. Su secretaría en el ramo po-

lítico estaba desempeñada tambien por personas de conocido talento, que contribuyeron mucho á la union entre los insurgentes de las dos épocas. D. José Dominguez Manso, D. José Manuel Herrera, y despues D. Andrés Quintana y D. Ignacio Alas, sirvieron al primer gefe y á la revolucion con un celo y un patriotismo dignos del mayor elogio.

Dictadas todas las órdenes para el sitio de Puebla y Durango, y comunicadas las convenientes instrucciones sobre el que se preparaba de la capital, salió el primer gefe de Querétaro para Arroyozarco. En esta hacienda acordó con Bustamante la mejor distribucion de todas las fuerzas del interior, y se dirigió por Toluca y Santiago Tianguistengo á Cuernavaca, donde entró el 23 de Julio. Eligiendo este camino para pasar despues á Puebla, se proponia uniformar la opinion en aquella parte de la tierra-caliente, que por la influencia que ejercian los españoles dueños de los ingenios de azúcar, y por la multitud de sirvientes que habian podido reunir, mandados por Huver, tenia algunos temores de que volviesen allí y se repitieran los sucesos de Tetecala. El primer gefe habló á los habitantes de aquel valle en una proclama enérgica, manifestándoles sus sentimientos y el empeño que habia tenido durante la campaña por su felicidad. Aclamado siempre con entusiasmo en todas las poblaciones, despues de su salida de Querétaro, era una especie de ovacion la que le ofrecian, disputándose todos la honra de recibirlo y de hacerle cuantos obsequios podia inventar la admiracion y el amor. En todos los lugares del tránsito se reunia un considerable número de habitantes de los pueblos vecinos, y todos se informaban de los dias en que debia llegar, para solemnizar su entrada y bendecir al caudillo que realzaba sus benefi-

cios con su presencia. Favorecido así por la opinion, y sin variar en nada el órden de su plan de operaciones, al que siempre quiso arreglarse, llegó á Cholula en los últimos dias de Julio.

Era ya en efecto tan general la decision por la independencia, que hasta en los pueblos mas pequeños se levantaban actas para dejar consignada la proclamacion del plan de las Tres garantías. Los curas, los ayuntamientos y las autoridades locales, por ínfima que fuese su representacion, uniformaban sus sentimientos, y lo que es mas su conducta de una manera tal, que parecia imposible la armonía en que se hallaba hasta el funcionario menos civilizado con la política ilustrada y sublime del primer gefe. Promover cualquiera violencia contra los españoles era un escándalo que no necesitaba reprimirse, porque no habia tampoco quién lo intentase: provocar rivalidades por las consideraciones y confianza que se dispensaban á los gefes que habian permanecido adictos al gobierno, era un procedimiento indigno que se ecsecraba por todos, y que se sofocaba tambien por la magnanimidad y el desprendimiento noble de la insurreccion; y reconocer por último, en el primer gefe el árbitro de los destinos del pais, y el centro donde debian reunirse todos los hombres capaces de contribuir á su prosperidad, era el pensamiento comun que dominaba y satisfacia todos los espíritus. En el seno de las familias, y hasta en las clases menos entendidas del pueblo, se hablaba del primer gefe como de un hombre estraordinario que librándonos de la dominacion de España hacia brillar á un tiempo nuestro carácter y nuestra justicia.

El sitio que habian puesto á Puebla Herrera y Bravo, se habia adelantado con la mayor actividad y se estrechaba cada dia, sin que el brigadier Llano, cuya fuerza quizá estaba reducida á

mil y quinientos hombres, tuviese medios de defender largo tiempo aquella plaza. Casi toda la tropa mexicana que tenia á sus órdenes se habia pasado á las independientes, y la poblacion manifestaba la mayor inquietud por aprovechar la oportunidad que se le presentaba, y contribuir por su parte á facilitar el triunfo de las fuerzas que la sitiaban. Los gefes de estas con mas de cinco mil hombres, sujetándose á las instrucciones que tenian y á la conducta que se habia observado generalmente, no quisieron asaltar la ciudad que habrian ocupado aunque con una pérdida considerable; y Llano ó porque creyó mas propio de su rango celebrar una capitulacion directamente con el primer gefe, ó porque esperó que este fuese mas generoso, se resistió constantemente, sin embargo de que su situacion era peligrosísima, á entrar en arreglos definitivos con los gefes mencionados. Pero al fin aceptó un armisticio mientras se recibia la contestacion del primer gefe, á quien mandó comisionados que salieron de la ciudad. El armisticio estaba redactado con el mayor decoro para ambas partes, y la capitulacion acordada despues por el primer gefe, solo tenia de notable que la tropa capitulada saliese para Tehuacan con todos los honores de la guerra y que la nacion pagase sus sueldos y embarque.

El primer gefe, logrado á su satisfaccion el objeto de su marcha á aquella Provincia, entró en Puebla y su recibimiento fué tan magnífico que solo pudo ser inferior al de la capital. El clero, y muy particularmente su obispo, en cuyo palacio fué alojado, celebraron su entrada con aquella suntuosidad propia de una poblacion que contaba con toda clase de recursos, y que estaba animada de un sentimiento religioso que pudo satisfacer al saludar al hombre que en su plan consignaba como la pri-

mera de las garantías, la defensa de la iglesia. Allí fué donde se generalizó mas el grito que se habia dado ya en otras partes de "viva Agustin I," y que con mucha modestia y destreza hizo entender el primer gefe, que mas bien era demostracion de gratitud que una opinion, con la cual no se conformaria nunca.

Desde principios de Julio se notaba tal movimiento y efervescencia en los lugares ocupados por las fuerzas del gobierno, que se temia fundadamente algun trastorno interior que se habia procurado evitar. Todas las tropas que no eran españolas, y aun algunos gefes y partidas de estas, abandonaban los puntos que defendian, y se pasaban al mas inmediato de las independientes. Las comunicaciones entre las ciudades del reino, eran activas y animadas, y el público se espresaba ya con tanta franqueza sobre el pronto término de la guerra, que las medidas que se dictaban por las autoridades, mas bien parecian una simple fórmula que providencias sériamente acordadas en desempeño de sus funciones. Los hombres que habian permanecido adictos al gobierno, ó por convencimiento ó por deber oficial, se conducian con circunspecion ó contraian algun mérito para que no se les considerase despues como enemigos de la independencia. La fuerza moral del gobierno que nunca habia sido grande, quedaba reducida á una nulidad completa y á ser el objeto de un desprecio general. Despues de la toma de Puebla la impaciencia creció tanto por la de la capital, que el primer gefe necesitó de toda su influencia para contenerla, y allanar otras dificultades que aunque parecian de poca gravedad no lo eran realmente. Así se presentaban las cosas cuando salió de aquella ciudad para situarse en el valle de Chalco, y disponer los movimientos de todas las fuerzas que se acercaban á Mé-

xico, y de las mismas divisiones que habian sitiado á Puebla y recibido la órden de marcha para Texcoco. El 1.° de Agosto habia desembarcado en Veracruz el nuevo virey D. Juan O' Donojú.

Este general, impuesto de las ocurrencias del reino, concibió desde luego que una política tan profunda como la del primer gefe, aunque en otro sentido, podria dar á la revolucion el giro que mas convenia á la causa de España. Sus ideas liberales, y el conocimiento que aseguraba tener de la conducta que iban á seguir las Córtes y el gobierno constitucional con sus posesiones en América, concediéndoles toda aquella libertad y todos aquellos goces que ecsigian la civilizacion y la igualdad que se habian proclamado, le obligaron á hablar ante el pais como un hombre despreocupado, enemigo de los vireyes que habian seguido una política opresora y oscura, y capaz de conciliar los intereses de México y de la península de una manera satisfactoria para ambas partes. En sus proclamas á los habitantes del reino y á la guarnicion de Veracruz, se espresaba sin embargo de un modo ambiguo; pero dejaba entreveer que venia hasta autorizado competentemente, y de acuerdo con los diputados americanos en Madrid, para favorecer todas aquellas concesiones que las circunstancias ecsigian, declarando tambien como el primer gefe, que no usaria de otras armas ni invocaria otros nombres que la amistad y la union. Estos documentos estaban redactados con rara sagacidad, y habrian podido ganar la opinion pública, si la política adoptada antes no hubiese previsto todos los casos y halagado todos los intereses. El plan de O' Donojú se contraia á una suspension de hostilidades que dejase las cosas en el estado que tenian, mientras el gobierno español resolvia con presen-

cia de los sucesos que habian ocurrido en el reino. Para llevarlo adelante, escribia en los términos mas benévolos y mandaba comisionados al primer gefe, con el fin de que le hiciesen conocer sus sentimientos é intenciones, solicitando una entrevista en el lugar que se juzgase mas á propósito.

Se habia comunicado ya al primer gefe la ocupacion de Oajaca por el capitan de realistas D. Antonio Leon, que obligó á capitular al comandante general de aquella Provincia, coronel D. Manuel Obeso. Conmovida desde Junio, y dirigidas las fuerzas independientes por oficiales de mérito que pudieron organizarlas y someterlas á la disciplina que se necesitaba, Obeso poco podia hacer sin ausilio ninguno ni de Veracruz ni Puebla, ni de la capital. Leon apoyado eficazmente por D. Francisco Miranda, que era un buen oficial de caballería, ocupó los lugares mas importantes, sublevó toda la Mixteca, y marchó para Oajaca, habiendo empeñado á fines de Julio en la villa de Etla, inmediata á la ciudad y último atrincheramiento de los españoles, una accion que no pudo disputarse largo tiempo por el corto número de tropas con que aquellos contaban, reducido á dos compañías del regimiento de Saboya. Los sucesos de Oajaca, aunque dignos de atencion como los de otras Provincias distantes, no tienen el interes que los de las mas centrales, que decidian de la suerte del gobierno vireinal. Los límites y la naturaleza de este escrito por otra parte, no me permiten darle mas estension de la que corresponde á una relacion breve, por distinguidos que hayan sido los servicios de tantos hombres que yo no menciono y que deben figurar en la historia de la independencia. Y por lo que toca á Leon, ilustre por haberla proclamado en Oajaca, merece mas todavia por la muerte gloriosa que

recibió en una guerra estrangera, defendiendo los derechos y el honor de su patria.

El primer gefe desde la hacienda de Zoquiapam, inmediata á Texcoco, habia prevenido á todas las divisiones que se aprocsimaban á la capital, la conducta que debia observarse para que el sitio fuese digno del término que iba á tener la campaña, y que el ejército independiente se presentara en la actitud que le correspondia, y con toda la moralidad y virtudes que hasta entonces no habia desmentido. Era tan noble, que ni dejaba de disculpar el arrojo imprudente con que procuraban salvar algunos gefes del ejército español su responsabilidad, ni queria tampoco que se comprometiesen acciones que no ofrecian duda de su écsito. Por este motivo habia dispuesto que no se empeñase ningun lance sério con el coronel Concha que mandaba una division volante, á la que estaba agregado últimamente Huver, y que habia recorrido primero el camino de la capital á Arroyozarco y despues el de Puebla. Aunque Concha rehusaba presentarse ante las fuerzas de Bustamante y las de Herrera y Bravo, y su objeto mas bien era esplorar, y destruir si su fortuna lo permitia, alguna seccion pequeña del ejército independiente con la cual pudiera encontrarse, el primer gefe dictaba sus órdenes en el sentido mas humano y precavia toda colicion, poniendo de manifiesto que esta conducta no tenia otro orígen que la superioridad notoria de sus fuerzas y los sentimientos generosos del pais. Las que se iban á situar en Texcoco se ponian á las órdenes del coronel Marqués de Vivanco que se habia unido al ejército; y Guerrero se aprocsimaba á la capital conforme á las que habia recibido.

Novella por un pliego de O' Donojú que con conocimiento del

primer gefe llegaba á sus manos, sabia la llegada de aquel á Veracruz, y que habia tomado posesion del vireinato. Resolvió en consecuencia enviarle comisionados con las convenientes instrucciones, y el primer gefe estaba conforme en facilitarles las seguridades que pedian para pasar libremente; pero habiéndose resistido Novella al armisticio que con este motivo propuso el primer gefe, y que á nadie podia convenir tanto como al gobierno, ya no permitió la salida de los comisionados.

Sin embargo de las precauciones que se habian tomado para evitar un rompimiento, que ademas de ser estéril porque nada podia variar ya el curso de los acontecimientos, fuese costoso para ambas partes, el celo fogoso de un oficial mexicano, el capitan Acosta, dió lugar á la accion de Atzcapotzalco en los momentos en que nadie podia esperarla. Situada en Tacuba una parte de las fuerzas del coronel Concha, á quien se habia dado el mando de la division española de operaciones, se reconocia como era natural, por algunas partidas de las independientes que acababan de llegar á las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray inmediatas á Atzcapotzalco, los movimientos del enemigo, pero con la prevencion de que no comprometiesen ninguna accion y dieran cuenta de lo que ocurriese al gefe inmediato, que era el coronel Bustamante. Acosta oficiosamente y sin otro motivo que el de haberse disparado algunos tiros por una partida independiente á una descubierta enemiga, que se habia retirado á su campo, salió con cien infantes y algunos caballos, y empeñó un tiroteo que obligó á otra partida española á abandonar un puente inmediato á Tacuba donde habia querido defenderse. Luego que supo este suceso Bustamante mandó reforzar la de Acosta, y se presentó personalmente para retirarla,

como en efecto lo verificó, habiéndose detenido en Atzcapotzalco mientras se asistia al mismo Acosta que habia recibido una herida. Pero cuando volvia á sus posiciones fué picada su retaguardia por una fuerza considerable que habia salido de Tacuba, y habiéndola rechazado vigorosamente hasta Atzcapotzalco, se empeñó allí una accion que pudo sostener la fuerza española al mando de D: Francisco Buceli, sargento mayor del batallon de Castilla, por haberse situado en la iglesia y edificios principales. Como no era conforme con las instrucciones que tenia Bustamante continuar por mas tiempo la accion ni hacerla mas formal, para desalojar á los españoles de un punto que tampoco estaba antes ocupado por los independientes, volvió á su campo dejando un cañon que se inutilizó y que por esta circunstancia no pudo llevarse. Las fuerzas que entraron en accion no escedieron de cada parte de seiscientos hombres, y en consecuencia la pérdida que sufrieron fué considerable, pues en la española entre muertos y heridos pudo llegar á ciento y cincuenta, y en la mexicana á una octava parte, contándose en esta última la pérdida de un antiguo gefe de la anterior insurreccion, Encarnacion Ortiz, que murió al pie de la pieza de que antes se ha hablado defendiéndola con valor estraordinario.

El capitan de la Corona D. Vicente Endérica, que habia salido de Acapulco, luego que las circunstancias se lo permitieron, para unirse al ejército, fué uno de los oficiales que mas se distinguieron; y pudo desvanecer la impresion desfavorable que habia causado su conducta poco decidida en aquel puerto al restaurarse por las tropas del gobierno. Muy sensible fué esta accion, porque causada por una imprudencia y sin poder influir en el aspecto que tenian los negocios que era decisivo, solo sirvió

para dar una prueba del valor de las tropas independientes y tambien de las españolas que estaba acreditado. Estas últimas se retiraron en la noche de ese mismo dia, 19 de Agosto, al pueblo de Tacuba donde estaban situadas.

A principios de aquel mes se habia comenzado por Negrete el sitio de Durango, donde se hallaban el general Cruz resuelto á defenderse, y los coroneles Revuelta y Ruiz que apoyaban aquella determinacion, con tanto mas empeño cuanto era mayor el sentimiento de encontrarse en semejante conflicto por un gefe de los de mas elevada categoría de las tropas del rey y compatriota suyo. Negrete por mil circunstancias, pero muy particularmente por la que se ha indicado, apuró sus esfuerzos para entrar en un convenio honroso que tuviera por base la capitulacion de Puebla ó Querétaro. Cruz no quiso intervenir en estas contestaciones por creerlas deshonrosas al rango que tenia en el ejército, y porque no podian terminarse de una manera satisfactoria; pero sí las dirigia por conducto de sus subalternos, y nada omitia para que Durango hiciese una resistencia obstinada. Estrechado el sitio, el ayuntamiento en cuerpo y los individuos mas caracterizados de la diputacion provincial y de otras corporaciones, pasaron al campo de las fuerzas mexicanas, y declararon que la voluntad de la Provincia estaba pronunciada decididamente en el mismo sentido de las que se habian adherido al plan de Iguala. Los gefes españoles, sin embargo, se mantenian firmes, pero estaba pronto á ceder aunque con honor para evitar males á la poblacion, el brigadier D. Diego Garcia Conde, gobernador y comandante militar de la Provincia, bajo cuya direccion se habian levantado las fortificaciones para la defensa de la ciudad.

El empeño de Negrete de no comprometer un asalto general, sino en un caso estremo, habia prolongado el sitio por muchos dias, y los encuentros que habian tenido ambas fuerzas no preparaban el término que se deseaba. La guarnicion de Durango apenas contaba con el batallon incompleto de Zamora y alguna fuerza del de Navarra llamado despues Barcelona, que no tenian unidos ochocientos hombres; y la division de Negrete se componia de mas de dos mil, y se anmentaba con las partidas que se le unian de los pueblos vecinos, debiendo recibir ausilios de consideracion, si fuesen necesarios, de la Provincia de Zacatecas. En tal estado, y no habiendo podido allanarse una capitulacion dispuso Negrete un asalto para el 30 de Agosto, que dirigió personalmente con la mayor intrepidez, habiendo recibido en la cara una bala de fusil que le hizo una herida molesta y le impidió por algunas horas continuar mandando. Sostenido el ataque con el mayor vigor, y habiéndose abierto brecha en uno de los parapetos de mas importancia y dado una carga con la que se logró ocuparlo y hacer retirar á la fuerza que lo defendia, Negrete consideró seguro el triunfo y mandó que no siguiesen las hostilidades, suspendidas ya por el enemigo. Este pidió despues parlamento y se procedió á ajustar la capitulacion que se arregló como se habia propuesto á la de Querétaro. El sitio de Durango fué calificado de la manera mas favorable, no solo por la buena direccion y por la bizarría del general Negrete, sino por la señalada prudencia que caracterizó todas sus operaciones, hasta en los momentos en que herido y dado el asalto, mandó suspenderlo, sin embargo de estar seguro de que la guarnicion se habria rendido en los términos que hubiese dictado. Entró en la ciudad con sus tropas el 6 de Septiembre.

Las acciones de Atzcapotzalco y Durango ponian fin á una guerra que por muchos títulos debe ecsaminarse. Las pasiones y los partidos pueden considerarla como quieran; ó con una ecsageracion gloriosa para el pais, ó con un desprecio injusto, suponiendo que la victoria continuada de siete meses importaba una superioridad personal respecto de los vencidos, ó bien atribuyendo al número y no mas al número, el feliz écsito de las armas mexicanas. El hombre imparcial discurrirá de otro modo: aquella guerra no necesita de la mentira para ser digna de elogio, ni teme tampoco el que pueda y deba hacerse de los españoles. Su mérito consiste en virtudes que son raras, y en el carácter que manifestó esta vez el ejército mexicano.

Sin haber recibido buenos ejemplos de los gefes españoles en la primera guerra de insurrécciou, y sin antecedentes favorables á una disciplina severa, se encuentra desorganizado completamente á los pocos dias de haberse dado el grito de Iguala. Nuevos gefes, nuevos soldados en los cuerpos, ofertas seductoras de parte del gobierno, grandes atractivos y facilidades para cometer escesos, provocar persecuciones y fomentar una ambicion de empleos y de mando ilimitada, dificultades por todas partes para no traspasar la línea de los deberes militares, y otras circunstancias disculpaban de algun modo aquellas faltas y estravios, que son tan comunes durante la guerra hasta en los ejércitos mas disciplinados. El de las Tres garantías comienza, prosigue y termina la campaña sin que se levante contra él una sola queja, ni por los pueblos ni por las autoridades: obedece con una docilidad que no era conocida: abandona todo sentimiento de ambicion, y no conserva otro que el de la independencia. Admira al caudillo que lo dirige, se anima de su espíritu, y cada gefe,

cada soldado de cualquiera de ambas épocas, se presentan ante el pais como hombres conducidos por la razon y la filosofia.

Penetrados de que su situacion es ventajosa respecto de sus enemigos, abrazan con calor las ideas conciliadoras y humanas del primer gefe: no abusan nunca de su superioridad, y evitan todo encuentro que sea infructuoso. Pero si son estrechados y hay necesidad de acreditar valor, lo muestran todos; y obtenido el triunfo conceden al enemigo cuanto pudiera desear, y promueven de este modo la union que el primer gefe recomienda incesantemente. Nadie quiere distinguirse á espensas de otro, todos se manifiestan desinteresados: reciben cordialmente á los gefes del gobierno que son arrastrados al partido de la independencia, porque no pueden dudar ya que es un gran bien; y si antes obedecian sus órdenes, continúan ahora respetándolos y felicitándose de verse mandados por hombres que hacia pocos dias eran sus enemigos. Y como es conforme con el sistema admirable de la Providencia que las virtudes que parecen mas contrarias se favorezcan mútuamente, esta prudencia, esta humanidad dan tanto brillo al valor de las tropas mexicanas, que nadie duda del triunfo, cualquiera que fuese el número de las destinadas á defender la dominacion española.

La movilidad del ejército, compuesto de mas de treinta y cinco mil hombres, no permite que esté vestido como corresponde: los cuerpos reciben lo que permite el triste estado de las rentas públicas, paralizadas por la revolucion; y sin embargo, todos estan conformes con estas privaciones que parecen inseparables de la moralidad del soldado de 1821 y de las garantías que daba al pais para lo futuro. Virtudes tan singulares nada pierden porque las hubiese inspirado el primer gefe, ó porque ahora nos pa-

rezcan increibles. Los hombres olvidamos fácilmente los mayores beneficios, ó los referimos con la desconfianza propia de las desgracias que han venido á desalentarnos, atribuyendo á circunstancias pasageras y casuales, lo que debiera servirnos siempre de estímulo y de ejemplo. Aquel ejército y aquella guerra estaban sometidos á las duras vicisitudes de la fortuna: pudieron ser desgraciados, y sucumbir nuestras tropas bajo mil otras combinaciones. Pero una cosa hay cierta que no debe olvidarse; con soldados como aquellos, nunca habria pisado ni fácil ni impunemente nuestro territorio el invasor estrangero.

VIII.

El Saltillo, Monterey, y últimamente Chihuahua, habian jurado la independencia, y lo iban á hacer tambien todos los pueblos de las demas Provincias de Oriente y Occidente. Tabasco la proclamaba á fines de Agosto. No quedaban, pues, al gobierno de México sino las plazas y fuertes de Veracruz y Acapulco, y San Cárlos de Perote. La empresa de Iguala habia conmovido hasta las tribus salvages, y era reconocida por las mismas con todo el entusiasmo que pudiera esperarse de los hombres

mas civilizados. Las del Norte de las Provincias de Oriente, representadas por su gefe en Monterey, firmaban un tratado, en el que no solo se obligaban á someterse y ser fieles á la independencia, sino que protestaban solicitar la paz de los Lipanes y Comanches, hacerles la guerra si no reconocian al nuevo gobierno, y abrazar la religion católica, para lo cual pedian misioneros que los instruyesen.

Y cuando se realizaban muchos de estos acontecimientos y se esperaban los otros; cuando la impaciencia por el mas pronto término de la campaña era inesplicable, y cuando parecia que no podia presentarse razon ninguna plausible para retardarlo, el primer gefe fijo en su pensamiento, y sin dejarse deslumbrar por tantas circunstancias felices y tan repetidos triunfos, regresa de las inmediaciones de México y se dirige á Córdoba, que es el lugar designado para tener sus conferencias con el virey O'Donojú, y celebrar el famoso tratado que tiene el nombre de aquella villa. Por estrañas que le hubiesen parecido la propuesta de O'Donojú y la política que oponia á la suya, contestó su carta del modo mas satisfactorio, elogiando sus sentimientos y alentando la esperanza de concluir el arreglo á que se le convidaba. Esta conducta parecia caprichosa, porque ¿con qué podia justificarse un convenio con el representante de España, y la intervencion que se le daba en los negocios, en momentos en que nada valia su representacion, supuesto que el pais era libre irrevocablemente, y no podia reconocer ya la investidura de la suprema autoridad conferida por el gobierno de la metrópoli? Pocos ejemplos, sin embargo, se podrán presentar de una política mas previsora y de un desprendimiento mas oportuno que el del primer gefe, al dar este paso propio del mas diestro hombre de

estado. Su entrevista con O'Donojú en Córdoba da lugar á muy sérias reflecsiones.

Si no hubiera tantas pruebas de que el primer gefe consideraba la garantía de la union como el mejor fundamento de la independencia, podria creerse que esta conducta tuvo un objeto de amor propio, haciendo perceptible á toda la nacion y á la misma España, que á su influencia nadie podia resistir y que era necesario aceptar sus condiciones. Un general que conocia bien el mundo, de tan elevado rango , envejecido en los negocios, consumado político y depositario de la confianza de su gobierno, parecia imposible que conviniese en ratificar el plan de Iguala, y en todas aquellas medidas severas que dictó para obligar á Novella á deponer su actitud hostil y obedecer sus órdenes. Se ha creido generalmente que aquel virey, persuadido de que no se podia restablecer la dominacion española, y halagado con lo que se habia estipulado en el tratado sobre el llamamiento del mismo Fernando VII ó de alguno de los príncipes de su dinastía, quiso sacar el partido posible en favor de su gobierno y de sus compatriotas, y que en todo esto obró con la cordura y prudencia que aconseja el conocimiento práctico de males que no tienen remedio. Pero los que así juzgan, olvidan el carácter español y las dificultades de una resolucion tan aventurada, cualesquiera que fuesen las razones con que se intentase justificar en la península. Lo que hay de cierto es, que el primer gefe tenia una influencia tan poderosa y sabia ganar la voluntad de los hombres con tal seguridad, que O'Donojú fué seducido y varió el plan que se habia propuesto, no pudiendo resistir ni á su ascendiente ni al mérito estraordinario de la revolucion.

¿Pero hasta donde se estendieron las miras que quiso realizar

con el tratado de Córdoba? No tiene duda que se lograba una gran ventaja con precaver un ataque desastroso en la capital, y con autorizar nuevamente con aquel pacto solemne el que se habia proclamado. Decidido en efecto por su plan, le pareció que no estaba bastantemente asegurado, y que el tratado de Córdoba si bien iba á ajustarse sin poderes suficientes, que no tenia O'Donojú, podia la España subsanar esta falta ratificándolo; y entonces la buena fé, la palabra de nacion á nacion y el respeto que merecia el que representaba la mexicana, podian alejar toda idea de quebrantar un compromiso fundado en antecedentes tan estimables. Si Iturbide se persuadió de la aceptacion del tratado por parte de España, no es fácil asegurarlo; pero todo hacia probable que esta nacion y su gobierno, cualquiera que fuese su juicio sobre la conducta de O'Donojú, se resignasen al fin á una combinacion la menos desfavorable á sus intereses políticos y comerciales.

El primer gefe, sin embargo, quiso mucho mas, y su pensamiento fué mas vasto de lo que se ha creido comunmente. Con el tratado de Córdoba, cuando tenia concluida la revolucion, y no podia abrigar mira ninguna de ganarse simpatías que eran suyas, ni de superar dificultades que estaban vencidas, procuró unir de nuevo y mas íntimamente á los españoles y mexicanos. Necesaria era esta union, ya se considerasen las relaciones de familia, ya los principios de generosidad, ya el carácter y el buen nombre de un pueblo civilizado: habia, no obstante, una ventaja mayor que todas estas, que aseguraba nuestro porvenir y alejaba el mayor mal que puede sufrir una nacion, el desprecio de sí misma. Iturbide penetró que rota la union y encendidos los odios, estos no tendrian por límite las personas, sino que se ha-

bian de estender á nuestro orígen, á nuestra educacion y costumbres, y que desconociéndonos á nosotros mismos buscariamos la felicidad, bajo cualquier sistema que se adoptase, en estrañas tradiciones. Cuanto hizo y todos los documentos publicados entonces, nos aseguran que siempre lo preocupó este temor, y que ya preveia el abismo en que podrian sepultarse las mejores esperanzas del pais y los hechos gloriosos que habia conquistado.

El tratado de Córdoba previno entre otras cosas el establecimiento de la junta provisional gubernativa, para que resolviese y dictaminase tambien sobre los graves negocios de que debia ocuparse el gobierno independiente, y para que espidiese la convocatoria del congreso que iba á reunirse con la brevedad posible. La junta debia nombrar la regencia y sujetarse al tratado en los artículos que fijan sus atribuciones; y O'Donojú quedaba obligado á interponer su autoridad para que la ocupacion de México se lograse por una negociacion pacífica. Firmado el 24 de Agosto lo remitió inmediatamente O'Donojú á Novella, y comenzaron las contestaciones célebres entre ambos generales, en las cuales se manifestó la estraordinaria solicitud del primero para que el gobierno cumpliese el tratado en la parte que le tocaba. Novella sin desconocer que su nombramiento de gefe superior político y capitan general del reino era legítimo, tenia gravísimas dificultades para aceptar aquel convenio que daba por resuelta la cuestion de independencia; y apelando unas veces á la necesidad de consultar á las juntas compuestas de las principales autoridades, y otras á la conveniencia de que O'Donojú obrase bajo su propia responsabilidad, se resistia á comprometer la suya y á entregar la capital á las fuerzas que la sitiaban. O'Donojú intimaba con severidad sus órdenes á No-

vella, y es necesario reconocer que no siempre estuvo de su parte la justicia; porque cualquiera que hubiese sido el atentado que habia elevado á este último al gobierno, ni habia necesidad de dar á las contestaciones un carácter odioso, ni se le podia culpar de no aceptar un acto que solo era de la responsabilidad de O'Donojú. Pero como la situacion del gobierno era tan comprometida, como las mismas autoridades españolas se convencian de que no era ya prudente dejar de obedecer al nuevo virey, ni de apresurar un término pacífico, Novella cedió al fin, y convino luego que el primer gefe regresó de Córdoba, en un armisticio que se firmó el 7 de Septiembre y alejó todo temor de un rompimiento. En la correspondencia de O'Donojú puede notarse el celo con que habia adoptado las ideas del plan de Iguala, y hasta un grado tal, que sin advertirlo, desconocia las proclamas que habia dirigido al reino desde Veracruz y seguia una política enteramente contraria.

El sitio de la capital se sostenia por cerca de veinte mil hombres. Estrechado desde fines de Agosto, á mediados de Septiembre el gobierno apenas podia contar con una area cuyo radio no ecsedia de una legua. La fuerza de que podia disponer, consistia principalmente en los regimientos de la Reina, Infante D. Cárlos, Castilla, Murcia, Fernando VII, Ordenes Militares, segundo batallon de Zaragoza y el ligero de Barcelona. Las divisiones de Bustamante, Bravo, Guerrero, Herrera, Quintanar, Filisola, Barragan, Parres y otras menos importantes, se estendian por todas las líneas de Tacuba, Tacubaya, Peñon y Guadalupe que estaba defendida por las fuerzas que se habian situado en los cerros inmediatos. Todos los hombres notables de las Provincias y muchos otros venian á presenciar la entra-

da del ejército en la capital. Se habian reunido tambien los gefes de mas importancia de la anterior insurreccion: Victoria no habia tomado parte en la campaña, y solo habia querido ejercer una influencia política, ocupándose de lo que deberia hacerse concluida aquella.

Firmado el armisticio y libres ya las comunicaciones, los habitantes de la capital pasaban á aquellos lugares y facilitaban á los oficiales y soldados cuantas comodidades eran posibles. Sin embargo de este trato libre y de la posicion desventajosa de las tropas españolas, nadie se atrevió á insultar su desgracia ni á contrariar el sentimiento generoso que reinaba en el campo independiente. O'Donojú llegaba á él, y el 13 de Septiembre tuvo una conferencia con Novella y ambos despues con el primer gefe en la hacienda de la Patera, para arreglar la próroga del armisticio y la evacuacion de la capital. La diputacion provincial y el ayuntamiento acompañaron á Novella y cumplimentaron á O'Donojú y al primer gefe.

Nada habria importado en esta campaña la union que se proclamaba, si no se hubiese favorecido por el primer gefe, al concluirse, con la constancia, la decision y los testimonios mas señalados de una política franca y desinteresada. No solo era necesario poner en la mejor armonía á mexicanos y españoles, sino las diversas opiniones, los partidos y la antigüedad y categoría militar, con la multitud de gefes que tanto se habian distinguido combatiendo por la independencia. Muchos de los mas notables que habian servido al gobierno eran recibidos en el ejército, como si se hubiesen incorporado en él desde Iguala; y el mérito personal ocupaba el mismo lugar que el patriotismo y los servicios eminentes prestados á la revolucion.

En la órden del dia 10 de Septiembre se anunció el nuevo arreglo que se habia hecho del estado mayor y del ejército, dividido ya en los de vanguardia, centro, retaguardia y reserva. Fué nombrado gefe del estado mayor el brigadier D. Melchor Alvarez, su segundo el coronel D. Joaquin Parres: del de vanguardia el coronel marqués de Vivanco, su segundo el coronel D. Vicente Guerrero: del centro el brigadier D. Estanislao Luaces, su segundo el coronel D. Anastasio Bustamante: del de retaguardia el coronel D. Luis Quintanar, su segundo el coronel D. Miguel Barragan: del de reserva el brigadier D. Pedro Celestino Negrete, su segundo el coronel D. José Antonio Andrade. Estos nombramientos sin embargo de lo que se ha dicho antes, escitaron en lo pronto una fuerte sensacion, porque no parecia posible que se llevase el desprendimiento hasta el punto de que gefes como Bustamante y Guerrero, se pusiesen bajo las órdenes de otros que, aunque muy acreditados y distinguidos, no habian abrazado el plan de las Tres garantías sino hasta los últimos meses. Pero cuando se reflecsionaba en la política del primer gefe, en el espíritu que reinaba en el ejército y en la nacion, y en el peculiar carácter de esta guerra generosa y noble, no podia dejar de aplaudirse y admirarse el acierto con que se hacia brillar la union tantas veces jurada; union que presentaba al pais con todo el poder y crédito que tuvo entonces, y con los cuales nada tenia que temer en adelante.

Sí, la nacion en Septiembre de 1821 podia considerarse como asegurada de su propia felicidad, mas que por la fortuna de aquella campaña, por los principios y virtudes que no queria desmentir consumada la independencia. Elevado su carácter, las odiosas pasiones de la anarquía no tenian poder para estra-

viar el patriotismo de que estaban poseidos el pueblo, el ejército, todos los ciudadanos. La ambicion se habia reprimido, la envidia nada habia podido lograr para deshonrar la política del primer gefe, y la union se identificaba de un modo tal con la suerte del pais, que no parecia posible que dejara de invocarse despues con el mismo entusiasmo con que era aclamada en aquellos dias felices. El talento y las disposiciones morales de los mexicanos respondian de los progresos de todas clases. La obediencia tenia por fundamento una confianza sin límites; y las cualidades eminentes del que mandaba el ejército, el valor y la generosidad, el desinteres y el deseo de la gloria nacional, hacian envidiable una situacion que no temia el desprecio de los paises estrangeros.

El primer gefe se empeñó, correspondiendo á la deferencia de O'Donojú, en revestir á este personage de una dignidad que suavizara de algun modo el golpe que recibia la nacion española, al terminarse la guerra con la ocupacion de la capital. Cualquier elogio es corto cuando se trata de ennoblecer estas acciones de Iturbide, dignas de compararse con las de los caudillos mas célebres que nos refiere la historia. Desde Córdoba inspiró á O'Donojú lo que convenia á su puesto para que él no se presentase como humillado por las circunstancias. O'Donojú, cosa bien estraña al parecer, pero muy oportuna realmente, debia mandar como gefe político y capitan general del reino, ser reconocido con tal carácter por las fuerzas españolas, las autoridades mexicanas y tambien por el ejército de las Tres garantías, y disponer despues la evacuacion de la capital en los términos mas convenientes. Esto se acordó en la Patera; y en la acta de la junta celebrada el dia 14 de Septiembre en el pala-

cio del gobierno, consta este solemne reconocimiento hecho por Novella, el ayuntamiento y la diputacion provincial. Cesó inmediatamente aquel en el mando, y O'Donojú confirió el militar al mariscal de campo Liñan, y el gobierno político al antiguo intendente D. Ramon Gutierrez del Mazo. Aunque no se habia dado una garantía oficial, de que se tendrian con las tropas españolas y sus gefes todas las consideraciones que solicitaban, el primer gefe y O'Donojú ofrecieron que se las guardarian, y que se olvidaria tambien el atentado cometido al deponer al virey Apodaca. La diputacion y el ayuntamiento dejaron consignadas en su acta la moderacion y prudencia con que se habia conducido Novella, y aun procuraron disculpar que hubiese tomado el mando, suponiendo que semejante paso habia sido una necesidad reclamada por las circunstancias. Allanadas estas dificultades se estableció el cuartel general en Tacubaya, y el primer gefe y O'Donojú pasaron de San Joaquin, que lo era al principio, á ocupar en aquella villa el palacio de los arzobispos de México, donde por convite del que lo era entonces fueron alojados magníficamente.

El fuerte de Chapultepec, sobre el cual habian suscitado contestaciones desagradables los gefes españoles de aquella guarnicion, se entregó á Herrera que lo ocupó con la Columna de granaderos. Filisola con su division se encargaba de mantener el órden en la capital al evacuarse por las tropas españolas. Por ese tiempo se sabia que Yucatan y Chiapas se unian á México, y que Guatemala haria lo mismo dentro de breves dias.

La revolucion estaba concluida, y la escitacion de los ánimos como sucede siempre que se ha conseguido algun bien, no tenia ya otro objeto que el de satisfacerse con el cambio inmediato que

iba á sufrir todo, con la ocupacion de la capital y el establecimiento del primer gobierno independiente. Pero si era preciso que la opinion se fijase ya en otras cosas que no fuesen la independencia, no dejó por esto de concentrarse, y con mas fuerza que nunca, en la persona del primer gefe á quien deseaba dar el mas solemne testimonio de la gratitud con que se premiaban sus servicios, y del deseo de acompañarlo de todo el esplendor que merecia su campaña. El entusiasmo de los pueblos, unas veces pueril, otras comun, y algunas brutal y desenfrenado, suele presentarse de tarde en tarde con ciertos caracteres de grandeza y de magnanimidad, que corresponde perfectamente á los sentimientos que lo han producido. Este precisamente era el de México en aquellos dias, y á lo menos bajo este aspecto, no será escedido por lisongera que fuese la suerte de la nacion en adelante.

Esta discurria con la vehemencia que escitaban los sucesos mismos, y apreciaba tambien en su justo valor la campaña que se habia terminado. Recordaba las desgracias pasadas, el poder del gobierno vireinal, las dificultades que se oponian á un cambio, la posicion comprometida y desventajosa de Iturbide, la multitud de elementos tan favorables á la independencia como contrarios á la unidad de accion y á la regularidad de una guerra ordenada, la destreza para aprovecharlos todos y desvirtuar los esfuerzos del gobierno, dividiendo noblemente á los españoles mismos, la felicidad en fin con que se habia hecho y los pocos meses de su duracion. Naturalmente se preguntaba como habia podido el primer gefe ejecutar semejante empresa sin que se hubiese frustrado ninguna de sus combinaciones; y no pudiendo dudar de lo que veia con sus ojos y tocaba con sus manos,

deducia naturalmente que dirigida y gobernada por tan ilustre caudillo, seria dichosa y respetada de todos los pueblos. No contando con la instabilidad de las cosas humanas, entreveia un porvenir sin nublados ni contradicciones, y un progreso tan notable como el de las armas nacionales en aquellos siete meses. Ni la carrera peligrosa en que iba á entrar México, ni su inesperiencia para gobernarse, ni las graves cuestiones que se iban á suscitar, ni los enemigos mismos que desgarrarian su seno, ni nada de lo que se ha realizado despues, podian turbar la alegría comun; y en efecto, aquellos temores ni parecian fundados, ni propios de una situacion que nos mostraba á la Providencia empeñada en bendecir y favorecer nuestra nacionalidad.

Grandioso y estraordinario era el espectáculo que presentaba la villa de Tacubaya, y sublimes y tiernos los sentimientos que inspiraba en todos los corazones. El primer gefe en medio de su ejército, aclamado por los pueblos, y acompañado de O'Donojú, que parecia poner el sello de legitimidad á la revolucion, y manifestar al mismo tiempo la superioridad del hombre cuyos pensamientos habia adoptado. Felicitado por la Iglesia, los cuerpos y autoridades, multitud de ciudadanos iban á contemplar al que pintaba la fama como el génio tutelar del pais, elegido por el cielo para gobernarlo. La misma España, representada por su virey, rendia homenaje á esta gloria, abdicando sus derechos y dominacion ante el poder nacional, revestido de tan nobles títulos y unido tan sinceramente con la madre patria. Al dejar de ecsistir la Nueva-España y consumarse el acontecimiento mas memorable de nuestra historia, nada se sentia que no fuese natural, reclamado por las circunstancias y conforme con la razon y los destinos del pais. Los mismos enemigos

de la revolucion confesaban que todo era grande, que nada podia oponerse ni á los designios ni á la conducta del primer gefe, y que no podia recibir tampoco otro premio que la independencia.

El corto tiempo que permaneció en Tacubaya, lo ocupó en aquellos arreglos que eran indispensables para la evacuacion de la capital por las tropas españolas, y en corresponder á las demostraciones de respeto y amor que se le hacian incesantemente. Allí nombró los miembros de la junta provisional gubernativa, y confirió las comisiones que ecsigia el cambio que iban á sufrir el gobierno y algunos de los ramos de la administracion. Ni la lisonja, ni los pretendientes y cortesanos que le rodeaban, podian empañar entonces el brillo del que estaba colocado en atmósfera tan elevada. El primer gefe apenas tenia el descanso necesario, y concentradas en su alma la voluntad del pueblo y la direccion de los negocios, pudo desde luego penetrarse de la inmensa responsabilidad que iba á contraer ante Dios y sus conciudadanos. Pero como todo lo mas importante se reservaba para cuando se hubiese instalado la junta y establecido el gobierno, se preparaba su entrada y la de todo el ejército en la ciudad que los esperaba con impaciencia. Esta ostentacion de la fortuna y de la victoria nada añade á la realidad de las cosas, y sin embargo caracteriza bien á los pueblos y sus revoluciones.

Por trescientos años habia visto México renovar sus vireyes, que venian apoyados en el ascendiente de la novedad, en el respeto que infundia su representacion, y en toda la fuerza que daban un sistema de gobierno bien meditado, y los hábitos de obediencia arraigados tan profundamente. El teatro iba á va-

riarse con grave peligro, pero con fundada esperanza tambien de dias tranquilos y de felicidad. Un hombre estraordinario se ponia al frente de la nacion mexicana, y presentaba títulos que respondian de su génio, de su prudencia, de su valor y de los sentimientos leales de su corazon: con un ejército que habia correspondido á todas estas virtudes, y que proclamaba la libertad con el órden y la independencia sin escesos ni persecuciones; y con una campaña concluida con tanta perfeccion, que era la mejor garantía del crédito y engrandecimiento de la patria.

El 27 de Septiembre, cumpleaños del primer gefe, fué el señalado para la entrada, y se dispuso que tuviese toda la magnificencia y solemnidad correspondientes. Desde las primeras horas de la mañana, la poblacion se habia reunido en las calles por donde debia pasar el ejército, y las casas se hallaban tambien ocupadas con toda la gente que podian recibir, habiendo salido un considerable número de habitantes hasta el Paseo Nuevo y calzada de Chapultepec. Se habia ordenado que entrasen todos los cuerpos, sin esceptuarse ni aquellos cuyo vestuario era menos decente, ni ninguno tampoco de los que no pertenencian á las tropas de línea. Luego que se anunció que llegaba el primer gefe á las puertas de la ciudad, el alcalde de primer voto que presidia el ayuntamiento, se presentó á entregarle las llaves frente al convento de San Francisco, conforme á la costumbre antigua y al ceremonial que se observaba con los vireyes, y que en el caso presente tenia otro orígen y otra significacion. El primer gefe venia á la cabeza del ejército, montado á caballo y con el vestido modesto que habia usado desde Iguala. Objeto de una aclamacion no interrumpida, des-

cubria en su semblante los sentimientos de su corazon y la gratitud con que procuraba corresponder á tan señaladas demostraciones. ¡Viva el primer gefe! ¡vivan las Tres garantías! ¡viva el ejército! fueron los gritos que resonaron durante algunas horas de un frenesí que no tenia límites, y de un regocijo tan sincero como general. Nadie se conformaba con ver una vez sola al caudillo de la independencia: los hombres de todas condiciones se reunian en su derredor, y si podian oir alguna de sus palabras, se consideraban felices. "Allá viene, aquel es," repetian infinitas voces; y cuando agolpada la multitud alguno tenia la desgracia de no conocerle, corria á otro lugar mas á propósito y satisfacia sus deseos. Hasta los niños sin el uso de la razon hacian brillar este dia de la patria, señalando como todos al que saludaban tantas aclamaciones. El primer gefe llegó al palacio; de allí pasó á la catedral y dió, juntamente con el pueblo, autoridades y gefes del ejército, las gracias al Todopoderoso con la efusion y reconocimiento que escitaba su proteccion bondadosa. Y así acabó esta guerra digna de nuestra memoria, y capaz todavía de alentar á la República, restituirle su nombre y salvar su independencia.

IX.

El lector me permitirá que interrumpa por ahora el órden de mis reflecsiones, ya que no es posible pasar tan violentamente de un asunto como el que acaba de tratarse, á otro que no presenta sino las ruinas de la guerra civil. Algo diré, pues, para concluir este libro, sobre un punto que aunque parezca inconducente, es muy digno de consideracion y ha merecido ecsaminarse con la mayor imparcialidad. ¿La independencia se debió retardar por algunos años para que se hubiese hecho despues con mas provecho del pais? ¿Debemos arrepentirnos de este bien, que es el principio de la felicidad de todos los pueblos, y condenar los esfuerzos de los hombres que arrostraron toda clase de peligros para alcanzarlo? ¿Nuestras desgracias han sido la consecuencia forzosa de nuestra revolucion, ó voluntarias y accidentales y de nuestra propia responsabilidad?

Aunque nadie se atreve á desconocer públicamente las ventajas de la independencia, tanto infortunio y tan repetidos desengaños obligan á muchos á pensar, que reservada para mejor oportunidad, los gobiernos con mas esperiencia y con medios mas eficaces de órden y reposo interior, habrian podido subordinar todos los intereses y todos los partidos al influjo benéfico

de una prudente constitucion. Con ideas mas sanas del sistema representativo, con deseos menos vehementes de una libertad ecsagerada, con mas instruccion en la historia del mundo, y ensayando como súbditos y dirigidos por el poder que estábamos acostumbrados á respetar lo que queriamos emprender como soberanos, pudimos obtener del tiempo una independencia y una administracion, que hubiesen correspondido á aquellos antecedentes y á las mismas esperanzas que debian lisongearnos. La transicion habria sido lenta y gradual, menores los peligros y mas racional y circunspecta nuestra conducta: nos habriamos librado del engaño y de la presuncion, y nunca hubiéramos debido arrepentirnos, porque cuarenta ó cincuenta años nada importan en la vida de las naciones.

Para esforzar estos argumentos que se hacen generalmente, insertaré lo que decia O'Donojú á los mexicanos luego que llegó á Veracruz, por sensible que sea presentar esta parte de su manifiesto, que parece confirmada por los sucesos posteriores y por las desgracias que incesantemente amenazan á la República. Hé aquí sus palabras:

"Permitidme, americanos, que escriba con anticipacion la historia de vuestro malhadado pais, en el caso que no temo si sois dóciles á la razon y á la verdad, de que desoigais los consejos de la sabiduria y de la prudencia."

"Nueva-España, los tiempos que precedieron á Cortés y los que le han sucedido hasta ahora, harto conocidos son; Nueva-España empezaba, en fin, á respirar el aire puro de la justa libertad: un nuevo sistema de gobierno acababa de derrocar el despotismo, de estinguir para siempre la arbitrariedad que por casi cuatro siglos la habia abrumado: una constitucion medita-

da, fruto de la esperiencia, produccion de un saber casi celestial, y que admiró á la política misma, permitia recompensar con lucro incalculable sus pasados males, su abatimiento, sus desgracias: ella, ¡tierra infortunada! fué seducida, y se pervirtió, y se obcecó, y se arrojó al precipicio, y en él yace sin recurso y sin esperanzas: sin esperanzas, porque los pueblos no se constituyen bien sino una vez en muchos siglos. Quiso ser independiente cuando de nadie dependia; quiso dejar de ser parte de una nacion grande quedando aislada, cuando carecia de recursos para ecsistir sola, y cuando de conservarse unida á ella pudieron ambas componer la sociedad mayor, mas rica, mas poderosa del globo; mas respetada y mas temida de los pueblos; quiso tener por sí representacion soberana, y rompió intempestivamente los vínculos mas sagrados de la política, de la sociedad, de la conveniencia y aun los de la naturaleza: rompió intempestivamente, pues esta misma representacion la habrian tenido á ninguna costa pocos meses despues, y no la tuvieron consolidada jamas, porque mal aconsejados atropellaron tan arriesgada operacion; algun tiempo, muy poco tiempo de esperar, habria bastado para que sus deseos quedasen satisfechos sin obstáculos y sin ruinas: ya sus representantes trazaban en union con sus hermanos europeos, el plan que debia elevarla al alto grado de dignidad de que era susceptible."

"Ideas equivocadas, resentimientos anteriores, error de cálculo, esterilizaron y despoblaron vastas regiones dignas de mejor ventura, y es hoy Nueva-España la colonia de un estrangero, ó la presa de un tirano ambicioso. Así se escribirá dentro de algunos años. ¿Y podréis ver con indiferencia que sea este el término de tantos sacrificios?»

Por racionales que hubiesen parecido entonces, y ahora mas aquellos temores de O'Donojú, es claro que han podido tenerse respecto de todos los pueblos que se han hecho independientes, porque ¿cuál de ellos ha podido asegurar que no encontraria tropiezos para gobernarse bien, y que con su cordura y justicia acreditaria los títulos de su libertad? La colonia mas ilustrada y mas abundante en recursos y ciudadanos de patriotismo é inteligencia, da un paso tan avanzado cuando varia sus instituciones y comienza á figurar como pueblo soberano, que no debe alucinarse con la idea de un pronto engrandecimiento. Su mismo vigor, sus mismos progresos, su mismo carácter y costumbres, son otros tantos gérmenes de corrupcion que pueden arruinarla, si no sabe combinar todos estos elementos con sobriedad y sabiduría; y si le faltan esos hombres raros de corazon puro y recto que no buscan otra recompensa que el bien público, ni otro apoyo que la integridad, están espuestos á sufrir todas las calamidades de una discordia mas ó menos prolongada. Sin un Washington los Estados-Unidos, en opinion de sus mas célebres escritores, habrian tardado mucho en constituirse convenientemente; y el mismo sistema colonial que favorecia las tendencias de escision, era el mas fuerte obstáculo á la unidad de un gobierno comun, poderoso y respetado. Aquel grande hombre tuvo la dicha de fijar este centro en los momentos de mayor anarquía, y este servicio aunque admirado y favorecido por sus contemporáneos, es esclusivamente suyo. "De muchos uno" es el elogio que mas caracteriza la organizacion política de los Estados-Unidos, y la buena direccion que dió á los trabajos del congreso federal aquel sabio legislador.

Desde 1776 pudo preverse que las colonias españolas se se-

pararian de su metrópoli, y desde que comenzó la revolucion francesa, asegurarse que dentro de pocos años todas irian adoptando los principios que se generalizaban, y que destruian por sus cimientos el régimen absoluto. Mientras fué posible impedir la comunicacion de las posesiones españolas con los demas pueblos libres, pudo dar treguas el mal, y mantenerse el respeto y la ciega obediencia que profesaban las colonias á sus soberanos. Pero luego que la imprenta, la política y el comercio dieron diversa direccion á las relaciones, ya fué inevitable hacerles saber lo que ocurria en los demas paises, y comenzar á conciliar las modificaciones del sistema ecsistente con su subordinacion y fidelidad. La España misma obligada á adoptar cambios que eran tan funestos á sus conquistas, tuvo que recurrir á otros medios de represion y sostener ya con las armas lo que desconocia con sus principios. Una nacion vecina, poderosa y feliz que nos daba el ejemplo, una política adoptada generalmente contra la opresion, fundada en la voluntad del pueblo, y una metrópoli que nos comunicaba todas las novedades que introducia en su gobierno y administracion para librar á los españoles del poder absoluto de sus reyes, son las causas generales de la independencia de los Estados de la América del Sur.

En efecto, nada sólido puede decirse contra la necesidad de la independencia en 1821, si se han de ecsaminar los antecedentes y no los resultados. En cuanto á aquellos, la opinion mas sensata no los considera sino por la influencia de los defectos de educacion y carácter, que eran opuestos por una parte á la paz interior, y por otra á la economía y órden de la administracion pública. La ilustracion y los conocimientos, por escasos que fuesen, se aumentaban notablemente, y la esperiencia ha acre-

ditado que la guerra civil con todos sus escesos, no ha provenido de la ignorancia, aun suponiendo que esta haya dado muchas veces mala direccion á los negocios, sino de las pasiones políticas y de la ambicion de mando y de comodidades á espensas del tesoro público. Pocas, muy pocas veces atribuimos á la falta de instruccion los males que lamentamos, y ni los escritos oficiales, ni las discusiones de nuestros congresos, ni las obras que se publican sobre ramos de la administracion, en que hay como en todas partes producciones sin mérito alguno, nos deben avergonzar ni nos colocan desventajosamente comparándonos con otros pueblos, en los primeros años de su libertad, que se rigen por el sistema representativo. Y para no ir mas lejos, yo diré con franqueza que no encuentro diferencia notable, en esta parte, entre nuestros gobiernos y congresos y los de los Estados-Unidos. La hay, y muy grande respecto de las pasiones políticas, subordinadas allí al principio legal, y entre nosotros á la fuerza física con que cuenta la administracion, ó á la superior que muchas veces tienen los partidos que la combaten. Y solo así puede esplicarse la subsistencia de la paz en la Union americana, porque por lo demas no se encuentra en su historia, por mucho que se revuelva, nada que deje bien puesto el nombre de los habitantes del Norte en todo lo relativo á cultura del espíritu, ciencias é ilustracion, antes de su independencia. Su carácter, mas bien que otra cosa, puede esplicar su larga prosperidad; y los defectos del nuestro, favorecidos por el cambio violento que han sufrido las ideas y las constituciones de los pueblos, los incesantes trastornos que nos han desacreditado. Pues bien, esos defectos no los habriamos corregido, retardándose la independencia, si es cierto que los hemos heredado de los españoles.

Estos, de 1821 en adelante, nada hicieron que pudiera fundar la opinion de que habrian gobernado á la Nueva-España con la prudencia y acierto que reclamaban su importancia política y comercial, y las circunstancias dificiles en que se encontraban todas sus posesiones. Restablecido otra vez el gobierno absoluto de Fernando VII, que nada preveia y nada hacia ni por la España ni por sus colonias, ¿cómo podia mantenerse tranquilo México, ni estar satisfecho de la conducta que se hubiese observado con él? Era imposible conservarlo en paz, á no ser que se suponga contra toda regla de buen criterio, que ignorando el porvenir y temiéndolo, se habria conformado con su suerte desgraciada. Nunca proceden así ni los pueblos ni los individuos. Y destrozada la España, despues de la muerte de Fernando VII, por la guerra de sucesion y por las ecsageraciones mas absurdas de los partidos durante algunos años, ¿podia México librarse de una insurreccion, ecsacerbada en la Península la guerra civil? Y si los primeros decretos de las Córtes produjeron en toda la América Española una sensacion tan profunda que las decidió á un levantamiento general, ¿qué habria sucedido despues, cuando se persiguió con furor á la Iglesia, se ensangrentaron las facciones y se cometieron los escesos de crueldad y barbarie, que reproducian en España, aunque en menor escala, las escenas de la revolucion francesa? El pueblo español merece el respeto de todos los demas, y México debe apreciarlo especialmente, porque de él derivan tambien sus virtudes y buenas cualidades, y cuanto forma su sér político y sus esperanzas. Pero es necesario convenir en que los dias de turbacion y desgracia de la Península, los malos ejemplos que dió á sus colonias en los últimos años, y la discordia civil que les

trasmitia, hicieron necesaria y justificaron plenamente su independencia.

El gobierno de Madrid, sin tropas que enviar al reino, porque se resistian á continuar una guerra que de suyo era odiosa y opuesta á las ideas que se estendian en la península, desacreditada su administracion desde los primeros años del siglo presente, sin contar con apoyo ninguno estrangero, y teniendo por el contrario su política enemigos tan poderosos como la Inglaterra que deseaba la libertad de comercio, y los Estados-Unidos la de instituciones en todo el continente americano, ¿qué podia hacer para mantener sujetas tan vastas posesiones luego que se subvirtió el principio de obediencia y se encendió la opinion contra las autoridades establecidas? Era un cálculo muy errado creer que la poblacion influente del pais se interesase en el estado colonial, y que se pudieran reprimir las revoluciones como se habia hecho el año de 1810. Y que no se suponga nunca que era posible gobernar y someter, como á Cuba y Puerto Rico, el dilatadísimo reino de Nueva-España. El desarrollo de los elementos de independencia es por su naturaleza sucesivo, y constante é infalible; y cuando alguna causa estraña ó accidental le da un nuevo impulso, nadie puede contenerlo sino con un poder fisico superior á toda una nacion, ó con una fuerza moral que no haya perdido ninguna de sus influencias. La España no se encontraba ni en uno ni en otro caso, y no debió dudar un momento que lo que mas convenia á sus intereses y á su gloria, era aceptar la independencia por un acto generoso, y sacar de ella las ventajas de comercio á que evidentemente no se habrian opuesto las otras naciones. Así lo hacia esperar la declaracion de Canning en nombre de la Gran-Bretaña al prín-

cipe de Polignac, embajador de Francia en Lóndres, en la conferencia del 9 de Octubre de 1823, al tratarse del reconocimiento de la independencia de los Estados de la América Española. «El gobierno británico, decia, lejos de aspirar á ventajas esclusivas de comercio en favor de sus súbditos y con perjuicio de otras naciones, se halla preparado á aceptar, y quedaria satisfecho de que la madre patria obtuviese, por un arreglo amigable, aquella preferencia; en cuyo caso la Gran-Bretaña no desearia otra cosa que la igualdad con las demas, bajo el pié de la mas favorecida."

Cuando no fuese fundado todo lo espuesto, y cuando pudieran oponerse algunos argumentos para probar que era posible todavía la dominacion española en México, todos se desvanecerian con el simple hecho de la independencia casi simultánea de sus posesiones en el continente americano. Todas habian dado un mismo grito, y en todas se manifestaba la debilidad del gobierno ecsistente, cualquiera que fuese el valor de sus tropas. El Perú, Buenos-Aires, Santa Fé y Chile habian comenzado su guerra de insurreccion con la seguridad de que se terminaria felizmente, y un sacudimiento tan general no podia tener otra causa que una variacion de ideas completa y un deseo de conquistar la libertad á cualquier precio que fuese. El espíritu de los pueblos pocas veces se engaña, y cuando se lanzan á una empresa de esta magnitud, conocen tambien la debilidad del poder que los ha subyugado, y la necesidad en que se verá al fin de someterse á circunstancias que no se pueden vencer. Por belicosos que sean, nunca aventuran un cambio que no pueda realizarse, y las pocas escepciones que presenta esta regla, ó están fundadas en el ausilio de alguna nacion estraña, ó en una si-

tuacion geográfica tan desfavorable como la de la desgraciada Polonia.

Hubiera sido mas provechoso para nosotros emanciparnos de España con mejores recursos para gobernarnos bien, y es claro que vencidas las dificultades que han malogrado la independencia, ésta pudo ser mas feliz, mas oportuna y de un porvenir que nos hubiese librado de los temores en que ahora vivimos. Todas las repúblicas y todas las monarquías han podido decir otro tanto en el periodo de las guerras civiles, y si hubiéramos de resolver esta cuestion ecsaminada por la simple posibilidad de un órden de cosas mas seguro y perfecto, no habria pueblo que pudiera estar satisfecho de que hizo su independencia cuando no le faltaba nada para gobernarse á sí mismo. Mas ó menos avanzados, privados si se quiere de todo, la independencia se justifica mas por las relaciones que ecsisten entre la metrópoli y la colonia, y por los embarazos en que aquella se encuentra para gobernar y hacer feliz á ésta, que por los elementos de propia libertad que no han podido conocerse sino por los hechos y resultados; ni pueden servir de regla á los pueblos que, á diferencia de los individuos, están sujetos á cambios generales y á las influencias decisivas del tiempo y de las circunstancias políticas, que los arrastran á una situacion determinada por peligrosa que sea.

Pues si la independencia de México fué un hecho inevitable, un resultado forzoso de la variacion que habia sufrido la política del mundo; del desconcierto del gobierno de la metrópoli; de la disposicion de los ánimos escitada incesantemente por la primera insurreccion, y por la conducta de los gobiernos vireinales, todo buen mexicano debe desechar la idea de que nues-

tras desgracias reconocen por orígen la guerra de 1821. Aun suponiendo que careciésemos de la educacion y costumbres necesarias para ser felices, y que todo lo que se ha dicho por escritores superficiales empeñados en deprimir á México, tuviese los fundamentos que han alegado, diriamos todavía, y con justicia, que la independencia estaba bien hecha, y que nunca deberiamos arrepentirnos de este suceso glorioso; porque la Córte ni podia gobernarnos, ni el siglo le permitia hacerlo, ni su conducta le daba tampoco títulos para ecsigir de nosotros amor y obediencia.

Por estraño que parezca tratar una cuestion que no tiene importancia alguna práctica, como en los pueblos cierto genero de preocupaciones impiden evidentemente el desarrollo de la fuerza moral que pudiera emplearse en su prosperidad, deben combatirse aquellas y disiparse á la luz de una sana crítica, para infundir el aliento sin el cual todos los esfuerzos son débiles y tambien infructuosos. El hombre que se ha persuadido una vez de que la nacion mexicana es incapaz de constituirse y mejorar su situacion política, nada puede hacer de provecho, nada puede emprender con constancia, y ante el menor obstáculo se encuentra dominado por aquel funesto convencimiento. Las obras humanas por desgracia, son por su naturaleza tan imperfectas, que apenas se puede encontrar alguna que deje satisfechos los deseos de aquellos que las han ejecutado; y como las naciones se inclinan siempre á creer que los males que sufren son independientes de su voluntad y la consecuencia de una condicion miserable, alimentan el error de que nada les queda que hacer y de que aquellos no tienen remedio. En nuestro pais se va generalizando ese sentimiento ó mas bien ese despecho que se conforma con todo, y que da por resuelto en el peor sentido el pro-

blema no solo de nuestro bienestar sino de nuestra nacionalidad é independencia. México, se dice, carecia de elementos para sostenerla, y el carácter y costumbres del pais no le permitian figurar en el mundo como un pueblo llamado á gobernarse á sí mismo. Los que no creen que la independencia se hizo en tiempo oportuno, muchos de los que tienen la opinion contraria, y casi todos, atribuyendo á diversas causas la discordia que nos ha devorado, convienen en que esta domina de un modo tal el espíritu de la nacion, que es imposible destruirla. Y este hecho, mil veces lamentable, de que no podemos dar un paso que no sea hácia un precipicio, imprime un carácter de verdad y evidencia á esta preocupacion general, que toda reflecsion, toda esperanza vienen á estrellarse en este predominio que ejerce en nuestra conducta la guerra civil. Discurramos, sin embargo, con fria imparcialidad y limitémonos por ahora al punto que se ha indicado antes, á saber, que el desórden en que hemos vivido aunque pueda y deba esplicarse por nuestros antecedentes políticos, ha podido tambien precaverse bajo mil diversas combinaciones, y con esfuerzos de desinteres y patriotismo: que es un hecho y nada mas que un hecho, y que nunca nos librará del fallo inflecsible de nuestra posteridad.

Si por el abuso que hacemos de los bienes que nos conceden la Providencia y la naturaleza, calificáramos estos, estraviariamos nuestro juicio y nos condenariamos á no juzgar nunca con rectitud de las cosas. Peligrosa era ciertamente la carrera que emprendiamos en 1821, grandes las dificultades que teniamos delante, atrasada nuestra civilizacion, y muy probables los estravios de nuestra inesperiencia: abusos profundamente arraigados y doctrinas perniciosas que nos alucinaban y nos seducian, en

los momentos mismos en que era mas necesaria una razon despreocupada y pasiones políticas mas bien dirigidas. Verdades son estas que no pueden negarse, y si á ellas solas se redugeran las preocupaciones generales, ni deberia dárseles este nombre, ni nada habria que oponer á lo mismo que hemos asentado en este escrito. Pero ¿cuándo los pueblos en las crísis difíciles han dejado de tener estos obstáculos; y cuándo tampoco no se han vencido con ese esfuerzo superior á todas las resistencias y que produce trasformaciones que parecian imposibles? México ciertamente ha podido desmentir las siniestras predicciones de sus enemigos. ¿Quién al comenzar la segunda campaña de independencia podia haber imaginado que se terminaria tan pronto y con tan señalada felicidad? Y sin embargo, hubo un concierto tan admirable, una lealtad de sentimientos tan acrisolada, y un gefe tan acreditado que todo se facilitó mucho mas de lo que podia esperarse. Por raros que sean los periodos felices de las naciones, uno solo basta para enseñarles la verdad de que los pueblos no hacen todo lo que deben, porque no se atreven á todo lo que pueden; y la campaña de independencia seria suficiente para advertir al pais, que si habia podido ser libre sosteniendo una guerra que hizo honor á su cordura y á su carácter, pudo tambien constituirse sólidamente. ¿Qué le ha faltado, pues? El patriotismo, la union y la política profunda que pudo conciliar los intereses todos de la sociedad. ¿Y quién ha dicho que estos elementos han sido y son ahora imposibles?

Si ecsaminámos la multitud de hipótesis en que la nacion mexicana con todos sus defectos y buenas cualidades, ha podido asegurar un órden cualquiera, nos asombrariamos no solo de la responsabilidad que pesa sobre los hombres que han estado al

frente de sus destinos, sino de los muchos medios que han tenido de haber conservado la paz y dado al gobierno y á las leyes el respeto de que necesitan. El principio de la ecsistencia de un pueblo es indudablemente trabajoso, pero tambien presenta la ventaja de la docilidad de los ánimos y del favor de que gozan los primeros directores que lo gobiernan, para darle la organizacion conveniente y precaverlo de las influencias que lo pervierten y desmoralizan. La opinion que prevaleció en 1821 y que todo hombre sensato debe calificar de racional fué, que una administracion enérgica y bien intencionada seria capaz de asentar sobre bases firmes la sociedad que acabamos de tomar á nuestro cargo; y por muy atrasada que considerásemos esta, ¿á quién pudó ocurrir que era imposible la empresa, cuando en la masa de la poblacion se ha encontrado esa deferencia generosa á todo lo bueno y útil, á la paz y á la obediencia, y á las mejoras de la condicion material y moral del pais? Supóngase por un momento que Iturbide en el gobierno hubiera sido lo que en la campaña, y que la nacion por algunos años hubiese conservado tambien el espíritu de que estuvo animada en aquel glorioso periodo, y dígase con franqueza si nuestra suerte seria semejante á la que tenemos en 1851.

Pero convenir en la posibilidad y aun en los medios de habernos organizado como deseamos hoy, no es desconocer los peligros que nos rodeaban, ni las relaciones que tiene lo presente con lo pasado. Pudimos ser felices con el esfuerzo que nos correspondia hacer, y pudimos preparar tambien mil desgracias con una conducta poco circunspecta que no sabe aprovechar las ventajas que presentan la sencillez y docilidad de un pueblo, que jamas ha embarazado ni á sus autoridades ni á sus gobiernos. Y por esta razon no

se puede prescindir de las causas primitivas de nuestros males, ni de la obligacion de precaver su influencia y de reprimir las propensiones á los abusos y desórdenes, que lejos de haber sido generales, solo se encuentran en esa porcion pequeña de ciudadanos que han querido subordinar á sus intereses privados los adelantamientos y buen nombre de su patria. Cierto es sin embargo, y esto sí puede escusarnos, que en la época de la independencia dominaban en el mundo las ideas de transicion y de novedad que pudieron seducir hasta la buena fé de muchos de los hombres que dirigian los negocios, intimidar á otros, y desvirtuar al primer gefe cuyos planes, aun suponiéndolos prudentes y bien meditados, habrian encontrado toda la resistencia que oponia á los gobiernos el descrédito de todo poder fuerte y enérgico que parecia confundirse con el despotismo y la tiranía. Y al que observe atentamente el carácter de ciertos periodos del mundo, no le parecerá estraña la opinion de que México habria tenido menos dificultades de constituirse bien en 1776, y que los Estados-Unidos quizá no se habrian salvado de la anarquía en 1821.

Es triste ciertamente discurrir en sentido contrario á resultados que todo lo justifican, y á desgracias que por ser tan constantes y voluntarias no merecen indulgencia de ninguna clase. El hombre, sin embargo, que ecsamina el conjunto de los sucesos y que ve desmentidos los cálculos mas bien fundados, tiene necesidad de desconfiar mucho mas de esas coincidencias que son la única regla que sirve á los políticos para calificar á las naciones y á los gobiernos, y de prescindir de circunstancias que nada suponen ni en favor ni en contra de ellos, porque muchas veces son tan accidentales como la mayor ó menor inclemencia de

las estaciones. Siempre se cree imposible aquello que no ha podido realizarse en algun número de años, y se condena á una generacion al oprobio y envilecimiento, sin tomar en cuenta el predominio maligno del siglo en que vive, y los desengaños que ha tenido y que pueden librarla de él en adelante. Debe ecsistir, pues, una opinion que sin declinar á ningun estremo fije nuestra escusa y nuestra responsabilidad, condene lo pasado y anime lo presente, y satisfaga á un tiempo á los que nos desprecian y á los que desean y esperan nuestro bienestar. Sin todos los elementos en 1821 para gobernarnos bien, pudimos crearlos y confirmar con un buen gobierno la justicia de aquel alzamiento: nuestra organizacion política era muy dificil, y con todo no presentaba los embarazos que en otros pueblos, porque el nuestro era dócil y se prestaba al impulso que hubiera querido dársele; la independencia, en fin, no se pudo ni se debió retardar cualesquiera que sean los hechos que la desacrediten hoy; y el carácter de aquella revolucion, la conducta de la metrópoli, y el poder que tuvo y ha tenido México para ser feliz, bastarian á probar que nunca debe arrepentirse sino de la discordia con que ha manchado el nombre que le dió la mas honrosa de las insurrecciones. Mucho pudiera decirse sobre esta materia, pero anticiparia lo que debe reservarse para el ecsámen de la situacion actual de la República y de las causas y carácter de su guerra civil, de todo lo cual me encargaré en otro lugar.

X.

Las pasiones políticas son incomprensibles, y no se estinguen sino con los pechos en que se encendieron. Todas las esperanzas y aún los juicios mas seguros y esactos se desmienten por ellas mismas, y no dejan á nuestra razon sino la inconstancia y las contradicciones á que siempre la han entregado. Los hombres abrazan á un tiempo opiniones que se repelen, y no tienen rubor de presentar su conducta bajo el aspecto de un falso patriotismo, ó de una justicia confundida con los intereses de los partidos. La empresa consumada el 27 de Septiembre, no podia tener enemigos, y el caudillo que en ella habia figurado, era el ídolo del entusiasmo nacional; pero estaba concluida, y comenzaba otra igualmente árdua, que como aquella, ecsigia una cooperacion comun, la misma nobleza de sentimientos y sobre todo el sacrificio del amor propio. El cambio que habia sufrido el pais durante la campaña de independencia no podia estimarse bastantemente: el que tenian los partidos respecto de Iturbide luego que ocupó el palacio de los vireyes era asombroso; y apenas podia creerse que el que habia sido saludado como libertador de su patria, se considerase al dia siguiente como el enemigo mas implacable de las libertades públicas.

La Providencia permitia para nuestra confusion, que no pudiéramos ni percibir el intervalo que separaba la campaña de independencia de la guerra interior, que iba á vengarse de nuestra felicidad hasta con la sangre del caudillo que la habia proclamado. La union era reemplazada por la discordia, la actitud magestuosa del gefe de las Tres garantías por el triste espectáculo de un gobierno sin apoyo y sin crédito, y la gloria de aquellos siete meses por todas las desgracias que se anunciaban en el mismo dia 28 al firmarse el acta de independencia. Increible alternativa, pero muy propia ciertamente del maligno carácter de la condicion humana.

Ya ha podido conocerse qué genero de dificultades embarazaban la guerra que emprendió Iturbide, y como se fueron venciendo por el acuerdo general que prevaleció para favorecer sus planes é intenciones. La razon parece que habia fundido todos los intereses, y que no podia consentir en que revivieran odios que se habian ahogado en beneficio de todas las clases de la sociedad. Los sucesos acreditaban que nos engañábamos, y que ni los consejos de la prudencia, ni la lozanía y vigor con que se presentaba la nacion al sacudir la dominacion española, podian mantener la concordia y el amor y respeto que merecia el que la habia recomendado. Y para que no pudiese repararse este infortunio, ese mismo hombre no se habia de presentar tampoco superior á las miserables intrigas de las facciones, ni á los estímulos de una ambicion que nada podia ofrecerle lisongero ó glorioso. Iturbide al empuñar las riendas del gobierno, olvidó todo lo que habia sido, y solo pensó en lo que podia ser: los partidos, que se organizaron momentáneamente, lo consideraron como enemigo ó como instrumento de sus miras particulares,

la grandiosa obra de la independencia se desconoció por muchos, y por otros se calificó como uno de aquellos acontecimientos naturales, que apenas podian dar algun brillo, atendidas las circunstancias: el pueblo, como era regular, no tuvo ya otro objeto que las novedades del gobierno que acababa de establecerse; y un movimiento uniforme digno de la libertad y de la vida de las naciones, no fué ya sino la agitacion desoladora de los bandos enardecidos. Iturbide comenzó á gobernar perdiendo la mas noble de sus armas: aquellos se habian apoderado de la política.

Hay hombres llamados á ser grandes en circunstancias estremas y que nada hacen para conservar su gloria en tiempos menos dificiles; y esto puede decirse de Iturbide luego que ocupó la capital, y que con todo el poder que le daba su nombre, ni conoció su situacion, ni tuvo presente la del pais, ni nada, en fin, de lo que convenia saber para establecer un gobierno firme bajo sábias y prudentes instituciones. El que habia comprendido tan bien el estado del reino en Febrero, lo olvidaba en Septiembre, y cosa bien estraña, el mismo que debia á la unidad de accion el resultado feliz de la guerra que acababa de terminarse, no se penetraba despues de que el pais necesitaba de un poder concentrado, de pocos y escogidos agentes, y de que no podia gobernarse entregado á la influencia de los políticos inespertos que pululaban por todas partes y que nada entendian de la ciencia del gobierno. Las circunstancias de la época no permitian ninguno absoluto y despótico, pero sí favorecian al primer gefe para consolidar el que convenia, y para hacerse dueño de todas las opiniones al tratarse de los gravísimos asuntos que iban á resolverse prócsimamente. No era necesario violentar la razon pa-

ra penetrarse de todos los peligros que nos rodeaban, y de la facilidad de evitarlos con una voluntad resuelta que hubiera sabido aprovecharse de la docilidad del carácter nacional. Y el que habia dado tan reelevantes testimonios de que estimaba en su justo valor nuestros hombres y nuestras cosas, y que protegido ademas por la fortuna, era el que señalaban todos como el único director de los negocios, no debió titubear un momento ni perder tan hermosa ocasion de realzar su gloria con aquellos servicios esclarecidos que tanto agradece la humanidad. El ánimo se conmueve á la sola reflecsion de lo que ha podido ser este pais, de lo que es, y del porvenir que tiene delante, si no hace un grande esfuerzo para dar las garantías que está reclamando su independencia.

Dos cuestiones debia ecsaminar el primer gefe, y no podian aplazarse para otro tiempo lejano, porque en ellas se representaban de una parte todos los intereses públicos, y de otra su posicion y su crédito personal. Aunque se habian proclamado como una ley del pais el plan de Iguala y tratado de Córdoba, no se le ocultaban las dificultades de su cumplimiento, ya se considerase la política del gabinete de Madrid, ya la disposicion general de los espíritus. Pues bien, era preciso que el primer gefe fijase resueltamente la conducta que iba á seguir, las bases principales de la administracion pública, y el poder de que debia estar investido para precaver á todo trance la guerra interior; y como todo esto tenia una relacion íntima con su persona, era indispensable tambien que para mantener la opinion que tanto le habia favorecido, se manifestase leal, franco y desinteresado. Conformarse con lo que las circunstancias del momento fuesen reclamando, llamar á la nacion im-

perio é invocar el nombre del que debia regirlo sin ánimo de cumplir nada, y dejarla en la penosa incertidumbre de su organizacion definitiva, era el medio mas á propósito de perder todas las simpatías, y confundirse en el descrédito que debian producir necesariamente el desórden administrativo y la anarquía inevitable de las opiniones. El impulso de que necesitaba la máquina, violento por su misma naturaleza, estraviado una vez, debia ser funestísimo, y hasta tal punto que no permitiese retroceder para entrar en el buen camino y dirigir la nueva revolucion que comenzaba así en el órden político como en el moral. El primer gefe no tuvo un plan fijo, ni declaró tampoco de una manera eficaz el papel que le correspondia en la altura en que la nacion y él mismo se habian colocado.

Instalada la Junta provisional y nombrada la Regencia, Iturbide debió preveer las tendencias naturales de los partidos que iban á combatirlo y que no se conformarian nunca con que ejerciera el gobierno. El liberal, apasionado y ciego por su sistema, estaba compuesto de pocos hombres, pero distinguidos por sus conocimientos, por su posicion social y por el crédito de que gozaban: sus directores eran personages muy notables, y nada podia decirse ni contra sus buenos antecedentes públicos, ni contra su vida privada. Su política tenia por bases el fiel cumplimiento del plan de Iguala y tratado de Córdoba, el órden legal conforme á la constitucion que se dictase, y el conjunto de doctrinas de progreso y reforma recibidas con aplauso en España. Sin ellas, en su opinion, no solo era inútil sino perniciosa la independencia. En ese partido prevalecia el influjo español, porque algunos de sus hombres mas respetables eran españoles, porque favorecia á la casa reinante, y porque sus prin-

cipios eran de todo punto conformes con el régimen establecido en la Península. El partido de los antiguos insurgentes no se conformaba con la monarquía, temia ademas como el liberal la ambicion de Iturbide, y aun sin este temor veia con repugnancia al caudillo afortunado, que se habia servido hábilmente para consumar su empresa de elementos heterogéneos, uniformando en su favor la opinion pública. A estos dos partidos debian unirse los descontentos, gefes españoles avergonzados de haber rendido las armas al ejército de las Tres garantías ó arrepentidos de haber cooperado á la independencia, y todos los sectarios de novedades y de sistemas ecsagerados que no podian convenirse con el gobierno de Iturbide. No hay necesidad de esplicar, porque es bien clara la unidad de accion de todas estas fracciones, los puntos en que estaban de acuerdo, y las diversas formas con que se presentarian luego que triunfasen del que consideraban entonces como el enemigo comun.

Iturbide, con el juicio superior que lo habia dirigido, debió penetrarse de que esta oposicion seria impotente del todo mientras él no se desviase de la senda trazada desde Iguala; pero que no podria resistirse luego que tuviera de su parte la justicia y contara con el descrédito de su persona. El partido liberal no podia amar á Iturbide, porque este era y debia ser contrario á funestas innovaciones, y porque reunia ademas títulos tan gloriosos, que no podian conciliarse con el equilibrio entre los poderes públicos bajo el sistema representativo. El de los primeros insurgentes se hallaba sujeto á las debilidades menos estrañas de nuestra condicion: se veia ofendido de los favores que la fortuna habia prodigado al gefe de las Tres garantías, cuando con ellos habia sido adversa é inecsorable. Y los espa-

ñoles, ó vencidos ó adictos, podian ecsigir de él tantas y tan grandes virtudes, que disculpasen en su patria ó su adhesion ó su desgracia, y presentaran su conducta con aquel favor que acompaña á los hombres cuando ceden á influencias ó á un mérito que no es posible vencer. Iturbide debió esperar, pues, que se cambiase respecto de su persona la disposicion de los ánimos el 28 de Septiembre; y por injusta é incomprensible que fuese esta variacion momentánea, debió prepararse tambien á una guerra tan filosófica y tan noble como la de independencia.

En tan difícil coyuntura pudo seducirse menos por el voto del pueblo que lo aclamaba con tanto entusiasmo, y que si bien el desahogo de una justa gratitud, no era fácil que fuese ni consecuente ni duradero. Pudo reflecsionar en que los momentos eran preciosos, y que la necesidad le obligaba á manifestar al pais cual habia de ser su gobierno, y tambien la conducta invariable del que habia sido el gefe de su revolucion. Los hombres quizá juzgamos bien, cuando conocidos los sucesos y las consecuencias á que han dado lugar las acciones que reprendemos, vemos todo con la claridad que no fué permitida á los que nos han precedido. Y hecha esta confesion en toda su latitud, pero advirtiendo tambien que habia derecho de ecsigir una política tan estraordinaria y feliz como la de Iguala, no parecerá estraño que manifieste lo que habria convenido al desgraciado Iturbide, digno á un tiempo de nuestra admiracion y de la censura que mereció despues de la ocupacion de la capital del reino.

Mi palabra y la de México, debió decir, están comprometidas, y no puede dejar de cumplirse lo que hemos ofrecido ante el mundo tan solemnemente. Es indispensable por esto, cualquiera que sea la persuasion de que el llamamiento de un prín-

cipe de la casa de España será infructuoso, dar este paso con sinceridad, y acreditar así que la nacion se respeta y que sostiene los principios que ha proclamado. Los pueblos nunca están autorizados para ser inconsecuentes, y el grito que ha unido los ánimos y conquistado la libertad, no puede considerarse ni como un pretesto, ni como un engaño que oculte otras miras y empañe el honor de la nacion. Desgraciados nosotros si comenzáramos nuestra carrera rasgando con nuestras propias manos el acta de independencia! Entre tanto ningun cambio notable debe hacerse en los ramos de la administracion pública, ni mucho menos alentar con una creacion pródiga de empleos, á hombres indignos que vislumbran ya en los trastornos y revueltas su futuro engrandecimiento. Voy á proteger la justicia y á premiar la virtud y el verdadero mérito, para que amada la paz, respetadas las garantías y sostenido el gobierno por los intereses todos de la sociedad, podamos aprovecharnos de esta revolucion que tanto nos honra y da esperanzas tan fundadas de un porvenir lisongero. Y por lo que á mí toca, no puedo abandonar á mi patria en los momentos en que mas necesita de mi direccion; pero tampoco quiero que ésta sirva para mantener el poder en mis manos indefinidamente. No: no me conduciré nunca por la ambicion personal. En el resto de mis dias seria imposible que encontrase cosa mas halagüeña que haber hecho libre á mi patria; la recompensa á que podia aspirar la he logrado ya; y si aquella pudiese ser feliz por mi direccion y por mis consejos, no deberia este bien á pasiones indignas de la confianza de los pueblos. Los trabajos, pues, que la situacion actual ecsige de mí, podré emprenderlos generosamente. La representacion nacional que va á reunirse, sabrá lo que conviene al

pais si no es posible el establecimiento de una monarquía; y en cualquier caso, una vez constituido, podré devolverle el poder que me ha confiado con la seguridad de que hará respetar su nacionalidad en los paises estrangeros.

El primer gefe para realizar estos pensamientos no podia encontrar obstáculos de ninguna clase; ó para hablar con mas esactitud, solo tenia que vencer dificultades muy inferiores á la alta posicion que conservaba. El cumplimiento del plan de Iguala y tratado de Córdoba halagaba á la junta que acababa de sancionarlos, al partido liberal, al clero y á las clases influentes: el republicano casi no tenia recursos para sobreponerse á una resolucion semejante; y las masas se hallaban dispuestas mas bien á la forma monárquica que á cualquiera otra de gobierno, aunque el sentimiento que en ellas dominaba era en favor de Iturbide. El ejército inclinado á cuanto pudiera conservar su influencia, consideraba entonces la monarquía como la mas á propósito para conseguir aquel objeto y tener todo el brillo que esa clase busca en todos los paises. Con malas propensiones, la conducta, sin embargo, que habia observado durante la última revolucion, lo hacian muy respetable, y la ocasion era la mas feliz para que se contuviese dentro de los justos límites y se sujetase á una disciplina severa, que hubiese precavido los escándalos que ha dado posteriormente. Iturbide era amado de sus soldados, y poseia todas las cualidades necesarias para mantener ese predominio, que algunas veces ha podido trasformar en los mejores defensores de la libertad y del órden hasta las tropas mas desmoralizadas.

Iturbide debió hacer muy sérias reflecsiones sobre esta línea de conducta, única que podia elevarlo al último grado de esti-

macion y favor que evidentemente le habria concedido la gratitud nacional. De una elevada capacidad y de un corazon magnánimo, no era la falta de conocimientos ni de virtudes la que le podia embarazar las medidas salvadoras que tanto reclamaban las circunstancias. Entrando en cuentas consigo mismo, ecsaminando los caractéres de una gloria sólida, y esa opinion que no debe buscarse sino en los hombres sensatos, Iturbide podia decir con verdad: He derrocado un gobierno que tenia todos los medios de resistencia, que contaba con el apoyo de tres siglos, y que acababa de sofocar una insurreccion con victorias tan completas y tan decisivas, que desalentaban los ánimos para un nuevo levantamiento. Es cierto que estaban de mi parte las circunstancias políticas del mundo, que me sostenia el esfuerzo grande y unánime de mis compatriotas, y tambien la cooperacion activa y eficaz de algunos gefes españoles; pero de estos elementos favorables, unos los he facilitado yo mismo, y de otros me he aprovechado con habilidad, haciéndolos servir á mi plan mucho mas de lo que podian ofrecerme. He recorrido las provincias que me han aclamado como á la misma causa de la independencia. He visto consumarse una obra grandiosa sin odios y sin desgracias, y no hay un solo mexicano, ni un solo español, que no atribuya á mi genio la felicidad de esta campaña, que no tiene semejante en la América. El mismo Washington, tan inmortal por la guerra que dirigió, no pudo lisongearse en tan pocos meses, de un conjunto de sucesos favorables como los que han coronado mi empresa comenzada en Iguala. Y lo que es mas todavía, no he podido dejar en las provincias ni un recuerdo desagradable, ni una mala impresion; porque abandonando el fausto militar y no queriendo dar el funesto ejemplo

de que se mezclaba en mis planes algo de personal, he tomado el modesto título de primer gefe, y al ocupar la capital me he presentado con el vestido de un ciudadano comun de la clase civil. Nadie me disputa, pues, los títulos de un hombre grande, y solo una conducta desacertada, á que seguirán ciertamente las desgracias de mi patria, podrá oscurecer estos servicios, que hoy confiesan todos, y de los cuales yo tambien estoy satisfecho porque han sido coronados con todo el écsito que pude desear.

Pero si olvidando esta conducta me dejo seducir por mis pasiones, y por la influencia de cuantos me rodean, y si mi política no tiene ya por objeto la prosperidad pública sino mi propio interés, lo pierdo todo, y llegará el dia en que los mexicanos desconfien por lo menos del glorioso de su independencia y libertad. Luego que me separe de la moderacion con que debo conducirme, comenzarán la maledicencia y la rivalidad á emponzoñarse contra mí y suscitarme enemigos, que no podré reprimir con la firmeza necesaria: se desconocerá el mérito de mis acciones anteriores: se interpretarán mal mis sentimientos, y se desconocerá mi conducta, porque se creerá y con razon, que no quise el triunfo de la independencia sino por una ambicion miserable que todos tienen derecho de contrariar. ¡Qué contraste no presentarán el primer gefe de las Tres garantías, fundador de una nacion que puede ser de las primeras del mundo, proclamando los principios generosos de union y desprendimiento, y un emperador sin gòbiernos que lo reconozcan ni clases que lo sostengan, escitando con la magnificencia de la nueva corte las pasiones menos nobles y favoreciendo el despilfarro de las rentas del Estado! Nada puede ser tan pernicioso á este pais como acostumbrarlo á los

vicios propios de la prodigalidad, porque esa es la propension de su cáracter, y una vez que se le dé rienda suelta, cuando se trate de la administracion, no medirá sus gastos sino por la nombradía que tienen sus minas de oro y plata, y por la funesta ilusion de que la riqueza pública podrá aumentarse cuanto se quiera y cuanto convenga á los planes de sus gobernantes. Las simpatías de todos los corazones, que poseo en estos momentos, las perderé bien pronto, porque solo la modestia y la generosidad pueden conservar su influencia, y porque los pueblos son tanto mas severos con aquellos hombres que han distinguido, cuanto es mayor el mal ó el bien que pueden hacer con su conducta.

Iturbide debia discurrir de este modo, y la prudente de aquellos siete meses memorables, hacian esperar que jamas se desmintiese por errores ó faltas comunes. Sin concederle todas las cualidades que no parecían propias ni de su educacion ni de su carrera, sí se reconoció siempre que era capaz de suplirlas con una voluntad firme, con el conocimiento que tenia de los hombres, y con no separarse de la senda que habia trazado al ponerse al frente de la nacion. Las circunstancias eran críticas, porque un pueblo no se constituye sino con esfuerzos oportunos y patrióticos, y porque las opiniones que dominaban entonces no favorecian la unidad de accion, que era indispensable para enfrenar los partidos y las facciones. Pero él debió comparar con esactitud el poder y recursos que tenia en sus manos, con las dificultades que podian oponerse á la ejecucion de una política sana, y de esta comparacion debió concluir que la nueva empresa, si habia constancia y desinteres, era muy realizable, y que cualquiera que fuese su magnitud, á él y solo á él estaba reservada: que si la llevaba al cabo, seria tan feliz la in-

dependencia como la campaña que la habia alcanzado; y que si Dios no se dignaba coronarla, podia retirarse del teatro público con la gloria de un libertador y con los títulos mas estimables aún del hombre de bien. Organizar el gobierno, proteger las garantías y el órden público, ilustrar y dirigir al congreso que iba á ser nombrado para dictar las instituciones de la nacion, presentarse como el regulador y el centro de los sentimientos de los ciudadanos, pero sin infundir sospechas de ambicion personal, era lo que le correspondia en aquellos momentos, tanto mas peligrosos, cuanto era mayor la oposicion que se organizaba contra su persona.

Aunque en ningun caso le era permitido resolver sobre la forma de gobierno que debia adoptarse, su conducta y su influencia podian inclinar la balanza de un modo tal que no fuese dudoso el resultado. Pronto se iba á saber que la corte de España no aceptaba el hecho de la independencia, y la libertad en que quedaba el pais de constituirse del modo que le pareciese mas conveniente. La circunstancia de que el sentimiento popular aclamaba á Iturbide como gefe del imperio, le facilitaba conducir las cosas y los sucesos á un término feliz, porque nada podia ser tan respetable para la nacion como el voto del hombre que le aconsejaba el sistema que debia elegir, y que en tan grave cuestion se presentaba con tanta imparcialidad y desprendimiento. ¿Qué podia decirse contra el que habiendo querido cumplir religiosamente lo que habia proclamado, y siendo por otra parte el objeto del favor de los pueblos, dispuestos á engrandecerlo hasta donde quisiera, se desnudaba de todo sentimiento innoble y proponia el establecimiento de un gobierno que infundiese respeto y diese garantías de estabilidad? ¿Pe-

ro qué debió pensar sobre este punto que tenia tan íntima relacion con nuestro porvenir, con nuestra dicha ó con nuestra desgracia?

Los sucesos de treinta años y el engrandecimiento territorial de nuestros vecinos, casi han resuelto la duda sobre si es posible ó no en México una monarquía. Atendida la situacion actual de la República y de los Estados-Unidos, parece quimérica semejante forma de gobierno; pero no es justo ni ocurrirá tampoco á nadie comparar las dificultades de hoy con las que entonces pudieron presentarse. Aquellas, aunque muy graves por la falta de elementos que se ha indicado, eran mucho menores que las presentes; y es necesario convenir en que si alguna vez pudó creerse posible la monarquía, fué en 1821. Ninguna nacion habria disputado á México el derecho de elegir instituciones monárquicas, y menos de acuerdo con la metrópoli, cuyo reconocimiento podia pesar tanto mas en el ánimo de los gabinetes europeos, cuanto que el nuevo monarca debia pertenecer á la casa de los Borbones. Sin contar con los embarazos que naturalmente habria suscitado la política dominante de los Estados-Unidos y las facilidades que á éstos presentaba nuestra vecindad para dividirnos, por lo demas México se hallaba en circunstancias semejantes á las del imperio del Brasil, gobernado por un príncipe de la dinastía de Portugal y que ha conservado y conserva todavía la forma monárquica, sin embargo de la oposicion moral que le hacen todas las repúblicas de América. Cuáles hubieran sido los progresos de esa monarquía ó el género de complicaciones que hubiese encontrado para consolidarse, no es del caso ecsaminarlo ahora; y por otra parte seria muy dificil fijar con esactitud lo que pudo esperar ó

temer el pais de una combinacion sujeta á mil accidentes que no han podido conocerse.

Iturbide debió penetrarse de la inmensa distancia que lo separaba del trono, que no era fácil ocupase ni un príncipe de la casa reinante de España. Cualquiera que fuese la superioridad de su mérito personal, la grandeza de sus servicios, la opinion que lo llamaba para aquel puesto, debió reflecsionar en el carácter especial de las monarquías, que nunca subsisten ni son respetadas sino por el mútuo enlace que ellas tienen y la antigüedad de su origen. Para establecer una nueva, se necesitaba un conjunto de circunstancias que no teniamos, ó la proteccion de naciones poderosas con que no podiamos contar, atendido el estado político de Europa y de América. Ni la Inglaterra, ni mucho menos la Francia y la España, opuestas entonces á la independencia, podian ausiliar semejante proyecto, y era un error notable creer que podia sostenerse con los solos recursos del pais y sin el ausilio y acuerdo de los gabinetes estrangeros. Pero ademas, las dificultades interiores eran tales, que al hombre menos perspicaz debian presentarse en toda su magnitud. La aristocracia que teniamos, reducida á un corto número de personas poco influentes, no ejercia poder alguno; y el clero, decidido entonces por aquella forma de gobierno, muy poco podia servir sin la primera. El ejército, fiel á Iturbide, inclinado á la monarquía, pero sin recuerdos que conservasen en él el espíritu de estas instituciones, era muy temible que desconociese á su caudillo, y que advirtiese que no correspondia su conducta á las palabras de desprendimiento que habia oido de su boca en la campaña: las demas clases ni estaban organizadas como en las viejas monarquías, ni tenian la ilustracion necesa-

ria para sostener por convencimiento y con firmeza tal ó cual sistema político; y finalmente el pueblo, aunque poseido de un sentimiento favorable á la persona de Iturbide y á todo el brillo de una corte imperial, no podia obrar sino por impresiones pasageras que al fin le hicieran recibir cualquier cambio con indiferencia. De los ciudadanos que podiamos llamar ilustrados, era evidente que la mayor parte veria con repugnancia la elevacion de Iturbide, y que se encenderian los sentimientos de rivalidad que siempre se escitan cuando los hombres suben á una altura desproporcionada. El partido liberal, el de los patriotas de la primera insurreccion y los españoles residentes en el pais, eran opuestos á un cambio semejante; y mas que todo esto, el espíritu de la época en nada favorecia á los reyes y á sus gobiernos. Iturbide debió concluir, pues, que la monarquía peligrosísima para un soberano estrangero, representada por él era imposible. ¿Por qué fatalidad los hombres no nos guiamos en los momentos mas críticos por las verdades mas perceptibles é importantes? ¿Y por qué las pasiones han de venir á turbar nuestra razon cuando decidimos de la felicidad pública?

No es seguro que Iturbide estuviese resuelto á representar la monarquía, ni aun despues de saberse que España no aceptaba el tratado de Córdoba. Los que le trataron íntimamente, convienen en que comprendia bien las dificultades de establecerla y conservarla, de la situacion violenta en que iba á colocarse, y sobre todo de la poca armonía que guardaba ese plan de engrandecimiento con la gloria que habia alcanzado. Lo mas probable es, que dudando del partido que debia tomar, y siendo importunado por tantos hombres incapaces de conocer toda la gravedad de las circunstancias, y entre los cuales habia muchos que solo

buscaban su provecho individual, y escitado é irritado su amor propio por la oposicion que sufria de los mismos que mas habia favorecido, dejaba correr los sucesos esperando que lo condujeran sin violencia á la elevacion proyectada. La conducta de Iturbide, y muy particularmente la que tuvo despues que se conjuraron contra él sus enemigos, justifica de un modo indudable que los deseos de que se hallaba animado para defender el imperio, distaban mucho de aquella ambicion caprichosa con que se han sostenido otros hombres en casos semejantes. Cedió con facilidad, y no quiso empeñar una guerra civil, como para hacer entender que conocia bien cuán diferente carácter tendria respecto de la de independencia.

Lamentable será siempre que á tan nobles disposiciones del corazon no las hubiese acompañado la firmeza de juicio que mantuvo en la revolucion, y que era necesaria para resolver el gran problema que se le presentaba. La monarquía no era posible, y no podia dejar de decidirse por algun estremo luego que se supiese la resolucion de las Córtes y gabinete de Madrid. El congreso iba á convocarse, é Iturbide con los mismos títulos que Washington, debia ser el director de aquel cuerpo y obligarlo con su influencia á que dictase las instituciones mas acertadas. La república era un hecho prócsimo, y convenia tambien anticiparlo para moderar el movimiento que lo iba á favorecer, y que no se ecsagerase de una manera funesta para el pais. Sin los elementos necesarios para aquella forma de gobierno, era sin embargo la única posible, y un génio profundo como el de Iturbide debió estudiar los medios de acomodarla á nuestro carácter y costumbres. La historia nos presenta tantas repúblicas, tan diferentes en su orígen, en sus instituciones y en el uso de

su libertad misma, que la democracia no debió detenerlo para conformarse con una república que diese esperanzas de estabilidad y órden. Es increible lo que se puede hacer con las naciones, cuando una vez entran en el buen camino y se someten á los consejos de la prudencia y del verdadero patriotismo. Los abundantes frutos que recogen de la cordura con que se han conducido, justifican de dia en dia su sistema político, y éste adquiere la robustéz que necesariamente le dan la opinion y prosperidad pública. Y el que desconfiare de estas verdades, que vuelva los ojos á la república de Chile, donde florecen hace largos años la libertad y el órden, y donde se han podido hermanar con los principios republicanos las reglas mas severas de moralidad y justicia, sin embargo de que aquel Estado era el que tenia menos recursos para llegar á la feliz situacion en que se halla actualmente. No seamos, pues, injustos con la Providencia; y cuando nos lamentemos de nuestras desgracias, reconozcamos tambien los bienes que siempre ofrecen á nuestro trabajo y á nuestra constancia su bondad y sabiduría.

Decidida la nacion por los principios y sentimientos que habian prevalecido al proclamarse el plan de las Tres garantías, animada por una campaña gloriosa, y dirigida por el ejemplo de Iturbide, pudo adoptar un sistema de gobierno, que aunque opuesto á los vicios ó defectos de su carácter, se hubiese consolidado lenta pero infaliblemente. Los siete meses desde Febrero hasta Septiembre, eran una prueba que no admitia contradiccion, y poco conocimiento del mundo se necesitaba para no comprender el predominio que ejerce en los pueblos el cambio que les ha proporcionado ventajas inapreciables. La moderacion, la generosidad, la recompensa á la virtud y al mérito, sofocan-

do con energía odiosas rivalidades, habian encendido la opinion de una manera tan favorable para el pais, como al gefe que iba á gobernarlo, y éste, satisfecho de su fortuna y de la felicidad pública, tenia delante una luz que no le permitia estraviarse ni estraviar á la nacion.

El plan de Iguala era todo un sistema que podia librarla de los peligros de que estaba rodeada. Tan sencillo y claro como fácil de ejecutarse, tenia el mérito de esas concepciones que reducen á unas cuantas reglas la conducta de los pueblos, enseñándoles las verdades mas importantes que no deben olvidar nunca, cualesquiera que sean las variaciones de su política, las circunstancias mas ó menos imprevistas y las relaciones que deben mantener con los demas gobiernos civilizados. El sentimiento religioso caracterizaba de tal modo al pais, que sostenido y fomentado por el poder público, era preciso que afianzara sólidamente la armonía entre el pueblo y el gobierno, debiendo contar éste con cuantos sacrificios fuesen necesarios ó en una guerra estrangera ó en cualquiera otra emergencia estraordinaria. La union recomendada por todos, y que parecia que no esplicaba sino un pensamiento comun, se habia entendido y favorecido tan eficazmente, que era el punto de partida para todo, y que ya se considerasen las desgracias pasadas, ya el porvenir, debia estimarse como el apoyo mas firme de la independencia. Iturbide encontraba en la amistad íntima de la raza española y la criolla, la conservacion de nuestro carácter, de nuestras costumbres, en fin, de la sociedad mexicana, libre de la ambicion de figurar con un tipo estraño, y de la degradacion que es inevitable cuando se buscan fuera del sér peculiar de cada pneblo los progresos y el engrandecimiento.

Iturbide no podia saber, porque nadie penetra los designios de la Providencia, el género de dificultades que se habrian opuesto á una organizacion republicana tan modesta y tan noble como la que nos convenia; pero sí debió persuadirse de su posibilidad y de la nueva gloria que le preparaba cualesquiera que hubiesen sido los resultados. Menos pudo dudar de que con la superioridad y con la influencia que le habria conservado su desprendimiento, el pais habria recurrido á él, ó para guiarse por sus consejos, ó para moderar los espíritus y buscar el centro de union y órden de todos los ciudadanos. Al constituirse, y mucho tiempo despues, necesitaba de un grande hombre que representase todos los intereses, que sofocase todas las ambiciones, que inspirase confianza y respeto en los paises estrangeros, y que pudiese decir sin temor de ser desmentido: "No aspiro á otra cosa que á la felicidad de esta patria que hice libre, y que no puedo permitir que sea desgraciada." Pero para mantenerse en esa altura, se necesitaban las virtudes que lo habian elevado, y el convencimiento de parte de la nacion de que era el mismo gefe de las Tres garantías.

Iturbide se estravió porque olvidó todo lo que importaba este título. La historia hablará de su campaña como de una empresa que justificó nuestra libertad política, y será mas indulgente con él que con sus enemigos, empeñados en ofuscar su nombre y en romper la union que pudo hacer de México uno de los pueblos mas grandes y felices de la tierra.

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

NOV 2 - 1966 3 2
MAR 1 4 1996
RECEIVED
NOV 22 '66 -11 AM
LOAN DEPT.
DEC 29 1966 7 4
REC'D LD DEC 19 '66 -8 PM
MAR 28 1984
REC. CIR. MAR 28 '84
RECEIVED
FEB 27 1992
JUL 1 6 1996
REC. CIR. MAY 14 '91
CIRCULATION DEPT.
LD 21A-60m-7,'66
(G4427s10)476B
General Library
University of California
Berkeley

UC BERKELEY LIBRARIES
C031260700

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

OCT 23 2004

DD20 15M 4-02